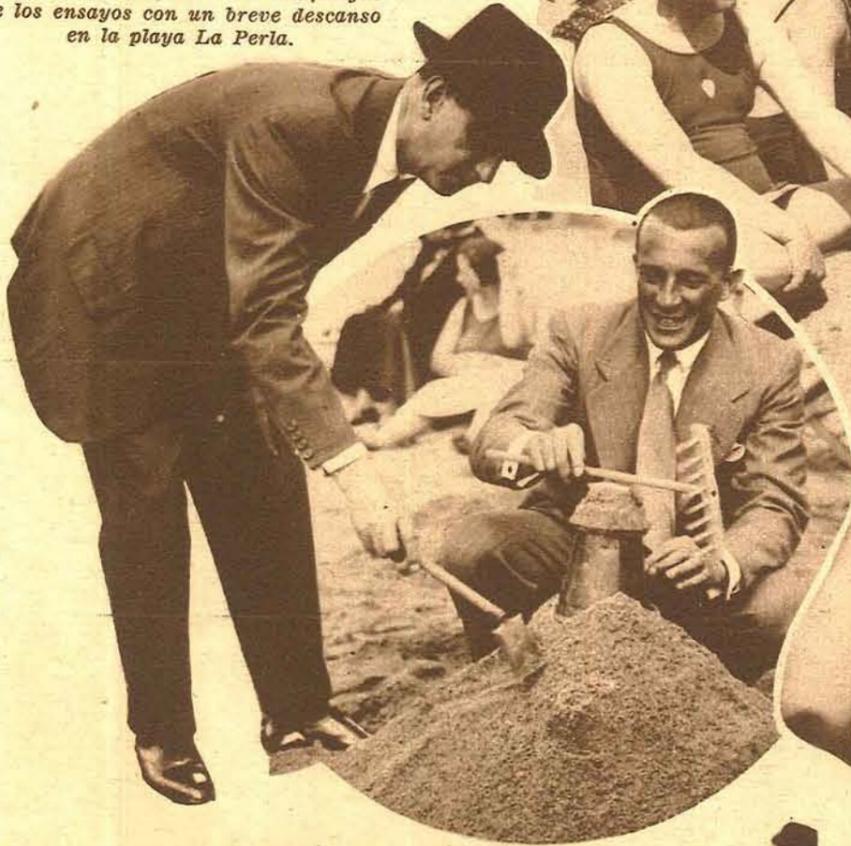


EN  
CABO  
CORRIENTES,  
MAR  
DEL PLATA

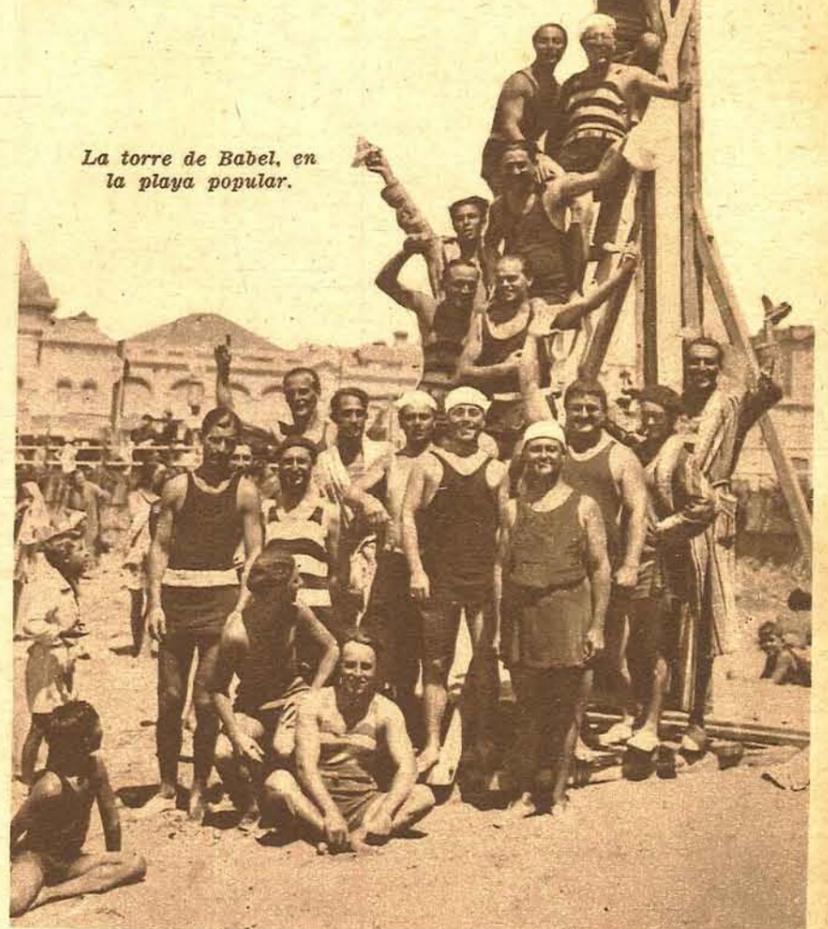
*Los músicos del  
Colón, en pleno  
veraneo*

Los músicos del Colón, que este año por vez primera han llegado hasta Mar del Plata para dar varios conciertos, alternan las fatigas de los ensayos con un breve descanso en la playa La Perla.



El maestro Celestino Piaggio y el presidente de la Asociación Sinfónica, Alberto Carnicero, dedicados, como los niños, a las construcciones de arena. Al fin y al cabo, todo no ha de ser transportes, ni cambios de tono...

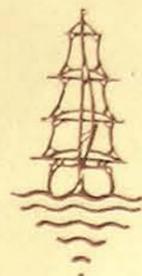
Un "do de pecho" que ni siquiera pasaría en una temporada de "ópera barata"... Lo intenta, junto al mar, el profesor de canto Benvenuto, con la consiguiente protesta del violín solista Carlos Pessina. El maestro Piaggio se concreta a oír.



La torre de Babel, en la playa popular.

La obsesión del oficio. Margarita Samck, la arpista del Colón, utiliza una vieja reja encontrada en el ex barrio chino, para modular un solo...

*El 31° viaje  
de la Armamento*



La histórica fragata ha iniciado un viaje más. Nuevos valores de la armada nacional van a su bordo para afianzar la preparación que regirá la vida del marino. Y los conscriptos, corazón del pueblo, trepan ágiles por las jarcias, como acariciando las cuerdas del querido buques-escuela.



Diversos aspectos del aprovisionamiento del barco para su largo viaje.





Mis papeles favoritos

OPINIONES DE  
JOAN CRAWFORD  
EXCLUSIVAS PARA  
"LA NACION"



**A** mí dame siempre papeles dramáticos! Mi gusto es representar gentes que hayan vivido y sufrido, gentes que conozcan el significado de la vida. Quiero encarnar personajes realmente vivos y humanos, tipos simpáticos, cualesquiera que sea el ambiente en que se muevan; ¡qué importa que sea monótono! ¡Basta que sea real! Es todo lo que pido.

Me produce un placer inefable verme libre de vestidos dispendiosos, de trajes exquisitos, de tocados meticolosos. Si mi papel me exige demacración en las mejillas, ojeras profundas, miradas de ansiedad y tormento, me felicito por ello. El realismo en su forma más cruda, es mi constante meta.

Mi ideal consiste en parecer tal como sería en la vida real el personaje que represento y mi deseo es identificarme con él. Para mí éste es el arte verdadero y es mi objetivo.

Espero que en lo sucesivo no me toque representar sino papeles dramáticos. ¡Tal es mi ambición!

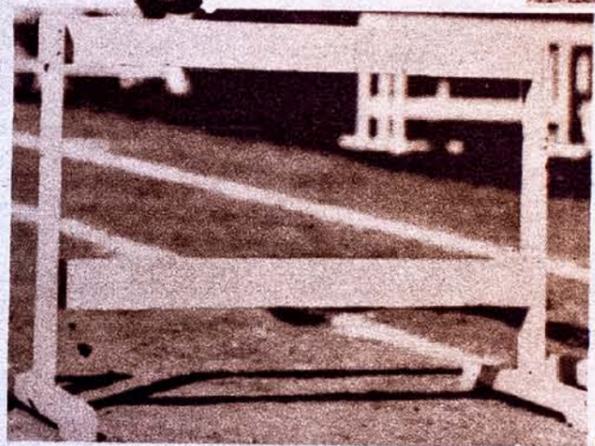
Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar) *Joan Crawford*

# En la Sociedad Alemana de Gimnasia

Hilde Wrang, especialista en lanzamientos y campeona de la institución en salto en alto.



El equipo de atletas que logró para la sociedad el primer puesto en los últimos campeonatos nacionales femeninos.



Irma Vollmen de sobresaliente actuación en carreras de vallas.



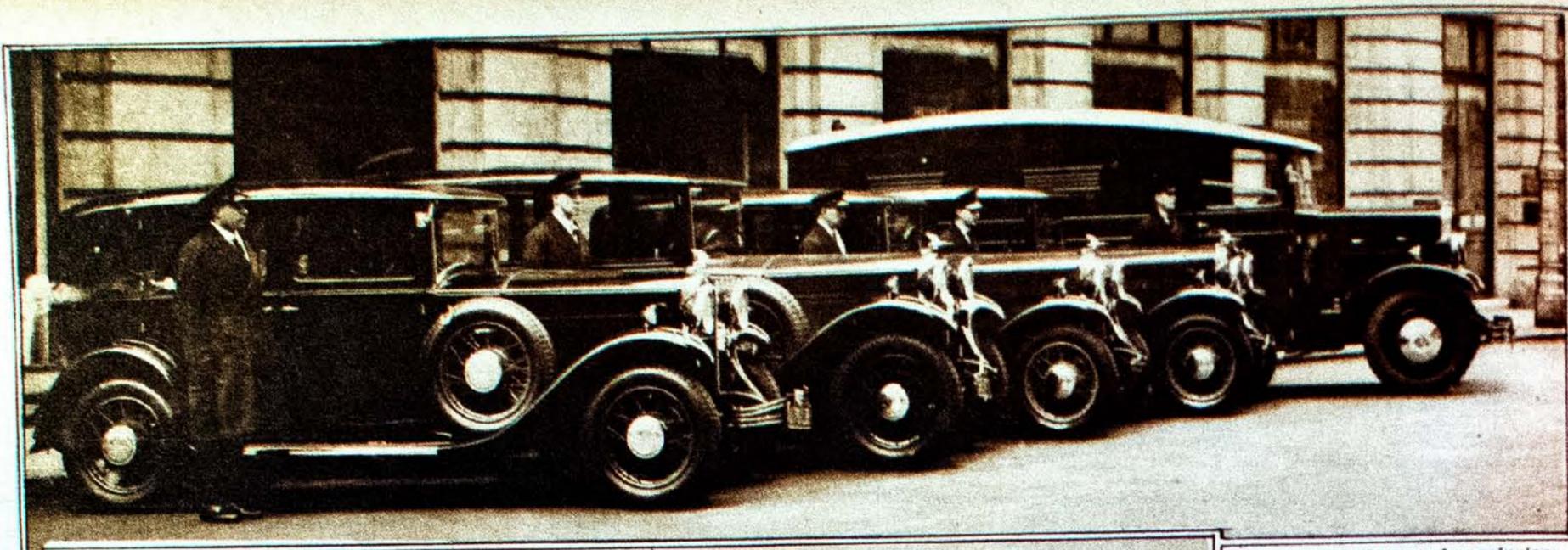
Las jóvenes campeonas dispuestas a iniciar una carrera de entrenamiento.



Ejercicios que sirven para completar el entrenamiento.



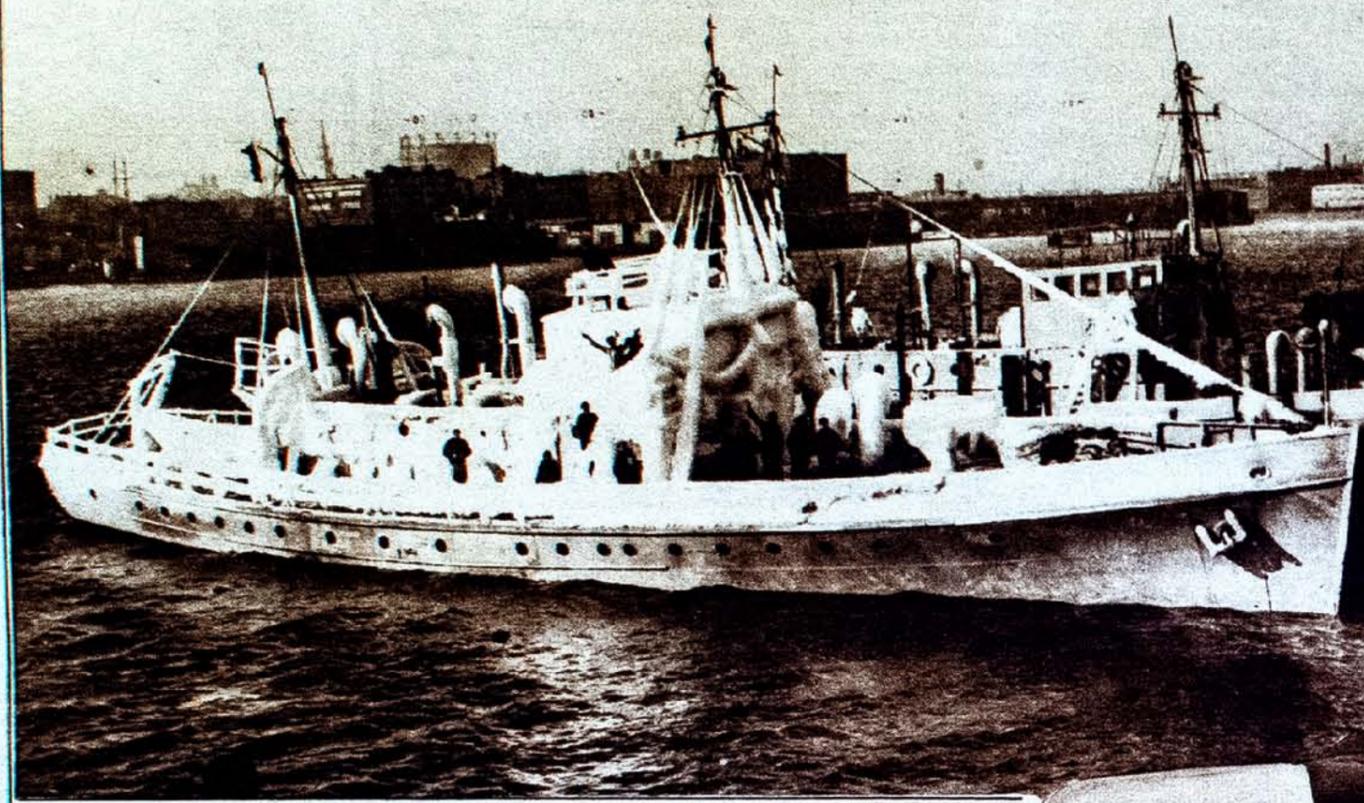
Hilde Wrang, campeona femenina de bala, dispuesta a demostrar que también obtiene con el disco destacadas performances.



Los automóviles que los príncipes de Gales y Jorge usarán durante su visita a Buenos Aires. Aparece también en la fotografía el camión especialmente construido para el príncipe de Gales y que será usado en el transporte de su equipaje.



Un guardacostas de la marina de Estados Unidos entrando en el puerto de Boston después de varios días de encarnizada persecución de embarcaciones contrabandistas de alcoholes, en pleno invierno y a altas latitudes.



# Los baños de sol

EL baño de sol es algo ya perfectamente arraigado en las costumbres de los veraneantes, como un necesario y útil complemento de los baños de mar.

(Interpretación gráfica de Luisa del Valle y Gloria Kazda).



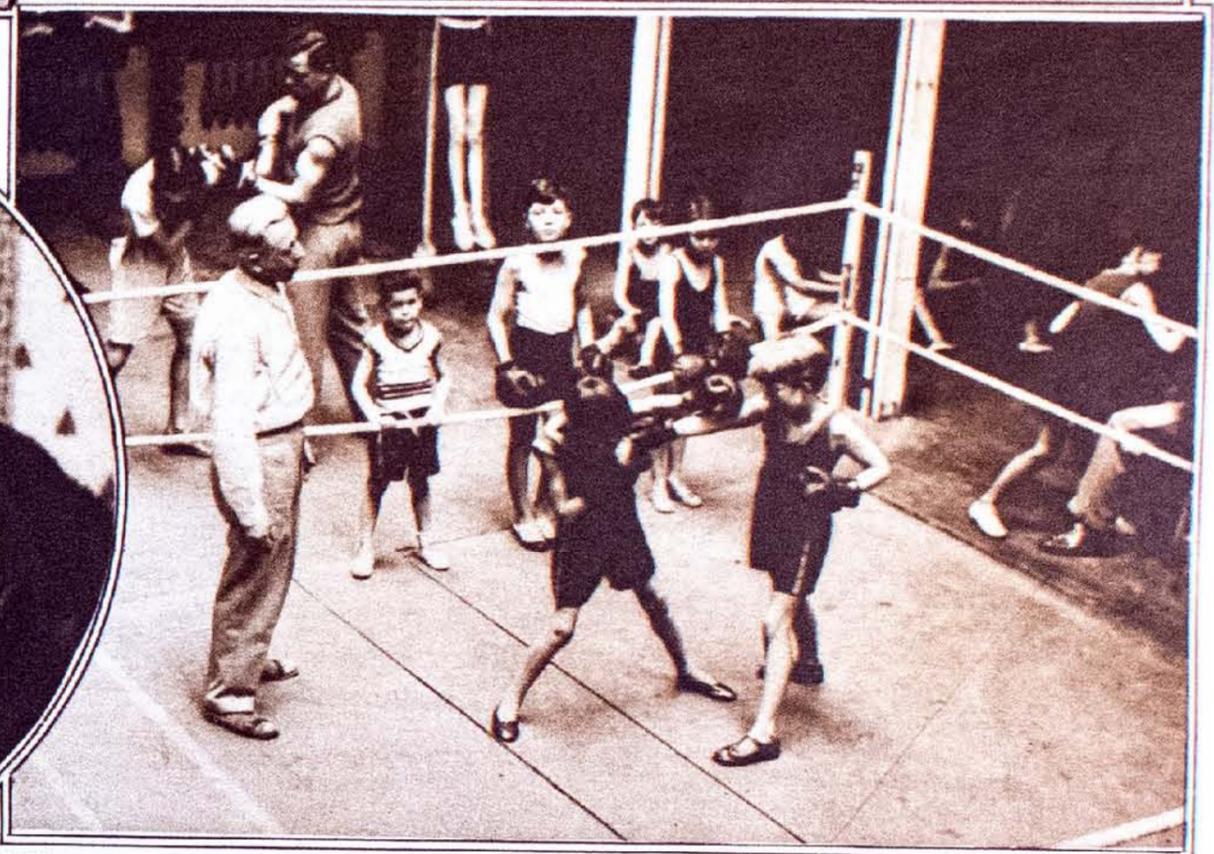
# Kodak Europeo

(DE NUESTRA AGENCIA EN PARIS)

**SOBRE LA NIEVE.** — En la montaña, en cambio, los pibes se dan a otros sports—luge, sly—con sus siluetas simpáticas y sus caras sonrientes. Primero, una ración de oxígeno frío, a manera de aperitivo, para después devorar raciones calientes...



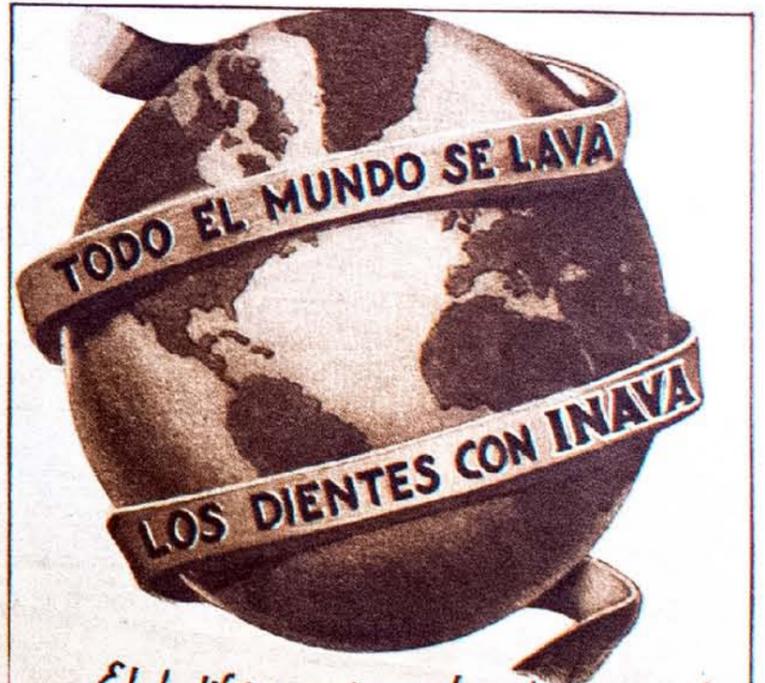
**LA MIMOSA... Y LA MIMADA.** — La mimosa es una flor en rama que se ve abundantemente en el Mediodía de Francia. Sus árboles parecen bañados de oro. Es de un perfume delicado la mimosa. Y es la favorita de la belleza femenil. La prueba es la fotografía que representa a la señorita Gabrielle Dorlay, prima donna de la Opera Real de la Monnaie de Bruselas, que canta actualmente en Niza. Entre ella y su director faltó poco para un conflicto. La artista canta "Mignon" con una brazada de mimosa. Su director se oponía. Empero, la artista declaró que no podía cantar esa ópera sin su flor favorita. El director se inclinó. Era natural: "Mignon", cantada por una linda mujer, es sinónimo de belleza y de perfumes...



**BAJO TECHADO.** — Si el poeta nace; el púgil se hace... con método, privaciones y entrenamiento. ¿Por qué no fundar una escuela... de párvulos para modelar el tórax y los bíceps, como se forma la mentalidad de los escolares? El profesor Cuny, antiguo púgil, inicia en su gimnasio a los pibes, desde los cinco años, en los secretos de los "uppercuts" y de los "swings"... Es de desear que no les "metalice" iniciándolos en los secretos ¡a voces! de managers y bolsas...



**LA PRINCESA BEATRIZ Y SU AUGUSTA HIJA.** — La princesa Beatriz de Inglaterra, hija de la extinta reina Victoria, está gravemente enferma. Después de haber sufrido, por causa de una caída, la fractura del brazo izquierdo, padece de una bronquitis gripal. Tiene 74 años de edad. En la fotografía está acompañada de su augusta hija la reina de España, que estuvo en París breves horas a su paso para Londres.



El dentífrico universalmente reconocido **SUPERIOR** a todos por su acción preventiva contra todas las infecciones bucales. Si Ud. tiene las encías **ENFERMAS, DEBILES** ó **PALIDAS**, úselo sin vacilar y ellas se volverán, en breve tiempo, **SANAS, FIRMES Y ROJAS.**

De  
Mar  
del  
Plata



Elvira Ayerza, Magdalena Bullrich, Magdalena Uribebarrea, Angélica Ayerza, María Angélica Moreno Hueyo, Marta Peralta Ramos e Isabel Uribebarrea, en la baranda del campo de polo.



El té servido en el nuevo "bungalow" del Club Mox del Plata durante el desarrollo del torneo de polo por la Copa LA NACION.



Un grupo de espectadores durante la disputa de la Copa LA NACION.



La colecta del Día de la Flor. Las señoritas Marta Peralta Ramos y Magdalena Uribebarrea, ofreciendo una flor a don Juan Ayerza.

Los príncipes de Diestrickstein siguen con atención el juego.





ENTRE los gruesos troncos de un grupo de abetos que se alza solitario a la vera de un tajo de bosques, que mancha con la multitud de sus negras siluetas un llano de un verde pantanoso, poníase lentamente el sol, sumergiéndose en una luz cobriza, semejante a polvillo transparente suspenso en

inmóvil capa sobre el lejano horizonte, franjeando las nubecillas con oro y escarlata, traspasando con sus rayos los pliegues de los cúmulos grises y rielando en las aguas.

En los surcos de los rastros, en los otoñales campos arados, sobre las ciénagas y sobre terrenos recién roturados, donde se habían empozado venas de agua después de un temporal reciente, vagaban manchas rosáceas como fragmentos de vidrio incandescente. Sobre los grises terrones aplanados caía, hiriendo los ojos, una engañosa luz violácea, y las arenosas dunas amarillentas, las hierbecillas de los canalitos, las zarzas de los ribazos coloreábanse con momentáneas tintas ficticias.

En la cuenca profunda, circundada hacia oriente, a mediodía y a medianoche, por un semicírculo de alturas, desnudas de bosques, discurría un arroyo que se desbordaba en golfos, pantanos, lagunas y gargantas, naciendo de manantiales subterráneos. En redor de las aguas, sobre un manto de turba, crecían espesas cañas, juncos esbeltos, penachos y copetes más bajos de mimbre. La inmóvil agua rojiza traslucía ya, bajo las grandes hojas, las ninfeas, las algas, con aspecto de manchas informes de un verde pálido. Arriba, volaban en bandadas las cercetas, describían círculos, rompiendo el silencio con el resonante silbo melodioso de sus alas, trazaban elipses cada vez más cerradas y se precipitaban por último en los cañaverales, agitando estrepitosamente el agua con sus pechos. Acallaron el vuelo sonoro de las chochas, los sordos clamores de las gallinetas acuáticas, hicieron enmudecer el agudo silbido de los chorlitos, desaparecieron las cristalinas libélulas cerúleas que agitan sin cesar las alas iridescentes en torno a los juncos. Sin embargo, vagaban aún en la superficie brillante del agua los infatigables caballitos acuáticos, sobre sus zancas tan finas como cabellos, pero provistas de toscas patas adiposas, y trabajaban dos campesinos.

Las ciénagas pertenecían al castillo. El más antiguo de los propietarios, un joven, solía vagabundear con un lebril tras los ánades y las chochas, mientras no derribaron todos los bosques y de los campos no quedaron sino terrenos incultos; luego, de improviso, alzó el vuelo y no paró hasta Varsovia, donde se dedicó a vender refrescos en un quiosco.

El propietario que le sucedió, andaba por los campos con un bastón y se detenía con frecuencia, husmeando.

Hurgaba las ciénagas con las manos, cavaba hoyos, olfateaba y, por último, tomó una extraña resolución. Ordenó al administrador que contratase labriegos a jornal para que sacasen la turba, transportasen en carretas el limo a los campos, lo descargasen en montones, abriesen huecos aquí y allá, hasta encontrar lugar para un vivero; que, entretanto, se construyese un dique, se eligiese más abajo un lugar para un segundo vivero, hasta que se hiciesen varios; que entonces se abriesen zanjás, se las llenase de agua, se les colocasen esclusas y se les pusiesen peces.

Para extraer la turba llamóse inmediatamente a Walek Cibal, bracero que no poseía tierra y que trabajaba a destajo en la aldea contigua. Cibal había trabajado como cochero del propietario anterior; pero el nuevo lo despreció. Este y el nuevo administrador, rebajaron, como primera providencia, los salarios y enseguida empezaron a ver robos en todas partes. En tiempo del propietario anterior todos los cocheros acostumbraban robar a su pareja de caballos medio garnek de avena y llevarlo de noche al bodeguero Berlín para cambiarlo por tabaco, por paquetes de cigarrillos y por un trago de aguardiente; mas no bien se encargó de su puesto el nuevo administrador, se dió cuenta de este tráfico, y como toda la culpa era de Walek, le propinó unas bofetadas y lo echó del servicio.

Desde entonces, Walek, acompañado de su mujer trabajaba a destajo en la aldea, por no haber logrado contratarse a firme, pues el administrador le había dado un certificado que le imposibilitaba para conseguir trabajo en cualquier parte. Durante el tiempo de la siega, marido y mujer ganábanse la vida aquí y allá como labriegos; pero en el invierno, mientras llegaba la cosecha, sufrían cruelmente de hambre. El corpulento campesino huesudo, demúsculos de acero, se esqueletizaba como una estaca, se ennegrecía, se doblegaba, se debilitaba. La mujer, como mujer, comía

en casa de alguna comadre, buscaba hongos, ambursas frescas, las llevaba a vender al castillo o al judío y, aunque a gatas, ganábase el pan; pero el campesino que no se alimenta no tiene fuerzas para la trilla. Por esto, cuando el capataz les preguntó si querían contratarse para la excavación del campo, los ojos de ambos brillaron de alegría. El administrador en persona les ofreció treinta copecs por la extracción de una toesa cúbica.

Walek ocupaba todo el día a su mujer en la excavación. Cargaba la carreta, que él conducía sobre las tablas puestas en el pantano, y descargaba el limo en los campos. Trabajaban con ardor. Tenían dos carretas grandes y voluminosas. Antes de que Walek volviese con una vacía, ya la otra estaba cargada. Entonces echábase a la espalda la correa y emprendía la subida tirando de aquélla. Las ruedas de hierro chirrían atrozmente; ralo, negro, líquido, rociado por los rayos, el fango cae sobre las piernas del campesino, desnudas hasta la rodilla, mientras la carreta se tambalea, saltando de una tabla a otra; la correa se le incrusta en la espalda, marcando en la camisa una raya negra de sudor hediondo; los brazos se aflojan, los pies duelen ateridos por la inmersión en el fango; pero las dos toesas excavadas durante la larga jornada, significan algún dinero en el bolsillo.

Esperaban juntar para fines de otoño treinta rublos con los que pagar el alquiler, comprar un barril de berzas y veinticinco libras de papas, traíes, zapatos, delantales, uno de cuero para la mujer, tela para camisas. Así llegarían a la primavera y en la época de la trilla y del tejido se colocarían en cualquier parte.

Pero he aquí que al administrador le pareció que treinta copecs por una toesa era pagar demasiado. Advirtió que pocos habrían aceptado ese trabajo de acarrear fango del alba a la noche, que aquéllos deberían estar en mala situación para haberse entregado sin miramientos a esa tarea: así es que les dijo que estaba bien veinte copecs y si no, pues nada...

En aquellos días no era fácil trabajar en el campo: las fábricas con sus trilladoras y sus máquinas tenían sus obreros; no se podía andar con remigos. Después de serle notificada la rebaja, Walek se fué a la taberna, y de pura rabia se emborrachó como una bestia. Al día siguiente sacó a empellones de la casa a su mujer y reanudó el trabajo en su compañía.

Desde aquel día, siguieron acarreado las mismas dos toesas, sin interrumpir un instante el trabajo, desde el alba hasta el anochecer. Y he aquí que ya de lejos, la noche llega; los distantes bosques de color azul pálido negrean y se confunden con el crepúsculo gris, la luz se apaga sobre las aguas; de los abetos que se enderezan contra el crepúsculo, bajan sombras desmesuradas.

Sobre las cimas de los cerros, sobre los bosques tallados rojean todavía aquí y allá, piedras y troncos. En esos puntos luminosos refléjanse breves y sutiles rayos que caen en el vacío profundo que proyecta tras de las cosas la obscuridad incompleta; vibran en aquéllos, se parten, tiemblan en un parpadeo y se extinguen uno tras otro. Árboles, matas, pierden consistencia, convexidad, color natural y se hunden en el espacio gris, nada más que como formas achatadas, de perfiles extraños, negras.

Abajo se enseñorea ya el crepúsculo cerrado, trayendo consigo un frío penetrante. Llega la obscuridad en ondas invisibles, rampa por las laderas de los cerros, arrastra consigo los troncos marchitos de los rastros, de las hendiduras, de los derrumbes, de las piedras.

Al encuentro de las ondas del crepúsculo se alzan de los pantanos otras ondas blancuzcas, transparentes, apenas visibles; desgárranse en cintas, en espirales, enróscanse en torno de los arbustos, tiemblan y se confunden con la superficie de las aguas. El soplo frío de la humedad las amasa, las amontona en el fondo del valle, las afloja, las alisa como tela de palio.

— La niebla llega, — murmura la mujer de Walek.

Este es el momento del crepúsculo, en el que todas las formas visibles parecen disolverse en polvo y en nada, en el que en la superficie de la tierra se extiende el gris vacío, os mira a los ojos y os oprime el corazón con angustia desconocida.

El espanto se apodera de la mujer: sus cabellos se erizan y un calofrío recorre su cuerpo. Las nieblas caminan como cuerpos vivos, se deslizan hasta ella, llegan a su espalda, se retiran, se esconden y vuelven a atacarla, compactas, a cada instante más impetuosas. Por fin, posan en su cuerpo sus manos húmedas, que le penetran hasta los huesos, le agarran la gar-

# Crepúsculo

por

## Stephan Zeronski

Ilustraciones de Alejandro Sirio



ganta y le hacen cosquillas en el pecho. Se acuerda entonces de su nene: no lo ha visto desde el mediodía; duerme solo en el cuarto cerrado, en la cuna de tilo, que pende del aparador de ramas de abedul. Seguramente llora, solloza, se asfixia... La madre oye aquel llanto extraño, flébil, lúgubre como el silbo del milano en la soledad. Crece en sus oídos, la atormenta en un punto fijo del cerebro, le desgarran el corazón. En todo el día no ha pensado en el chiquilín, porque el trabajo abrumador disipa todos los pensamientos, los entorpece, los aniquila casi, pero ahora el terror de la noche la obliga a recogerse en sí, a aferrarse mentalmente a esa brizna suya...

— Walek, — dice tímidamente, mientras el campesino tira de la carreta, — ¿voy en una carrera a la choza, a pelar las papas?...

Cibal no le responde, como si no la hubiera oído, tira de la carreta y avanza, arqueándose como un saco de centeno en la balanza. Cuando vuelve, la mujer suplica de nuevo:

— Walek, ¿voy?

— ¿Eh?... — barbota, maquinalmente.

La mujer conoce la cólera de su hombre, sabe como suele él agarrarla por los costados, oprimirle con los puños la piel y luego arrojarla violentamente como un guijarro entre los juncos. Sabe cómo le saca él el pañuelo de la cabeza, la coge por el pelo y la arrastra por el suelo un buen trecho, desfavorida o también, en el frenesí de la cólera, arranca la azada del fango y se la arroja a la cabeza sin pensar si va a matarla o no.

Pero sobreponiéndose al terror del castigo, crece en ella un afán impaciente que raya en espasmo. En cualquier momento la mujer se decide a huír, a arrastrarse a gatas por la zanja, a deslizarse al otro lado del arroyo y a correr a campo traviesa sobre los surcos... Inclínada, cargando la carreta, vuela con el pensamiento, salta como una comadreja, siente ya el dolor en sus pies descalzos de cuando corra sobre los rastros cubiertos de endrinas y guijarros. Aquellas espinas no sólo le punzan los pies sino el corazón. Se precipita a la choza, abre la puerta con la llave, la hiere en el rostro el olor del cuarto cerrado, se aferra a la cuna...

La matará Walek cuando llegue a la choza, la torturará... ¡Pues bien! no importa. Eso se verá después... Todavía, no bien surge de la niebla Walek, la vuelve a oprimir el temor de sus puños. De nuevo le ruega humildemente, por más que sepa que el canalla no la dejará ir.

— Pero allá el nene... Tal vez se ahoga...

El no responde, se arranca de la espalda la correa de la carreta, se acerca a la mujer y le muestra con un gesto el lugar hasta donde tiene que cavar. En seguida vuelve a empuñar la azada y reanuda el trabajo de cargar limo en la carreta. Trabaja aprisa, furiosamente, sin respirar. Después de haber colmado la carreta, la empuja diciéndole por toda respuesta:

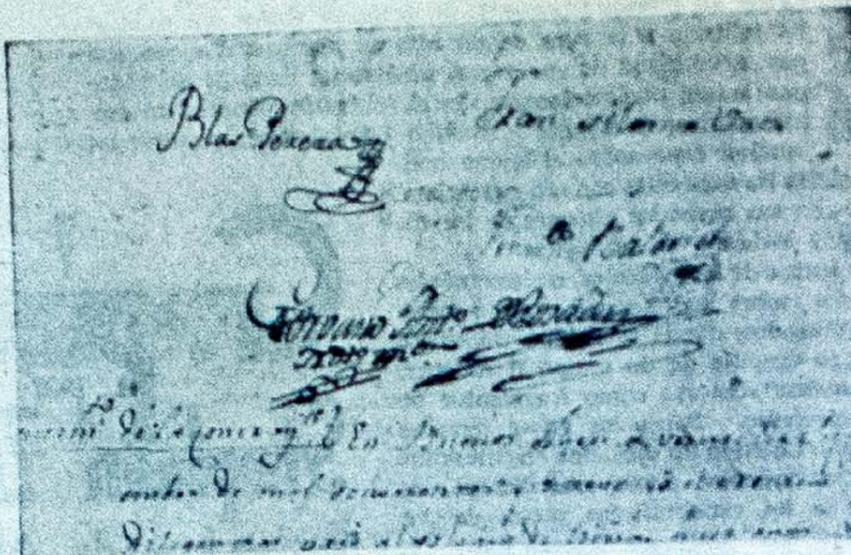
— Sigue tú ahora, holgazana...

La mujer recibe aquella graciosa concesión como un halago a su ternura materna, aquella ruda bondad, casi como una tosca y severa caricia: en realidad, si ambos hubiesen cargado tierra, el trabajo habría podido terminar más pronto. Imita entonces los movimientos rápidos y ágiles del hombre como una mona; echa la tierra cuatro veces más aprisa, no ya con los músculos, ni con la prudente economía del esfuerzo propio del labriego, sino con fuerza completamente nerviosa. Su pecho jadea; bajo los párpados, deslumbran colores violentos; le duele el corazón en el pecho y de los ojos le caen amargas y gruesas lágrimas, lágrimas de dolor inconsciente, sobre aquel estiércol frío y hediondo. Cada vez que hunde en el suelo la azada, echa una ojeada al campo para ver cuanto queda por cavar; y cuando la carga está pronta, se aferra a la carreta y la empuja a saltos tras el marido.

Las nieblas suben, rozan los juncos y sobre las copas de los alisos se cierran como impenetrable muro. Tras de ellas vense los árboles como manchas de color indefinible, como extrañas formas inmensas, y por debajo de ellas los dos míseros seres corren como fantasmas monstruosos, gigantes. En las cabezas caídas sobre los pechos, las manos hacen movimientos mecánicos, los torsos se doblan hacia la tierra...

Las ruedas de la carreta chirrian y crujen; ondas como de agua lechosa fluctúan en las negras alturas.

En la profundidad de los cielos se enciende la estrella de la tarde, brilla trémula, y lanza a través de las tinieblas su débil claridad.



Firmas que figuran al pie de la partida de casamiento de Blas Parera, donde se lee claramente "Perera"

## UN ENIGMA HISTORICO EL NOMBRE DEL MUSICO DE LA MARCHA PATRIOTICA



URANTE las fiestas centenarias de la soberana Asamblea Constituyente de 1813, tuve el honor de inaugurar en una escuela del distrito de Palermo, que perpetúa el nombre del músico de la Marcha Patriótica, un busto de bronce en cuyo pedestal de granito sólo se grabaron las notas promisorias de la solemne obertura: "Oíd Mortales!"

Pensé que a los alumnos de aquel día y los del porvenir, cuando traspusieran los umbrales de su escuela y contemplaran aquel rostro de sereno mirar, bastaría esa breve inscripción para avivar sus sentimientos de argentinidad.

Entre los asistentes a la sencilla ceremonia, recuerdo que un anciano a quien no conocía, estrechándome la mano, me dijo con marcado acento español: "Gracias por el homenaje a un patriota, de quien oí decir que su apelativo es Perera".

No dejó de preocuparme aquella observación, y al volver a casa refresqué mis recuerdos en "La Revista de Buenos Aires", donde D. Miguel Navarro Viola dice: "Blas Parera, catalán, regresó a España pocos años después, donde es probable guardase el incógnito como autor, o mejor dicho, no de aquella obra guerrera de arte, que por cierto equivalía al delito de suministrar armas al enemigo: tan poderosa ha debido ser en efecto la influencia de esa música llena de magnetismo tocada en nuestros ejércitos". Loc. cit. T. I, pág. 75.

Recurrí al Archivo General de la Nación y encontré firmas auténticas de Blas Parera en documentos de las fiestas patrióticas de 1812 y 1813, que desalojaron mis dudas.

Comprobé, además, que Ignacio Núñez que le conocía, le nombra Parera en sus "Noticias históricas", y que Lucio V.

López con referencias escuchadas a su ilustre abuelo, escribe Parera en sus páginas evocadoras del nacimiento del Himno.

Y encontré otro documento decisivo, que tengo a la vista en facsimil: el decreto firmado por D. Vicente López mandando abonar doscientos pesos "a Don Blas Parera importantes de la música y ensayo de los niños que ejecutaron en las fiestas Mayas de 1813 la Canción Patriótica Nacional"; documento que reproduce al ilustrar mi estudio "La restauración del Himno Argentino", publicado por la Junta de Historia y Numismática Americana.

Estos antecedentes disiparon la duda que dejó en mi espíritu aquel informante incógnito el día de la inauguración del busto de Parera en 1913.

Y sin embargo, la verdad estaba al alcance de la mano de cuantos nos preocupamos alguna vez en averiguar los orígenes de nuestro Himno, en que me confieso chasqueado con sincera humildad. El célebre catalán era efectivamente Perera...

Encontré la noticia en una breve referencia de "Símbolos" —interesante ensayo histórico y sociológico—, de Ricardo Piccirilli, regente en la Escuela Normal de Tandil, a quien agradezco el dato que me orientó en la averiguación de este pequeño enigma literario.

En la notaría eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires consta en efecto que: Blas Parera natural de Barcelona, hijo legítimo de Ramón Perera y de Bernalda Morat, soltero, de treinta y dos años, aparrado en el Curato de San Nicolás de esta ciudad, a la que vino hace doce años y manifestó que para mejor servir a Dios, quiere de su libre voluntad contraer matrimonio con Facunda del Rey, alumna del Colegio de Niños Expósitos de esta ciudad, con la que no tiene impedimento alguno. Para acreditar su soltería presentó a

los testigos Francisco Alonso Valdés y Francisco Baldrich, naturales de Catahuña, quienes le conocen por el trato familiar de muchos años. Autoriza el acto Gervasio Antonio Posadas, y consta que el matrimonio se realizó en San Nicolás el 19 de septiembre de 1809. Leg. 113, No. 171.

Se observará que falta la partida bautismal del contrayente a la cual suple la declaración de dos testigos. Con el fin de completar esa información, pedí a José Torre Revello copia del asiento bautismal, y si bien el cura informante le dice: en la parroquia de Pilar existen antecedentes de la familia Perera, pero le advierte que el archivo de la parroquia de Cutgat se quemó en 1909 y en las otras cinco parroquias de las siete que tenía Barcelona en el siglo XVIII no se encuentran antecedentes.

No es óbice esa falla, desde que tenemos elementos sobrados de convicción para afirmar que el Perera de 1809 y el Parera del año 1813 son la misma persona.

¿Por qué adulteró el apellido en forma tan ingenua, pues conservó los rasgos de la letra y de la rúbrica cambiando una sola letra — una "e" por "a"— del apellido?

¿Pensaría tal vez que no habían llegado a la metrópoli las estrofas bravías del Himno que su música enardecía?

Si tal fue la intención, debemos declarar que la treta no resultó muy ingeniosa. Pero qué importa si el nombre popularizado por la canción patriótica es el que se perpetuaría con los recuerdos de aquellas horas memorables: el himno de López que leyó el poeta Luca en la tertulia de Margarita Sánchez de Thompson, en la hoja húmeda aun por la tinta de imprenta; y la música compuesta por el maestro Parera en el clavicordio de la familia Luca, que custodia entre sus principales reliquias nuestro Museo Histórico.

## MARTINIANO LEGUIZAMON

Facsimil de las firmas que figuran en un manual de contaduría del año 1813, donde el compositor del himno firmó "Blas Parera". (Archivo General de la Nación. División Nacional. Sección Gobierno. Sala IV, C. III, A. 4, No. 16. Libro: Manual de Contaduría, 1813. Junio 5, foja 87)



## UN TAGORE DE NUEVA YORK

Por  
GABRIELA  
MISTRAL

(Para LA NACION)

NUEVA YORK, enero de 1931



El poeta hindú Rabindranath Tagore, en la época de su exposición de dibujos y pinturas en el "foyer" del Teatro Pigalle, París

**T**AGORE ha llegado mal de salud. Tagore se encuentra enfermo de gravedad en Boston. Tagore viene de convaleciente a Nueva York, para hacer una exposición de cuadros.

Yo había leído esto en la prensa norteamericana y no pensaba acercarme a él, a pesar del cariño — de los cariños — que le tengo: cariño de su literatura y de su pedagogía de cera y miel, de sus muchos poemas y de su única escuela.

Pero yo pasaré el día de Acción de Gracias (27 de noviembre) entre la familia Migel, y precisamente Parmenia Migel está encargada de su exposición. Acabado el almuerzo sencillo y ritual, ella me convida a acompañarle en su visita cotidiana al maestro.

Yo me acuerdo de aquella cara rendida, y rehusó; yo le veo aquel cuerpo que da un periódico, que camina derrengadito, y digo otra excusa; a la tercera tentación, ya acepto villanamente como cualquier otra... Con la hipocresía de algunos "compasivos", explico a mi amigo que no preguntaré nada y que me conformaré con mirarlo.

Tagore está alojado en un apartamento elegante que le ha cedido una amiga norteamericana, y recibe en la biblioteca espaciosa y clara, de muros cargados de libros, muebles profundos y mesas llenas de chucherías mundiales. La dueña de casa viaja mucho y acarrea primores que vuelca en este cuarto.

Un escultor hace ni mal ni bien, un busto del poeta. El modelo está sentado a disgusto suyo sobre la consabida tarima, como un pájaro mecánico al que se hace volver el cuello a cada momento, cambiar de lado y probar las luces.

Después que se ha cansado de posturas, baja de la tarima, y yo veo venir la personita menuda, casi femenina, más viejecita que viejo, con el paso de lana de sus zapatillas, que llega a sentarse en el sofá donde nosotros estamos. Más pequeño parece por la bata que da anchura a la espalda mínima, más por el ovillamiento de su cuerpo en el diván, más por lo dobladito que se pone para oír a Miss Migel que le habla del mal negocio de su exposición.

No se ve tan acabado como está un europeo a los setenta años. La varonía se le olvida al verle caminar y al sentarse, pero no cuando se le mira a los ojos, ellos sí fuertes de su ardencia.

Me acuerdo yo recibiendo esta mirada viril, de sus traducciones. Las españolas de la señora Jiménez dan en demasía la dulzura tagoreana, y anegan en cierta melaza la fuerza ardiente; las traducciones francesas dan las dos cosas, un jugo de la uva que estando dulce, ya embriaga un poco; la traducción inglesa dicen que es el poeta entero. Lo traducen como le retratan, con el designio de hacerlo Buda más Cristo, porque las gentes quieren que él sea eso y no lo demás. ¡Lástima de falsificaciones!

Como quien le ensaya máscaras, yo le pongo y le quito las fotografías y los dibujos que conozco, desde los de sus mocedades de príncipe corporal y político, hasta su última vejez que estoy viendo. Todos le vienen... y no le vienen. Las canas

son más luminosas que en otra cabeza, unas bellas canas lustrosas, que parecen acritadas, o mejor, arogadas. Las arrugas se borran en la piel obscura que es la que mejor las disimula; el cráneo es más delicado de lo que se lo apuntan, más ligero en los pómulos; la nariz es la más bella que haya respirado, en un aguilón tierno de águila de un mes; la barba, que el escultor le explota abusivamente, es lo menos mosaico del mundo, corta y aireada, apenas un vapor de labio abajo; una piel del moreno mejor, no marroquí ni mongólica, ni indígena, es decir, no negra, ni amarillenta, ni verdosa, sino del canela árabe-español.

Lo que ningún retrato me había dado, lo que vengo a saber mirándole, es la ironía constante del rostro y que le nada como una pajita de oro en la dulzura de la mirada, estorbándose como una pajueta, que le arrisca en lo bajo la mejilla, le baña la boca y se le pierde en la barba... Con ella recibe, con ella sustenta y despide al visitante, y lo desorienta en el primer momento. ¿Porqué no había de tener al cabo su ironía, a pesar de sus sermones pedagógicos, o a consecuencia de ellos mismos? Muchas cosas grotescas y desparramadas ha visto él en su mundo hindú-británico del Asia, muchas otras del occidente que camina de malas ganas. Como el hindú se proyecta a sí mismo mejor que el blanco, él debe estar mirándose en este momento sentado en una sala de Nueva York, enfrente de aquel retrato de una dama antigua con sombrero de copa y de otro retrato de niño lechosamente rubio, que le han puesto como sucesor de los prietitos de Sankenitan. Otros orientales además de él han criado ironías, como Omar Kayyam, como el Kahlil Gibran que me conversó ayer, como el Salomón, abuelo de ambos.

Lástima grande que esta sonrisa que le forma una doble cara aérea no vaya a quedar fijada en ninguna parte, por culpa de fotógrafos y pintores. Ellos no piensan sino en sacarle a los cartones actitudes y dejos evangélicos, y se las ajustan, para acomodar su rostro todo lo posible a la aureola mesiánica, que le han fundido Sankenitán y el Premio Nobel por iguales partes.

El sigue hablando a mi amiga casi en un cuchicheo, doblándose hacia ella, sobre el mal negocio de su exposición, y entre noticia y noticia, ella va pasando los libros que le han dado y que él firma con una legítima paciencia budista y con una indiferencia dulce, igual a la de su cara. La mano chiquita hace el garabato largo y embrollado de la firma, y se queda después picando en su bata, hasta coger el otro libro. No tiene prisa y si acabara más pronto, caerían otros libros y retratos que firmar; mejor es que no se afane...

Cuando quito los ojos de él, recorro a su gente. Lo mejor del corro es el director del Museo Hindú de Boston, que ha venido a dejarle un admirable mestizo de indostánico e inglesa que lo mira con pena.

— He venido a despedirle y creo que es la última vez que le veo.

La ironía de Tagore que crepita en la sala, me punza a mí también, y le contesto...

— Pero Vds. cuentan con todas las reencarnaciones que quieren para encontrarse...

Los demás visitantes son los que Tagore se soporta en todas partes: señoras mecenas que adonde llega toman esta preciosa nuez maltratada, bajo su guarda; orientalistas de diferentes edades y encontrados climas místicos; ociosos internacionales que lo leen como prueban los téis de la China; agentes de publicidad que le agradecen la túnica y la bata, con lo cual se compone una estampa espléndida de primera página de magazine.

¿Qué anda haciendo Tagore, de Calcuta a Plymouth, de allí a Nueva York, y de aquí a Argentina? ¿Qué anda traqueteando con sus setenta años que le piden más que los treinta la estera hindú, con estos huesos que le muelen los trenes, con toda esta racionalidad inalienable de su cuerpo asiático, que padece el comer y el beber en mesas más o menos bárbaras?

— Anda y andará, me explica Miss Migel, buscando redondear el millón de dólares que le pide la dotación perpetua de Sankenitán. Cuatrocientos mil van recogidos, y tendrá que viajar diez años aún, si Dios se los da, para rematar el legado.

Los y las Mecenas lo banquetean como en esta semana en mesa de quinientos cubiertos, sin hacerle con ello más regalo que la fatiga; al despedirlo en los malecones de todas partes, le encargan que vuelva, sabiendo muy bien lo que significa que esta cáscara de carne sufra de nuevo cabina de barco; y cuando llega allá, a la casa con árboles y tapices de paja de Sankenitán, supongo que los pedagogos subalternos, pasadas unas semanas, le llevan los libros de la fundación y lo empujan con la cifra blanca a que puede el mundo por la décima vez.

Tagore se ha puesto a dibujar y a pintar. Tal vez como buen oriental, él habrá dibujado siempre; pero el hecho es que ahora él dibuja para vender cuanto hace... porque los veinte libros de poemas no dan lo suficiente.

El snobismo de los señores, y especialmente de las señoras, paga con más gusto los juegos de Tagore en el cartón, puro capricho y casi antojo, que sus libros definitivos. La primera exposición la hizo en París y se encargó de la propaganda la Condesa de Noailles. El resultado fué excelente y Tagore ha venido a repetir la hazaña, ahora con mala suerte, en Estados Unidos.

Vuelvo a sentir con Tagore la misma pena que con Kahlil Gibran. Ambos pintando engendros y larvas dudosas que les frecuentan cuando tienen el lápiz en la mano y que echan atrás los fantasmas divinos que les acuden gustosamente cuando toman el cuaderno de escribir.

El escultor se va dándonos con ello la señal de partida. Varias fieles se despiden de Tagore arrodillándose para besarle la mano. El me da una bendición que uno de sus guardianes me explicará al salir como no sé qué saludo jerárquico, pero que yo guardo como la bendición de nuestros viejos en el campo. Le devuelvo la despedida espontáneamente, con algo que no alcanzo a pensar... Me sobra la reverencia, pero mis rodillas son duras para arrodillarme, y le acaricio la cabeza, sintiéndole en la palma las canas lindas y rojas que ya le celebre.

## UN VOLUNTARIO DE LA LOCURA



O debe suceder a menudo que una persona se presente por voluntad propia en un manicomio a fin de ser internada. Y este es el caso de Alfredo de Zuviria. Allá por fines de 1906 o principios del siguiente año, se consideró merecedor de asilo en el Hospicio de las Mercedes, y lo confesó en esa casa, donde se le franqueó la entrada.

—¿Por qué lo hizo? — le pregunté.  
—Como acá sacan una revista... me respondió, rompiendo su reflexión habitual entre soñadora y dispéptica, de la manera también habitual con que solía hacerlo: con una risa que no le convulsionaba el cuerpo ni le movía la cabeza, sino que le plegaba el rostro en un varillaje de arrugas súbitas, le provocaba un soplido bucal nasal, y lo dejaba desviando la mirada húmeda de alegría, en persecución de la idea emitida, que saboreaba como un niño un caramelo.

No siempre le era dable a su interlocutor ver esa idea y menos seguirla. Se dudaba entonces de la integridad mental del poeta. Cosa que él sabía y hallaba natural.

Pero esa vez su respuesta estaba clara. El poeta de breves piezas delicadas, no solamente no podía hacer un medio de subsistencia de su arte, sino que no tenía siquiera dónde publicar. Y como el Hospicio de las Mercedes editaba su "Ecos"... estaba visto que el mundo de los poetas tenía que ser el manicomio.

No le era obstáculo, pues, el que la tal revista se imprimiese para demostrar "la persistencia de la razón en la locura". También se imprimía para que los poseedores de ese pedazo de razón lo ejercitasen hasta el punto de aumentarlo y ganar con él toda la propia mente, con lo que sanarían. Acaso el extraño mal de que él se sabía víctima, y del que buscaba con curiosidad la explicación de los médicos, hallase por ese medio curación: aunque tenía por qué dudarlo, ya que no era aquella la primera vez que se asilara en una casa de insanos mentales, no editora de revista literaria, ciertamente, pero manicomio al cabo. La primera vez que lo hiciera, también "motu proprio", ocho años antes, en Montevideo, salió del establecimiento publicando sus impresiones en "La Alborada". Supongo que pertenecen a esas impresiones las confesiones siguientes:

"Yo voy al manicomio entre alegre y triste; alegre, porque aun espero... He publicado que la esperanza es el rubor de los cobardes, y ahora añado que es el sentimiento por excelencia divino; y esa palabra cae de molde por esta frase de Hipócrates: "lo divino de ciertas enfermedades".

El gran médico Jones, que fui a consultar a Buenos Aires, ha puesto en mi diagnóstico un punto de interrogación: algo se le escapa también a él, que el porvenir "resolverá". Yo creo que todo es para bien en este mundo, o en el otro, y que si hay cielo ha de ser para todos.

Dicen que no estoy loco. Locura sin locura es la mía. Que estoy en su frontera, verdad tan triste como innegable.

En aquel año de 1906, Soiza Reilly se iniciaba en "Caras y Caretas" como el singular cronista que ha seguido siendo. A él proporcionó Zuviria más datos sobre su caso, diciéndole: "Mi enfermedad se sintetiza en esta frase: "tengo la voluntad opuesta al fin que persigo". Cuando quiero pedir, doy. Doy todo lo que tengo... Obrando como loco, comprendo cuanto ejecutivo".

Aquel artículo de Soiza (inserto luego en los libros "Confesiones literarias", 1908, y "Cien hombres célebres", 1909), dió a Zuviria el mayor nombre posible entonces, tratándose de un autor nuestro. Por eso quizá quiso el poeta aprovechar napoleónicamente el momento: colaboró en todas partes donde le hacían lugar: "Ecos de las Mercedes", "El Social", de Flores; "El Correo Literario", el diario "El Nacional", que tenía sus "Lunas"... Colaboró "gratis et amore", acaso por aquello de que todo le hacía al revés de su deseo: a no ser que su deseo único fuera el de la gloria.

Los recortes que de Zuviria poseo, no van más allá de 1910. Pasarían tal vez esa fecha algunas postales que no tengo a la mano y que me envié desde los hospitales a donde regresó después de su breve incursión por las Mercedes. Estos hospitales fueron Pirovano y Teodoro Alvarez, donde vivió como

en su casa, franca la puerta para sus visitas a las redacciones.

Ese peregrino ingenio, fué un peregrino. Pasó. ¿De dónde había venido? ¿A dónde se fué?

Pasó dejándonos el deslumbramiento permanente de un puñado de versos.

Su hermano, el poeta Roberto de las Carreras, y él, se refirieron a veces a la madre, aquella dama de leyenda, mujer bellísima y extravagante, que arrojaba por la ventana monedas de oro a la calle... Había sido abuelo de nuestro Alfredo el doctor Facundo de Zuviria, salteño, residente en Bolivia durante la Tiranía, presidente del Congreso General Constituyente de 1853, ministro luego, gran orador, literato y padre a su vez de ilustrados hombres notables.

Una abuelita crió a nuestro poeta, de la que heredó fortuna ilimitada. Pero desde que sus versos lo revelaron, se le conoció pobre. Su colega Rafael Fraguero, a quien trató en Las Piedras, República del Uruguay, le había regalado un sobretodo, prenda a la que el obsequiado se referiría en su autorretrato, muchos años después.

Transcurriendo la última década del pasado siglo, Acevedo Díaz, Arreguine, Montero Bustamante, vieron surgir al poeta y lo elogiaron. Escribía Zuviria entonces heinianas, becquerianas, dolores, bartrianinas que, a pesar de ser tales, revelaban un alma sincera, de sentir propio, de expresión que se fué haciendo inconfundible. El también tenía "alegre la tristeza y triste el vino". Por eso adoptó, como epigrafe de sus "Flores enfermas", aquel verso en que decía: "desprecio el mundo... y acaríctico cuanto toco"... Epigramáticos por la brevedad y a veces por el carácter, sus "Faroles apagados" de aquella época proliferaron bajo diferentes títulos hasta en sus últimos años.

Uno, titulado "Ella", dice:

"Hupa! Más arriba,  
más arriba aún;  
que yo soy la llama  
y el músculo tú".

Es una alabanza de la mujer. Pero en seguida enciende la luz de otro farol, siquiera el instante necesario para iluminar "A un amigo", advirtiéndole:

"Canta para pescarte:  
si con ella te casas, adiós arte".

Y si anota así ante lo social, también lo hace ante la naturaleza:

"De las neblinas por los vientos rotas  
son besos condensados esas gotas".

O en presencia de los problemas morales y filosóficos:

"Morir: soñar tal vez, dormir acaso  
y por la vez primera!...  
Morir: cambiar de paso  
con frente a otra bandera".

Nos revelaba sus estados de alma, sus amatorios sentimientos, como en "Never more", con brillantez de imágenes y en modo sintético, a veces alegórico, o por expresión sencilla, cerrando su pena con rasgo irónico, como en "Spirita heiniana". Pero quería a menudo sacudirse del mundo a ejemplo de "El condor", a quien dice, diciéndose a sí mismo: "¡asciende, asciende!... Olvida que tu nido es una roca, olvida que eres hijo de la tierra!" o como un místico cantando su "Hosanna" con la rima que más dulcemente obliga a amar al Señor, la revestida por las propias galas de El, de suerte que "allá en lo inmenso el polvo pecador quede suspenso debajo lo Eterno que puro brilla".

Entre esos remotes de su espíritu y su ingenuo contento experimentado ante las cosas bellas del mundo, contento estallante y gracioso, absolutamente infantil, observó el poeta una actitud media, la más permanente, la más fructuosa en obra característica, de la que son prueba escenas, retratos, cuadros, trazados comúnmente en sonetos y sonetinos: "Napoleón", "Yankee", "Chez Inés", "Exótica", "Barcos de papel", "Micifuz", "Frou-frou", "Funambulesca"... desde el primero, vigoroso, de bellos símiles entre la naturaleza y el alma, y "Yankee", delicado y ligero, hasta aquellos otros en los que, con todo y ser también de trazos firmes y nítidos, parecerían realizar la paradoja de un miniaturismo impresionista. Y fué más allá aun: fué hasta esas naderías de "incomprensible" su gestión como "Funambulesca"...

"Suenan flautas, crujen rasos  
esparciendo suave olor,  
a una danza de dos pasos.

EDMUNDO  
MONTAGNE



ALFREDO DE ZUVIRIA

sobre el parche de un tambor.

Los mecheros son escasos  
y a su tenue resplandor,  
ya es el baile de payasos  
de un efecto encantador.

Mas de pronto se presenta  
la querida Cenicienta  
y los niños gritan: oh...

Tan sencilla es su alegría  
que me da melancolía:  
¡no ser niño también yo!

... en la que la emoción del ritmo es la que opera el milagro de darnos la visión completa de lo que sólo insinúa la imagen. Ahí el octosílabo es un riguroso doblémtrico de iguales, una "danza de dos pasos", movimiento "fijante" de un schottis al que la gracia payascesca pone alas.

¡No ser niño también yo! ¡Si lo sería! Véase la anécdota "Chez Inés":

"Brilla el sol alto y es primavera,  
felpa los campos y oro la mies;  
vierte el encanto de la pradera  
toda la gracia de un parque inglés.

Voy a su casa, que allí me espera.  
¿Llamo? ¡En la puerta la misma Inés!  
—¿Quieres decirme, cartomancera,  
lo que se esconde tras el después?

Sacó sus cartas pintarrajeadas  
bajo la lumbre de sus miradas,  
mezcla de verdes y áureo Jerez:

Nada más movido y llamativo. Pues bien: termina el soneto con una patochada, con una de esas agudezas escondidas, según él las sonreía saboreándolas, cuando "trabajaba de mago" horas enteras, ante un tablero, pegando, yuxtapuestos, recortes de periódicos (grabados, leyendas, avisos) de lo más dispar. No hay que extrañar, pues, que ese hombre niño aficionado a mago fuera objeto a su vez de la broma de la linda bruja de miradas "mezcla de verdes y áureo Jerez", quien le adivina el porvenir diciéndole:

—Son 3 y 7... sota de... Iba a decir copas; mas, pensativa, tan sólo dijo: —43"...

Pero todo lo que a esto antecede es maravilloso de viveza y color.

La información directa de Zuviria va unida a veces al "comentario de actualidad". En "Barcos de papel" vemos a los niños entre las hierbas floridas de la orilla del río. Se afanan en construir y botar sus barquitos. De pronto uno de los armadores recuerda la tragedia reciente del hundimiento de un buque de guerra tan comentada por doble, tremendo motivo:

"¡Y es de ver impelidas por el viento  
las pobres navecillas desgraciadas  
que abandonan temblando los juncales!  
¡Una va a naufragar... Crece el contento  
y entre un coro de alegres carcajadas,  
grita un niño angustiado: "La Rosales!"

Veamos cómo sabe fantasear a propósito de lo que bien pinta e interpreta "Micifuz":

"Guerrero japonés en la conquista;  
soñador cual ninguno si reposas;  
deslizándote en curvas armoniosas,  
nada te falta para ser artista.

Ajeno a todo sentimiento altruista,  
no caes en sus comedias borrascosas,  
antes bien, entre pámpanos y rosas  
de pájaro o ratón das con la pista.

Pero pasas de cruel. A la inocente  
mariposa que gira alegremente  
alcanzar llega tu avidez felina:  
no aver polvo ya, puértas sus galas,

EL POETA  
ALFREDO  
DE  
ZUVIRIA

del aire azul por las serenas salas,  
ensueño postrimer de una eglantina".

Y entre la brillante y novedosa frase precisa, supo mezclar la frase familiar, con la oportunidad que lo hacía Verlaine, o contrastó lo idealizado con el viso grotesco, sin dar en lo dederiano: ambas cosas inusitadas entonces. De ellas informa en esta misma linda estampa "Yankee", finamente espolvoreada de juguetona ironía, el "hasta se me hace que es más bonita" y el "fresco merengue".

"Es de oro crespito su cabecita,  
rosa fragante su boca es,  
fresco merengue por lo exquisita  
cuando sonriendo contesta: "yes".

Lanza reflejos de malaquita;  
toda ella, aroma, gracia, esbeltez  
y hasta se me hace que es más bonita  
girando rápida cual buscapies.

Vila en Palermo tierna y sencilla  
hundir la punta de su sombrilla  
en la meina de horrible león.

Y la mirada la hirsuta fiera  
de un modo raro, cual si quisiera  
darle en ofrenda su corazón".

Exactamente define Montero Bustamante al Zuviria de la primera época con la nota que le pone en "El Parnaso Oriental". Pero bien se ve que el artista de las piezas que transcribimos es ya otro, completamente único. Por eso diría Naón, beato del iris, al presentarlo a los lectores de "El Social", con "Frou-frou", donde el picafior es "una esmeralda con alas" o "ráfaga de color", y con "Funambulesca", que ya vimos, que esos sonetinos eran "dos serpentinadas de luz cambiante y maravillosa, dos rosas de oro de exquisita gracia palatina". Tenían "ese reflejo de distinción y armonía" y ese "caprichoso y deslumbrante cabrilleo de sol" propio de "todo lo que ha nacido al brillo de la fantasía sutil y rara de Alfredo de Zuviria".

Pero existe una poesía suya, obra maestra sin ninguna duda, en la cual, gracias a objetivarse a sí mismo, tenemos al Zuviria primero, segundo y completo, el subjetivo y el objetivo, el soñador y el realista, el idealizador y el travieso de lo grotesco. "A. de Zuviria" se llama; la firmó Chem Stella y la dedicó al doctor Javier Brandam, publicándola en el número 23 de "Ecos de las Mercedes", en julio de 1907. Adrede no quise detenerme en los rasgos físicos del poeta. Caricaturescamente daría él una noción mejor que la mía, añadiéndole lo moral y lo episódico de modo insuperable. Su autorretrato, que empieza payaseando, nos punza bien luego, y al fin y a despecho o por lo mismo de repetirse el rasgo grotesco, nos ocupa con la pena del evidente drama, que es al cabo la esfinge desconcertante del humano destino, pero que parecería imprescindible encarnarlo tan dolorosamente como lo encarnó Zuviria, para poderlo hacer sentir como aquí se siente, para que lo podamos ver como aquí se ve:

Alto, flaco, desgarbado,  
cara de lechuza vieja,  
ora se acerca o se aleja  
asaz traído y llevado.

El cuerpo medio inclinado  
Un sobretodo amortaja,  
que mejor en una caja  
estaría y enterrado.

Trabaja haciendo de mago;  
es y no es distraído;  
hombre que no encuentra halago,  
desde los cielos caído.

Su sonrisa en lo incansable  
cual su caminar de prisa:  
del que es tristemente amable  
pasó a eterna la sonrisa.

Gira, vuelve, torna, va  
en la niebla que lo baña,  
y al mirar su forma extraña  
me preguntó: ¡qué tendrá!

En el manicomio, el pobre  
con ese aspecto de tero:  
un poeta sin un cobre  
vale un loco... sin dinero.

¿Y el ascenso a pensionista  
que aun espera del Gobierno?  
Tiene razón el artista:  
esta vida es un infierno.

Su fe, no obstante, se exalta  
tras peligrosas caídas,  
y si consigue "salidas"  
nunca, en cambio, lo dan de alta.

Cejijunto mira altivo;  
como sombra gira leve...  
¿Qué es, en fin? ¿un muerto vivo?  
¡Hace frío, llueve, llueve!"



El edificio más grande y elevado del mundo está casi terminado en Nueva York. Es el Empire State Building, que se erige en la esquina de la Quinta Avenida y la calle 34, en el sitio que

ocupaba el célebre hotel Waldorf-Astoria. El cerebro del hombre no había concebido hasta ahora una construcción tan gigantesca. Dominará a los rascacielos vecinos como una elevadísima y elegante columna, pero ha sido edificada sobre frías bases económicas. Está destinada a albergar oficinas comerciales y fué calculada en forma tal, que los miles de alquileres que se percibirán, justifican la inversión de capitales que representa el edificio. Durante los últimos años, ha recrudecido la competencia en la construcción de rascacielos, competencia que según parece no ha llegado a su término. En algunas ciudades de los Estados Unidos se ha impuesto un límite a la altura de los rascacielos, porque se consideró que eran arquitectónicamente inestéticas. Empero, una de las particularidades de los rascacielos de Nueva York es que no son solamente macizas pilas de mampostería, sino que se perfilan con belleza sobre el cielo. Hay en su construcción una severidad y una gracia que convierten a cada rascacielo nuevo en un hermoso monumento, digno del espíritu de empresa de sus propietarios y del genio de sus arquitectos.

Durante mucho tiempo, se consideró que el Woolworth Building había alcanzado al máximo de altura a que puede aspirar económicamente un edificio constituido exclusivamente para oficinas comerciales, pero los últimos años han demostrado que tal opinión era errónea. El viejo Singer Building, en la parte baja de Nueva York, tiene 41 pisos y fué el edificio "record" durante cinco años, hasta que el Woolworth Building — la hermosa catedral del comercio — se elevó a una altura de veinte pisos más, y convirtió en enano a su predecesor. Entonces se creyó haber alcanzado un límite. Durante más de 17 años, el Woolworth fué el edificio más alto del mundo, la Meca de los aficionados a las visiones panorámicas. En los últimos tres años, sin embargo, el Banco de Manhattan, con sus 65 pisos, y el Chrysler Building, con 68, privaron al Woolworth de su larga primacía. El edificio del Banco de Manhattan se encuentra en el barrio bajo de la ciudad, y el Chrysler Building en la esquina de la calle 42 y la Avenida Lexington, en el corazón de la "city" de Nueva York. Ahora surge el Empire State Building, de 85 pisos, cuyo remate está a unos 375 metros del suelo. Muchos arquitectos consideraron que se había llegado al límite de la altura con el Woolworth Building, suponiendo que a mayor altura, no se podría alquilar provechosamente los locales. La experiencia del Banco de Manhattan y del edificio de Chrysler parece haber desvirtuado esta opinión, y es evidente que no se ha llegado aún a la altura en que el servicio de los ascensores resulta demasiado costoso. Es interesante observar a este respecto que el Instituto Norteamericano de Construcciones de Acero, encargado de calcular las resistencias en materia de obras de ingeniería, ha establecido que el límite absoluto para un rascacielos es una altura de 600 metros, o sea unos 225 metros más que el Empire State Building.

Vincúlase a la edificación de los rascacielos del Banco de Manhattan y de Chrysler, una historia muy humana. Los arquitectos de estos dos edificios eran socios originariamente, pero luego se separaron, y cada uno recibió encargo de proyectar un rascacielos. Los planos de ambos edificios fueron trazados casi simultáneamente, y resultó que los del Banco de Manhattan preveían una altura mayor que los del rascacielos de Chrysler. Poco después de haberse terminado la construcción del Banco de Manhattan, los neoyorkinos asistieron, sin embargo, a la insólita aparición de una torre de acero que surgió del centro del Chrysler Building. Entonces corrió la voz de que el arquitecto de este último edificio había construido secretamente una torre de acero, de unos 12 pisos, dentro del rascacielos, y se supo que se utilizaban poderosas maquinarias para incorporar esta estructura a la construcción aparentemente terminada. Así triunfó el rascacielos de Chrysler en la carrera de altura, hasta que el edificio del Empire State apareció reclamando los laureles. El Chrysler Building remata en una punta de metal bruñido que, a la distancia, parece una resplandeciente espada que se hunde en el cielo.

Hace cinco años, el forastero que pasaba por el puerto se asombraba ante el grupo de gigantes edificios, extrañamente situados en la punta de Manhattan, pero muy luego se daba cuenta de que el milagro cesaba, ya que más allá — con excepción de algunas construcciones — la isla ofrecía la apariencia normal de una ciudad en proceso de crecimiento. Pero hoy, todo ha cambiado. Los rascacielos se congregan, tan apilados, en el centro de Nueva York, que los de la parte baja de Broadway pierden rápidamente su extraordinario e insólito carácter. El rascacielos moderno avanza más y más por la isla y, transponiendo East River vuelve a surgir en Brooklyn. Junto a estas gigantes estructuras, hay edi-

trucciones de tales edificios. El costo — (el Banco de Manhattan, 10.000.000 de dólares; el edificio Chrysler, 15.000.000; el Empire State Building, 25.000.000) — desempeña un papel importante en la rapidez de la construcción. Se establece un plan de trabajo minuciosamente calculado, con precisión cronométrica, pues sólo así pueden obtener beneficios los constructores. No es posible pagar 15 dólares por día a un hábil operario para que haragane. Así, pues, el horario es lo que da su carácter épico a las obras norteamericanas modernas. He recorrido el Empire State Building desde su base, que está a unos 19 metros debajo del nivel de la calle, hasta la azotea, que se alza a unos 360 metros sobre dicho nivel. Finalmente, su-

que se quedan con trabajo, ingresan en los talleres de construcciones, y una vez que han aprendido el oficio y apropiado los buenos salarios, permanecen en su empleo. Trabajan en cuadrillas de cuatro y viajan por el país. Notan los tranquiños aquí como nosotros en la calle.

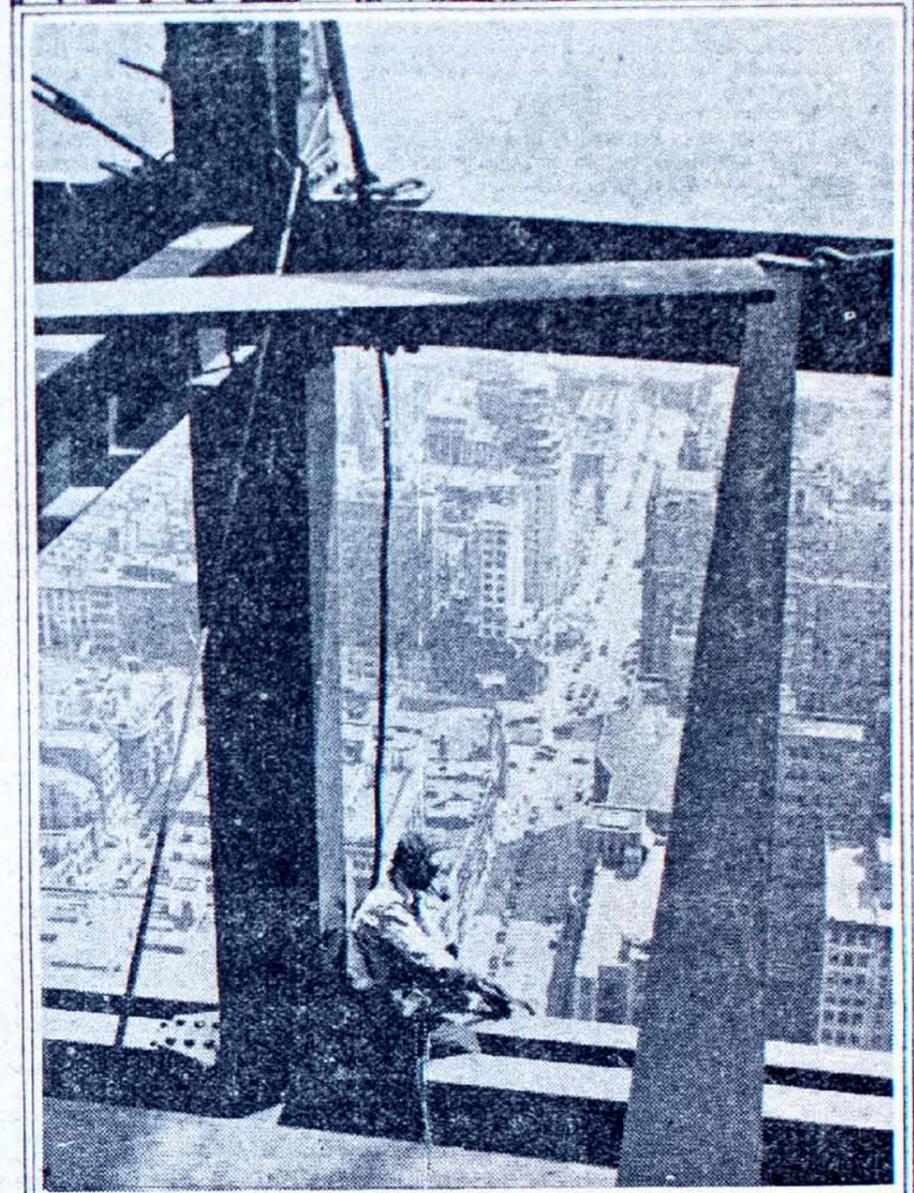
Este es uno de los aspectos épicos del trabajo moderno: los remachadores sonrientes y despreocupados, con sus sopletes que muerden el acero como si fuera manteca, eternamente encaramados en esos nidos de agujas.

En lo alto del edificio, unos 3000 hombres, de 30 gremios diversos, trabajan en la construcción de estas urbes encerradas entre cuatro paredes, que recibirán poblaciones diurnas de 10.000 a 20.000 personas. En la lista de salarios del Empire State Building figuran 384 ladrilleros, 328 mamposteos, 290 albañiles, 285 operarios del ramo de construcciones en acero, 225 carpinteros, 192 plomeros, 107 maquinistas de grúas y 105 electricistas. Han puesto en la construcción 10.000.000 de ladrillos, 600.000 metros de hilos eléctricos, 120 kilómetros de cañerías, 60.000 metros cúbicos de piedra y 50.000 toneladas de acero. Setenta y cinco ascensores funcionan en varios pisos, para el transporte de todo el material, excepto los tirantes de acero que son izados por la parte de afuera. Estos tirantes vienen directamente de los hornos de Pittsburgh, y son instalados 88 horas después de haber salido, calentados al blanco, del fuego. La columna de acero principal que tiene, aproximadamente, 1,50 metros cuadrados, soporta un peso de 5000 toneladas, y otras columnas sostienen de 4000 a 4500 toneladas. Cada piso es un taller en miniatura, equipado con su sistema propio para la circulación de las vagonetas que transportan los materiales. En algunos pisos hay todavía una maraña de cables eléctricos y de cañerías de acero, venas y arterias del edificio. Cinco cantinas instaladas en varios pisos, sirven de comer a los operarios, para evitar la aglomeración en los ascensores a la hora del almuerzo, con la consiguiente congestión.

En esta época moderna, el tiempo no interrumpe nunca el trabajo, excepto cuando una fuerte lluvia impide la tarea de remachar las columnas de acero. No ha ocurrido accidente alguno grave en el Empire State Building. El superintendente, al mencionar esta circunstancia con orgullo, se inclinó inmediatamente y tocó un trozo de madera. Temía que al hablar de su buena suerte, ésta lo abandonara. En toda la obra hay un sinnúmero de carteles con consejos de prudencia. Uno de los más acertados representa una cabeza de niño, con la siguiente frase: "¡Ten en cuenta que te necesito, papá!". También está sumamente satisfecho el superintendente de la obra de que el gigantesco y querido edificio haya sido levantado en uno de los rincones más poblados del mundo sin haber motivado ni una sola infracción al reglamento del tráfico. Quince hábiles operarios fueron premiados recientemente con certificados de mérito y botones de oro. Sus nombres serán inscriptos en la lista de honor que decorará el vestíbulo del rascacielos. Tal género de homenaje a la energía y la capacidad goza cada día de mayor fervor entre los constructores. Es una nota grata y que cuesta poco.

Cuando están terminadas estas "ciudades financieras" un nuevo milagro las transforma en centro del trabajo cotidiano de hombres y mujeres activos. Las agencias centrales se encargan de encontrar las oficinas que se piden, de amueblarlas y de entregarlas arregladas en todos sus detalles, a cualquier profesional u hombre de negocios. El inquilino dice lo que necesita. Y si lo desea, puede llegar un buen día a su oficina, encontrarlo todo listo y empezar a trabajar. Un pasaje subterráneo unirá al Empire State Building con la gran estación de Pennsylvania, a la que arriban tantos empleados que vienen de lejanos suburbios. Así, pues, las personas que trabajan en el edificio podrán llegar a la oficina, desde su casa, sin exponerse casi a la intemperie. Las tiendas de los pisos inferiores ofrecerán todo lo que se puede necesitar. Médicos, enfermeras, bancos y peluqueros estarán al alcance de la mano. Habrá piletas de natación y un club atlético donde se podrá hacer ejercicio. Y como última nota, realmente norteamericana, los reglamentos de la ciudad en materia de ascensores han sido modificados para que los pasajeros puedan subir o bajar en ascensor a la velocidad de 300 metros por minuto.

# RASCACIELOS NORTEAMERICANOS



## POR WILLIAM WILLS DAVIES

(Para LA NACION) NUEVA YORK, enero de 1931

ficios con departamentos de residencia, que son apenas más bajos que sus vecinos los rascacielos de oficinas.

No insistiré en la belleza de estas creaciones modernas, pues prefiero referirme a la obra épica que implica su construcción. De paso, vale la pena hacer notar, sin embargo, que las azoteas de algunas de las casas de departamentos más grandes son — como lo ha escrito alguien — verdaderas quintas surgidas entre las nubes. En la residencia de un millonario, hay una cancha de tenis y otra de golf miniatura a más de canteros de flores y un prado en que murmura un arroyuelo, mientras allá abajo se concentra el estrépito de las calles, que apenas se percibe a tal altura. Pero no son las casas de departamentos, sino los edificios de oficinas los que dan a Nueva York su incomparable grandeza arquitectónica. Y una de las características más asombrosas de la construcción de acero moderna es la rapidez con que se edifican estas "ciudades" dentro de la ciudad. El Empire State Building, que es el edificio más grande de Nueva York, estará listo para ser ocupado en el mes de mayo próximo, o sea exactamente quince meses después de la fecha en que el antiguo hotel Waldorf Astoria fué entregado a los demolidores.

Veamos algunos detalles de la cons-

trucción de tales edificios. El costo — (el Banco de Manhattan, 10.000.000 de dólares; el edificio Chrysler, 15.000.000; el Empire State Building, 25.000.000) — desempeña un papel importante en la rapidez de la construcción. Se establece un plan de trabajo minuciosamente calculado, con precisión cronométrica, pues sólo así pueden obtener beneficios los constructores. No es posible pagar 15 dólares por día a un hábil operario para que haragane. Así, pues, el horario es lo que da su carácter épico a las obras norteamericanas modernas. He recorrido el Empire State Building desde su base, que está a unos 19 metros debajo del nivel de la calle, hasta la azotea, que se alza a unos 360 metros sobre dicho nivel. Finalmente, su-

bi a una pequeña plataforma oscilante a la cual se asciende por una escalera de mano desde el 85 piso. Antes de permitirme subir a tan vertiginosa altura, un contramaestre me pidió que firmara un certificado que eximia de responsabilidad a la empresa en caso de accidente. Los contratistas no quieren correr riesgos. A esta altura, sólo me dominaba una pequeña grúa destinada a alzar los tirantes de acero. Vibraba el aire con el ruido que hacían los remachadores. Durante una breve tregua, oí que un operario le preguntaba a un compañero:  
— ¿Por quién votarás el jueves?  
— Me tomas por un maldito demócrata? — fué la jovial respuesta.  
Ambos hombres estaban encaramados a 360 metros de la Quinta Avenida, donde los automóviles y los transeúntes, vistos desde tal altura, parecían cienpiés u hormigas rastreras. Me dirigí al superintendente de la construcción, que estaba a mi lado, preguntándole si no sufrían nunca vértigos los hombres que trabajaban allí, sin estar protegidos por la menor baranda. Me contestó:  
— No. Los remachadores, en su mayoría, son los que llamamos "blue-ones" (narices azules) en Canadá. Quieren decir que han sido marinos y están acostumbrados a trepar a los mástiles. En alguna temporada de invierno en

## UN AUTOR QUE SIGUE EL BUEN CAMINO

Por LUCIO D'AMBRA

(Para LA NACION) ROMA, enero de 1931

VUELVO al teatro en estas melancólicas noches de otoño, dado que ahora en octubre empieza la temporada de los "estrenos". Y al volver al teatro recuerdo las frases que solía decirme, hace ya de esto mucho tiempo, un maestro, crítico dramático que durante treinta años consecutivos ocupó todas las noches su butaca en el teatro: "No es lo malo verse condenado a pasar todas las noches en los teatros, escuchando la vanilocuencia dramática de los autores contemporáneos, pues uno puede muy bien allí distraerse; reparar sus cuentas y rehacer su presupuesto, contar con paciencia hasta cinco mil, estudiar una por una todas las dinastías de los faraones, etc. Pero lo tremendo es luego, pues después de haber fingido escuchar toda esta verbosidad inútil, es necesario todavía ocuparse de ella y hasta fingir interés. Esto es lo inicuo del teatro en lo que se refiere a la usanza periodística. Una novela necia, ni se cita, ni se comenta. Nace muerta debido a su propia sosería. No ocurre lo mismo con una comedia necia. Aunque sea inútil, absurda y desaparezca después de la primera y única representación, no hay, sin embargo, periódico o revista que no se crea obligado a dar cuenta de ello y a explayarse, si es que la condenan a muerte, sobre todos los motivos de esta sentencia. Esto se llama razonar en el vacío; discutir sobre la nada; hacer argumentos inútiles y el proceso a los ya condenados, y sobre todo, hacer perder el tiempo a los que escriben sobre todo aquello que jamás debiera haberse escrito". Palabras sagradas entonces y más aun en nuestro tiempo, en que todo lo que se relaciona con el teatro está en crisis, y muy especialmente la producción teatral. Dado el silencio, voluntario o no, de los autores ilustres que se retiran a un lado y el confuso vocerío de los autores nuevos que dudan o intentan a duras penas definirse claramente, el teatro marcha en Italia a fuerza de tentativas, rebuscas, aspiraciones confusas e indefinibles tendencias de vanguardia que muchas veces, aparte del impetu dramático, no son más que formas disfrazadas de la "antigua guardia", tan vituperada y calumniada. En no pocos indefinidos e indefinibles intentos de arte modernísima hemos visto volver bajo las más elegantes máscaras el mismo armazón de los viejos mecanismos. Faltaban, sin embargo, a estas construcciones, la habilidad de los viejos mecánicos, tan expertos en su arte, y por esto los mecanismos que el autor había acumulado, pero no sabía hacer andar, no conseguían llevar hacia adelante toda esta máquina teatral revestida de la más rebuscada, ansiosa y novísima poesía.

Es una gran suerte cuando la experiencia dramática de un hombre de teatro a la antigua y el ansia renovadora por la poesía se encuentran reunidos en un mismo escritor y en una misma obra. Esto ha sucedido con Cesare Giulio Viola y con su drama en tres actos "Fine del protagonista". El elogio de este comediógrafo técnicamente experto, de este sólido constructor de escenas, de este autor de diálogos todo claridad y densidad, es superfluo para quien hizo aquella obra, teatralísima y acogida con el favor universal, titulada "Il cuore in due". Pero lo que sobre todo interesa en el joven e insigne comediógrafo es la "Fine del protagonista", que ha obtenido en Milán un clamoroso éxito, es su tendencia cada vez mayor hacia el teatro tradicional, después de tantas y tantas experiencias revolucionarias de las vanguardias italianas, francesas o alemanas, y también su apasionada orientación hacia aquel teatro de fuertes raíces morales y espirituales que es, al fin y al cabo, el teatro en el cual dispone y coordina sus conflictos a base de la evolución violentamente dramática de un problema moral, de un "caso de conciencia".

He dicho mal. Un "caso de conciencia" presupone un conjunto de circunstancias excepcionales, a menudo las antitesis de un dilema o las conclusiones de una tesis planteada y resuelta en un "quod erat demonstrandum". El "caso de conciencia" es el teatro de Dumas hijo, o en Italia el teatro de tesis de Paolo Ferrari. Mientras que yo quería referirme a aquel teatro de grandes y profundos trabajos morales que le dan

el carácter de eminentemente humano; a aquel teatro de sonoros y difundidos conflictos y problemas que encuentran en la poesía épica de Corneille y en las luchas del individuo contra todo el mundo de los dramas "heroicos" de Enrique Ibsen, sus más características manifestaciones. Teatro grande y generoso, de difundido eco y de profunda repercusión, que no se atarda en los pequeños análisis ni en las delicadas tonalidades, sino que se dirige directamente a lo más hondo del alma, con pocas palabras, las esenciales, buscando y estudiando desde sus raíces los grandes problemas humanos, los grandes errores o los más hermosos heroísmos de los hombres, como son: el amor por la mujer frente al propio y más alto deber, el derecho a la indagación científica frente a la indisponibilidad de la vida humana... Corneille, de Cuirel, o sea "Polliuto" y "La Nouvelle Idole", son los dramas típicos, característicos. Pero aun son más las causas de nuestro mal, de nuestros grandes errores esenciales, fuerzas amigas de nuestra perdición: la envidia, la ambición, el egoísmo, el orgullo. Este último—el orgullo—constituye el drama que ha atraído la fantasía de Cesare Giulio Viola.

¿Se da el caso, en la vida, de que el orgulloso ceje alguna vez en su postura? ¿Puede, sintiéndose culpable, llegar un día a desear el perdón de sus culpas? Y en caso afirmativo, ¿puede el arrepentimiento del orgulloso realizar una transformación total del hombre, "homo novus"? A estos puntos, Cesare Giulio Viola nos contesta primero que no y luego que sí. El orgulloso ocupa el centro de la escena en cada hora y en cada acto de su vida. El siente siempre pendientes únicamente de él las miradas de militares y millares de invisibles espectadores. Y por esta razón él se siente en todas partes y en todo momento "protagonista", héroe central y único dueño de los débiles, acaparador de todo el interés, de toda la piedad. Abatido por la tempestad, puesto ante su enorme responsabilidad y decidido a expiar su continuo pecado, el "protagonista" seguirá haciendo de la suprema humildad, teatro, representación continua, recitación de un gran actor que grita su congoja y que aun llorando es dueño de controlar y regular su llanto conforme a su voluntad. Admirable visión de un determinado carácter humano, concepción altamente poética y sentimiento lírico propios de un drama de original sufrimiento moral y espiritual. Viola ha querido titular su drama "Fine del protagonista", y como representación simbólica, cuando al final del drama el protagonista deja definitivamente el escenario de la vida para perderse en las filas anónimas de la humanidad, Viola hace que todas las luces se apaguen en el teatro y se pierda en las sombras el escenario que ha perdido tan pertinaz e impenitente actor. Tan sólo

queda luciendo una humilde luz, en lo alto de la escalera, allí en la pequeña habitación en donde el protagonista se ha escondido, entre los brazos de su mujer y lejos de la mirada de los hombres-público. Hermosa alegoría de sombras y de luces. Pero en este punto no estoy de acuerdo con Viola. ¿Fin del protagonista? No lo creo. Diría más bien que no pasa de ser descanso. Pues éste no puede abandonar jamás su escenario. Nacido en el teatro, tan sólo en el teatro respirará. Y si se le quita su escenario, llevará el teatro fuera del teatro, lo improvisará en su mismo cuarto, y hasta será actor para una sola espectadora: su mujer. Terminado el drama con el segundo arrepentimiento del príncipe Roberto della Bateresta, todavía le quedará por ver a la prin-

cesa Clara infinitas comedias que representará ante sus ojos de hora en hora, y hasta la muerte, este actor que no se retirará nunca, este protagonista que no cesará de mirarse al espejo. Pues esto y no otra cosa es ser en la vida protagonista. Desde niño hasta viejo, ir andando siempre con un espejo por delante para poder mirarse y verse en él continuamente y de ello únicamente alimentarse.

El drama que nos presenta Viola es sencillo, como todas las obras de sencilla traza y de contrastes limitados a los términos fundamentales de las oposiciones humanas. El príncipe Roberto della Bateresta ha

abandonado desde hace quince años a su mujer y un hijo de tierna edad. Abandonada, la princesa Clara ha vuelto con su hijo a la casa provincial, en donde allí, con su padre el almirante, vive la hermana de él, tía Isabel, que se ha convertido en la austera conservadora del hogar y de la familia y se dedica a reconstruir cuanto destruyó el egoísmo de un hombre sordo a la voz del deber y errante por el mundo, de placeres en placeres, protagonista que va de escenario en escenario recitando la comedia en todo momento. Pero, una noche, al salir del Círculo, el príncipe della Bateresta, ya a punto de cumplir los cincuenta, se da cuenta de que la juventud le ha vuelto las espaldas y huye mientras que le parece descubrir, por primera vez, la sombra de la muerte. Y en este momento de terror, sobreviene la revelación espiritual y el arrepentimiento se asoma a la conciencia de Roberto. Es terrible, en verdad — resurrección fulminante de una religión olvidada — tener que presentarse el día menos pensado ante el Supremo Juez con tal carga de pecados y de responsabilidades. Y ante esta idea, el príncipe della Bateresta no resiste, huye de la ciudad, se vuelve hacia el campo y abandonando amantes y amigos, placeres y "escenarios", corre a la casa durante tanto tiempo olvidada, dándose golpes de pecho para sentirse y volver a ocupar finalmente su puesto de marido y de padre.

Pero, ¿quién puede creer en él? Su mujer, a pesar de los quince años de espera, quizá crea en él porque todavía le ama. Pero su suegro, el almirante, tiene sus dudas. Y la tía Isabel, antagonista despiadada del protagonista, insiste en que todo es falsedad, comedia, nueva insidia y otra forma de egoísmo. Es en vano que el

Príncipe proclama—esta es la palabra justa—su nueva humildad. Es en vano que el "protagonista" del arrepentimiento, pidiendo perdón... y aplausos, dobla su rodilla ante los viejos servidores que en los tiempos lejanos de su tiranía ofendió. En esta postura—teatralmente arrodillado ante los servidores, como el hermoso tenor de la expiación—lo encuentra Margot, la batalladora amante que él ha abandonado en Roma. Esta ha venido para llevarse a toda costa. Y está segura de conseguirlo. Conoce sus comedias y sus ya viejas teatralidades. Pero Roberto resiste. Quiere alejar a Margot.

"Tú no comprendes, le dice, que hablas a un hombre nuevo... De aquello que fui ya no queda nada... Mirame. No es posible que me reconozcas..." Pero sigue siendo protagonista y aun sigue recitando. Dando ya todo por perdido, Margot le amenaza con un arma. Pero su gesto, evitado a tiempo, ha arrancado un involuntario grito a Clara, a la mujer de Roberto della Bateresta. Esta—verdadera alma y carne de mujer—cae en los brazos del gran actor de la vida que vuelve a recitar la comedia del amor. ¿Felices? ¿Unidos para siempre? Nada de esto. El magnífico actor, el comediante de sí mismo, sigue recitando.

Inventa otra nueva humildad. "Domine non sum dignus..." Recuperada la casa, reconquistados la mujer y el hijo, Roberto quiere marcharse. De tan gran bien, él, pobre pecador, no es digno. Antes de obtener este bien debe haberlo merecido y para ello se irá a sufrir en la soledad. Pero cuando está para marcharse, tía Isabel le ruega se decida finalmente a dejar de recitar y a vivir, modestamente, como los demás, con los demás, y para los demás. Esto es el verdadero arrepentimiento. No hablar de sí mismo. No mirarse. Vivir en su sitio, haciendo sencillamente su deber. Ser con humildad uno de tantos. Matar, en una palabra, al protagonista... Consejo enérgico y rotundo que el protagonista se decide a seguir. Con definitiva humildad (yo no creo en ella) renuncia al público. Nos vuelve a los espectadores las espaldas y sube hacia lo alto del escenario, en donde le espera su mujer. Tía Isabel le acompaña, le acapara y deja en tinieblas al escenario, dejando tan sólo una lucecita allí arriba. Como ya he dicho, es un hermoso final. En escena es un buen hallazgo. De este modo todo queda dicho. Termina bien así. Pero no creo que suceda en la vida de la misma manera. Yo creo más bien que el escenario de Roberto della Bateresta no ha hecho más que cambiar de sitio. El teatro ahora es más pequeño. Los espectadores son bien pocos. Pero el protagonista continuará, a pesar de todo, y aunque Cesare Giulio Viola no quiera que así suceda y pretenda, en cambio, que los protagonistas, inspirados por Dios, dobleguen y humillen definitivamente al hombre, al super-hombre, para encaminarse hacia una nueva sublimidad que habrá de merecer como recompensa. (Bienaventurados los pobres de espíritu).

El interés moral de este dramático y severo no requiere demostración. Tan evidente como su misión idealista de elevar espiritualmente al hombre, son también evidentes y se desprenden hasta del más breve resumen del desarrollo escénico: la sobria arquitectura de la obra y la nobleza de sus líneas, compuestas y ordenadas todas ellas con una sencillez rigurosa de tragedia y propias de un templo en el cual deben oírse con pocas palabras grandes voces. Las naves de este templo ideal son, además, tan altas que esparcen sobre la obra entera una atmósfera de misticismo que, sin quitar un ápice de realidad a la representación, hace desaparecer las pequeñas mezquindades humanas. Nada distrae nuestra atención. Cuentan sólo en la obra personas, sentimientos e ideas. Esto es, el pueblo más rico y vigoroso que pueda animar al teatro.



CESARE GIULIO VIOLA

Fues cuando los pequeños mecanismos escénicos quedan reducidos por el poeta hasta el punto de no tener valor ni aparente necesidad, el mundo que nos viene representado sobre el escenario ya no es de meros personajes, sino de personas, no de esquemas ni de fórmulas teatrales, sino de desbordante sangre humana; es un mundo que representa el lirismo de la vida universal, sin absurda psicología ni desviaciones psíquicas individuales o artificiosas. En el mundo de las personas dramáticas de Cesare Giulio Viola se respiran amplias ondas de humanidad. A menudo, en la rápida trivialidad de una conversación, el pensamiento se detiene y se condensa alrededor de una observación o de un detalle que viene a ser como el rayo luminoso que penetra y explora en las tinieblas del alma humana. Relámpagos que iluminan en un instante de visibilidad toda una vida oscura e ignorada de nosotros y descubren con pocos y fuertes rasgos un carácter, una figura o un drama. Esta manera de concentrar lleva por nombre maestría, pero maestría que a su vez quiere decir perfecto conocimiento del alma humana, de las dobleces y más dobleces de nuestras humanas contradicciones.

Por fin se respira. Entre acrobacias y extravagancias, he aquí un dramaturgo que busca todavía, únicamente entre los hombres, las pasiones, los caracteres, las conciencias y del cual el mundo sigue siendo el elemento de sus representaciones. Lo cierto es que este autor dramático, entre tanta deformación, es todo solidez y salud. Su fuerza es potencia de músculos jóvenes y no delicadezas de nervios cansados. Hace poco vino a verme para leerme su drama, antes de irse a Milán, cuando iba a darse la primera representación. Era un domingo, estábamos solos y con las ventanas cerradas por los primeros fríos de octubre.

El autor se quitó la chaqueta y se puso un pañuelo al cuello mientras se sentaba y colocaba el manuscrito sobre una mesita. Eran más bien preparativos de "boxeur" que de comediógrafo. Pero es que, efectivamente, para Viola, el drama es un asalto, una batalla, una serie de ataques y de defensas por medio de las cuales el comediógrafo debe terminar haciendo caer de espaldas a su público y esto se llama: energía. Pequeño y recio, este autor es ya maestro en su arte y no conoce las medias tintas ni la incertidumbre. Quiere lo que quiere, de una manera ruda, que es, después de todo, un modo de querer, pero, sobre todo, quiere algo que es, no cabe duda, lo indispensable. Falta principalmente al teatro de hoy día en Italia la energía, el tono, la voluntad de afrontar en la escena, en discusiones, en violentas crisis resolutivas, figuras, caracteres, ambientes, problemas y conflictos. A exangües indecisiones de argumentos y de personas, siguen pálidas estéticas innovadoras sin fisonomía precisa. Esta estética dramática que ha contribuido al gran triunfo de la "Fine del protagonista", tiene, en cambio, un rostro claro y definido y es el rostro humano que aparece en los caracteres y en el drama, el eterno hombre con todas sus pasiones y toda su realidad iluminada por toda la poesía de un verdadero poeta.

Unas noches antes del triunfo en Milán del drama de Cesare Giulio Viola, la muchedumbre de la misma ciudad acababa de hundir en uno de los principales teatros, bajo una tormenta indescriptible, una comedia humorística de nuevo estilo, una de extravagancias que pretenden rehacer el arte como si el mundo empezase tan sólo con ellos. Terminada la representación y aplaudidos en señal de protesta Pirandello y Nicodemi que presenciaron la comedia, el público se estacionó frente al teatro para hacer al autor una suprema manifestación de protesta. Sabio consejo fué el hacer salir al autor sin ser visto por la puerta de los artistas. En cambio, una semana después, Cesare Giulio Viola salía por la puerta principal saludado por los aplausos de la muchedumbre. Y es esto una prueba de que el público italiano — a pesar de cuanto diga aún gran parte de la crítica teatral — se vuelve decididamente hacia las personas razonables, hacia las comedias de seres humanos corrientes y normales y en pocas palabras, hacia una literatura puramente humana y sin máscara alguna de simulada o auténtica locura.



De la lejana y laboriosa Australia ha salido a viajar por la curiosidad humana cierta pequeña noticia llena de sugerencias e impregnada de ese raro perfume que tienen las cosas capaces de dejar una huella sentimental, así sea fugaz pero siempre honda, en la varia imaginación de las gentes de todas las latitudes del planeta. Desde la seña geográfica de origen era atrayente esa información. La recogió el cable en Edén, un pequeñito puerto que se abre como un abrazo acogedor en la brava costa del sudoriente australiano, cerca de Tasmania, donde las aguas del Indico y las del Grande Océano se confunden en un remolino en cuya gigantesca furia enredada van a trenzarse fuerzas venidas Dios sabe de dónde. Edén es una estación ballenera. Basta decirlo para que se ensanche el campo de la imaginación y comiencen a surgir las figuras pobladoras. No hay más que decirlo para que la fantasía pinte un telón de fondo: la espesa angustia permanente que envuelve a los pueblos de pescadores, y para que el viejo encanto de las lecturas infantiles y de los cromos ilustrativos recobren en nuestra mente el bullente vigor de los relatos heroicos. Confieso que leí en la primera plana de mi diario la noticia aquella y vibraron en mí, redivivas, emociones lejanísimas que dormían en el fondo inextinguible de piedad que nos hace solidarios con nuestros semejantes en sus grandes dolores. Dió un salto atrás en el tiempo la memoria y me sentí devuelto por una hora a la edad en que la bruma precursora del sueño diario se poblaba de inquietudes dispares: la lección mal aprendida y la página de Julio Verne bien impresa en la celosa película del alma ingenua.

Edén estaba de duelo. Una barca de harponeros trajo al puerto aquella tarde la novedad atribulante, y fué el anciano de las grandes barbas quien pronunció en el muelle, y luego en la taberna ahumada, la fórmula de la ocurrencia infausta:

—El viejo Tomás ha muerto. Lo encontramos esta mañana tendido sobre la arena de la playa, traído sin duda ayer, en su mecedora, por la pleamar...

Aquella noche hubo silencios gravidos de preocupación en torno a la mesa decorada por los grandes vasos de vino y orlada por las recias figuras del grupo de navegantes en cuya temeridad cotidiana iza Edén su pabellón de orgullo.

—¡Pobre el viejo Tom!—debió decir en su último bostezo, alzándose de su asiento para volver al hogar, el último en deshacer la rueda. ¡Pobre viejo Tom! Está en deuda con él la gratitud de todos...

Al día siguiente la aldea se entristeció en comentarios y toda ella acudió al sitio de la playa donde dormía su sueño más largo el diligente vigia de los pescadores.

Extraño vigia el muerto. No era la

# Al pobre viejo lo envenenaron por Dinty Moore

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

fallible y limitada luz de los penetradores ojos marinos la que Tom hundía en el horizonte buscando entre las crestas blancas de las olas el lomo parduzco de las ballenas. Ni siquiera eran los ojos el arma principal de aquel vigia que tres generaciones de harponeros tuvieron por su amigo en la australiana costa. Era la supervisión del instinto y eran todas las oscuras fuerzas que la naturaleza reúne en los seres conductores, lo que hacía de Tom el caudillo de las barcas edenitas. En Tom se había concentrado el odio milenario de una especie nacida para disputar a las ballenas el festín de las aguas profundas y el regalo opulento para su golosa condición, de las hondas cavernas submarinas.

Tom era un cachalote. Vigorizó de joven su timón caudal en el zigzag de las persecuciones a los ballenatos indefensos, y no cuesta imaginárselo jefe en las correrías codiciosas de su tropa original. Fué un señor de las aguas australianas, y un día, arreador con el látigo del miedo, se vino hacia la costa, hacia la región de los hombres tocados con casquetes de cuero y armados con puñales arrojados, empujando una despavorida fuga de ballenas. Ese día descubrió Tom que el hombre del casquete y el harpón era un aliado suyo. La naturaleza les había dado un enemigo común, y es por ese lado del odio compartido por donde la misera condición de lo viviente anuda con mayor frecuencia los lazos de la amistad. El instinto le reveló a Tom un aspecto nuevo de la tragedia permanente que es la vida. Vió alzarse sobre el lomo de una de las fugitivas, de dos, de muchas de ellas, el mástil de la muerte: la temblona palizada del harpón. Tom comenzó a comprender, y del recóndito

seno de sus odios le iluminó la voluntad un rayito de luz nueva...

Desde entonces Tom se hizo campeador de ballenas en los campos del Indico. Jinete en el encrespado océano, paraba rodeos en las vecindades de Edén. Se sintió más señor que nunca de sus aguas, porque se sintió capaz de destruir por medios nuevos, que al fin y al cabo eran suyos en lo principal, aunque la muerte llegara por mano de los hombres. De los hombres, los eternos ladrones del mar.

Tres generaciones de balleneros se amañaron en la alianza con el viejo Tom y con otros cachalotes que aprendieron de Tom la provechosa industria de traicionar a esas otras navegantes de las aguas solitarias que son las ballenas.

Tres generaciones de hombres edenitas supieron lo que valía el auxilio de los piratas comandados por el viejo Tom. Y domesticaron a los piratas, adulándoles la gula. Para ellos, para su festín predilecto, eran devueltas al mar las lenguas de las presas. Tom y los suyos se hartaron de esa primicia otrora disputada en duelo singular en las obscuridades del agua. Los hombres acertaron una vez más con el dulce veneno domesticador. Ensancharon su obra nefanda de pervertir el mundo. Fueron a arrancarle al mar mismo los soldados de su custodia, desde entonces traidores de su ejército. Los cachalotes rastreadores en las aguas de Edén se convirtieron en vigías y cómplices de la codicia humana.

El Viejo Tom—no he podido apartarme de la idea—murió de codicia. Lo mató una lengua femenina en cuya dulcedumbre probó un día la felicidad, sin saber que desde los días del Edén bíblico una ponzoña mortal anida su amargor en ella...

¡Pobre Viejo Tom! ¡Qué destino más humano el suyo! Y acaso la crónica que ha dado la vuelta al mundo, viajera en la curiosidad general, se haya olvidado de decirnos cual fué la postrera desventura del ser que las aguas trajeron en su mecedora hasta las arenas rutilantes de la costa australiana.

El anuncio del recio pescador de las grandes barbas llevó junto al cadáver a toda la aldea conmovida en su gratitud para con el campeador de ballenas. Hasta las mujeres y los niños asbrán ido a verlo inerte y a pensarle a su vera el agradecimiento colectivo. Pero también es posible, es también seguro que esa misma tarde de las exequias del Viejo Tom, protegidos en la sombra del crepúsculo, codiciosos edenitas hayan ido a profanar los despojos del aliado de tres generaciones de pescadores, para arrancarle al muerto el tesoro del ámbar gris. Del ámbar gris, que no es sino un cálculo renal del cachalote.

¡Pobre Viejo Tom! ¡Qué destino tan enteramente humano tuvo quien estudió la ley de la especie para buscar la amistad de los hombres!...



Estos extraños y enormes "monohires" están repartidos en la isla en número de más de quinientos y son monolitos tallados en forma humana, sobre la lava volcánica



N. uno de esos libros admirables en los que uno de los maestros de la geología actual, el profesor De Launay, de la Academia de Ciencias, expone con elegante claridad sus ideas sobre la historia del pasado de la Tierra, el ilustre sabio ha escrito la siguiente frase:

"Todo hombre ilustrado siente agujonear su atención cuando se le dice que la Atlántida sumergida de Platón no es quizá una ficción o un sueño, o que otras Atlántidas, aun más vastas, reposan en las profundidades del Océano Pacífico".

Luego, según el eminente geólogo, la catástrofe que sumergió la Atlántida no es un cataclismo único, sino que es — para emplear una expresión cara a los industriales de la América del Norte — una unidad de un acontecimiento fabricado en "gran serie", y no se limita al hundimiento en las aguas del continente tan minuciosamente descrito por Platón en su dos célebres diálogos "Timeo" y "Critias".

Surge inmediatamente, empero, una objeción en nuestro espíritu. Si se admite la existencia de tierras semejantes, hoy desaparecidas, en el emplazamiento actual del Océano Pacífico, es preciso suponer que tenían dimensiones enormes, extensiones considerables, en el caso de aceptarse que en los tiempos prehistóricos unieron ellas los continentes asiático y americano.

Recientemente, dos sabios antropólogos, la Srta. Colani y el Sr. Mansuy realizaron una serie de trabajos que ha venido a proyectar una nueva luz sobre esta cuestión tenebrosa de la historia del mundo y del hombre. Estudiaron con cuidado los cráneos de los indonesios actuales. Ahora bien, estos indonesios ("Dayacks" de Borneo, "Atchinos" de Sumatra; "Lalos" del Sudoeste de la China; "Mois" y "Khas" de Indochina) son una raza en la que se asocian caracteres indoeuropeos con caracteres particulares; esta raza sigue siendo fácilmente diferenciable de los verdaderos mongoles. Los indonesios constituyen una población que se yuxtaponen, mediante islotes más o menos definidos, desde las islas de Malasia hasta la China occidental media. Y los dos sabios mencionados, después de estudios y comparaciones, dedujeron la existencia de una migración que iba desde el sur de la Indochina hasta la isla de Timor y a las islas vecinas del grupo de la Sonda. Estas islas hallanse situadas casi a igual distancia de Australia y de Nueva Guinea.

Miremos, efectivamente, la disposición arqueada de las islas de la Sonda, limitadas al Sur por mares en los que la profundidad excede de seis mil metros, y contemplamos esa aislada volcánica del archi-

piélago indio, esa zona tan inestable que continuaba existiendo durante el periodo terciario; observemos, en fin, la disposición en forma de rosario de las grandes islas paralelas en el contorno del Pacífico y preguntémosnos si todo esto no hace pensar en la Atlántida. Uno no deja de sentirse presa de cierto vértigo ante la inmensidad de esos problemas que nos ponen frente al enigma impenetrable del Génesis.

En vista de lo anterior podríamos deducir que ciertas islas del oeste del Pacífico son, indudablemente, trozos desprendidos del continente asiático.

Pero en la otra banda del gran océano, en la ribera americana, hay islas — o, al menos, una isla — que podemos suponer formó parte otrora del continente sudamericano: es la isla de Pascua, sobre la cual exploraciones hechas en 1924 han atraído la atención del mundo culto.

La isla de Pascua es una roca volcánica completamente aislada en medio del Pacífico Sur, un poco más abajo del trópico de Capricornio, como lo muestra el pequeño mapa (fig. 1). Su longitud es 111° 46' oeste de Greenwich, su longitud 27° 09' Sur. Se encuentra a 2000 millas marítimas de la costa sudamericana y a 1400 millas de las islas Gambier, que son las tierras habitadas más próximas. (Recordemos, a este respecto, que una milla marítima equivale a 1852 metros.

Su superficie es, aproximadamente, de 125 kilómetros cuadrados y afecta la forma de un triángulo isósceles cuya base tuviera 22 kilómetros y medio de longitud y cuya altura fuese un poco superior a 11 kilómetros. Está cubierta de picos volcánicos, de los cuales el más elevado, el "Rano-Aroí", tiene 510 metros de altura. Al este de la isla se encuentra el volcán "Ranoraka", y al Oeste el volcán "Rano-Kau", de 408 metros de alto. Nuestro mapa de la figura 2 muestra el aspecto general de la isla.

Las costas son abruptas. En el interior hay una vegetación arborescente, muy poco intensa, y una vegetación herbácea abundante. Se ven numerosas grutas en las rocas. Tiene, aproximadamente, 200 habitantes, entre los cuales hay algunos colonos blancos y mestizos. Desde 1888 la isla pertenece a Chile, y todos los años, un navio de guerra chileno va a visitarla y transportar los objetos y provisiones indispensables. Los indígenas dan a esa roca perdida el nombre de "Te Pito te Huená", lo que en su lengua quiere decir "el ombligo del mundo".

La isla debe su nombre al hecho de que fué descubierta el día de Pascua de 1722 por el navegante holandés Roggeveen. En 1774 el ilustre Cook abordó la isla en los días 14 y 15 de marzo; en 1786 La Perouse llegó a ella y pudo per-

maneció un día. En 1805, unos pescadores de focas capturaron a indígenas y los llevaron como esclavos; en 1816 el ruso Kotzebue atacó a los habitantes a tiros. En 1862 varias goletas dieron caza a los indígenas para transportarlos a América y emplearlos en la extracción de guano. En 1864 instalóse allí un misionero; después, en 1868, un colono francés, el capitán de navio Dutrou-Bornier. Finalmente, en 1888 Chile tomó oficialmente posesión de la isla.

Hemos dado estos detalles de la isla de Pascua, indispensables desde el punto de vista de la historia y de la geografía. Pero he aquí, ahora, lo que le presta un carácter verdaderamente misterioso y maravilloso.

La isla de Pascua está cubierta de monumentos: casas prehistóricas, plataformas, túmulos y estatuas que representan figuras humanas.

Estas estatuas tienen dimensiones que varían de uno a 21 metros de altura; su peso — el de las más pequeñas — es de una tonelada y el de las más grandes, sesenta. Se han contado, hasta la fecha, 525 de esas enormes estatuas. El número de "plataformas" es de 113; existen 150 túmulos, lo que eleva a 263 el número de mausoleos, pues las plataformas rematadas por estatuas son también monumentos funerarios.

El volcán Rooza facilitó la materia de que están hechas las estatuas: su cráter es un verdadero taller de escultura. Vense en él estatuas cuyos rasgos fueron tallados en la misma lava y todavía no se han desprendido; otras están recostadas sobre verdaderos "caminos" en placas de lava, a fin de ser llevados al lugar donde hubieran debido ser erigidas.

Hasta 1870 no llegó a la isla de Pascua la primera expedición de carácter científico, hecha por un crucero chileno. En 1872 y 1877, navios de guerra franceses estudiaron la isla. En 1914 dos antropólogos americanos, Mr. y Mrs. Scoresby Rutledge permanecieron más de un año, pero no acertaron a penetrar el tenebroso misterio.

Por fin, en 1922 el profesor Brown, de Nueva Zelanda, fué a pasar cinco meses a la isla de Pascua. Tampoco él llegó a leer en el pasado del "ombligo del mundo", pero, al menos emitió una hipótesis muy verosímil que vamos a resumir en seguida:

Ante todo, no se puede admitir que una civilización bastante avanzada para producir monumentos gigantescos en tan gran número, pudiera nacer y desarrollarse en una isla capaz de alimentar todo lo más a 400 ó 500 habitantes. Y este número de indígenas sería insuficiente para explicar cómo lograron esculpir, desprender de las rocas, arrastrar y colocar en lugar definitivo estatuas de las cuales algunas pesan más de sesenta toneladas. Este número restringido de habitantes

no permitiría tampoco explicar el transporte de inmensas piedras destinadas a cubrir las plataformas.

Además, los indígenas que hoy subsisten allí son pequeños; tienen por término medio, 1,55 metros de altura. Sería necesario, por tanto, que hubiese habido, en la época prehistórica, millares de esclavos o de trabajadores en la isla para cumplir esos trabajos gigantescos.

Y, por consiguiente, esta isla de Pascua debe haber estado unida al continente o, al menos, enlazada a él por una serie de islas intermedias, bastante próximas unas de otras, para poder ser abordadas con piraguas y sacados de ellas los cadáveres de los héroes, a los cuales se dedicaban imponentes sepulturas. Y el nombre indígena de la isla (ombligo del mundo) parece indicar que fué escogida para necrópolis sumtuosa.

Dado el aislamiento actual de la isla, el trabajo en ella debió ser interrumpido por un cataclismo que sumergió las islas de los alrededores. Entonces, al quedar privados de toda comunicación con el continente demasiado lejano, los habitantes cesaron sus trabajos y volvieron al estado salvaje.

De acuerdo con lo que se ve en el cráter-taller del volcán Rano-Raka, las estatuas eran transportadas sobre una especie de planos inclinados de lava, con ayuda de rodillos y enormes palancas.

Pero, ¿de dónde procedían esos rodillos y esas palancas, esas enormes piezas de madera, de las que se encuentran vestigios en una isla en la que no crecen árboles? Los únicos que allí se ven no rebasan la altura de cinco metros y el diámetro de sus troncos no excede de 16 centímetros. Esta es una nueva prueba de que debieron existir, en torno a la isla de Pascua, continentes o bien, grandes islas cubiertas de bosques.

Y una prueba más: para arrastrar esos bloques, esas piedras o estatuas enormes eran necesarios cables, maromas, que permitiesen a las multitudes de trabajadores engancharse y aunar su esfuerzo.

Ahora bien, en la misma isla no se encuentra hoy más que una sola planta textil y es un arbolito de dos metros y medio de altura, que no puede vivir más que cuidadosamente resguardado de los vientos que soplan del mar, por muros de una altura igual a la suya.

Se ve, pues, cómo todo contribuye a la deducción de que la isla de Pascua es, en el Pacífico, el último vestigio emergido de una tierra sumergida, lo mismo que lo son en el Atlántico, las Azores, Madera, las Canarias, últimas huellas de la Atlántida de Platón, hoy día cubierta por las olas del océano.

Y esto debe hacernos reflexionar sobre la inestabilidad del suelo que pisamos con tan segura confianza. "Sólido como la roca" es un decir que se usa en todos los pueblos; pero ahí está la historia de la Tierra para demostrarnos que por el contrario, debiera decirse: "frágil como la roca".

# LA ISLA DE PASCUA Y SU MISTERIO

LOS SECRETOS MILENARIOS DE LOS ABISMOS DEL PACIFICO. ¿FUE LA ASIATIDA OTRA ATLANTIDA? ¿ESTUVO EL ASIA LIGADA CON AMERICA? ESCULTURA PREHISTORICA Y MONUMENTOS FUNERARIOS. LOS ESCASOS HABITANTES DE UNA ISLA PERDIDA NO HAN PODIDO ESCULPIR ESTOS FORMIDABLES MONUMENTOS. LA HIPOTESIS DE UN ANTIGUO CONTINENTE SUMERGIDO

Una hipótesis sobre la erección de estos monumentos indica la isla de Pascua como una probable necrópolis de "grandes hombres"



La isla de Pascua y su situación en el Pacífico



**P**ARA resistir el clima tropical el joven comerciante debe ser sano y robusto; los trabajos en Africa Occidental son muy distintos a los de Europa. Debe también ser decidido y cumplir sus deberes con sentido eminentemente práctico.

Estamos en una población situada en la costa del acrí de Guinea. En el lejano horizonte se divisan nubes de humo: es el buque que tan ansiosamente esperábamos. En se-

la menor demanda para ellas. El negocio de las perlas en Africa es una especulación y hay que tener en cuenta que el gusto de los negros para las compras, es completamente indefinible. De los artículos principales, como ser: sal y tabaco, desde luego se puede tener siempre un gran "stock" en existencia.

Otro problema muy importante en Africa es la colocación de personal apto, para las factorías. Las sucursales llamadas "factorías del bosque" generalmente son atendidas por "clerks" de color, es decir, em-

## La vida en las factorías africanas

(De las memorias de un comerciante)

bre el fuego, por lo cual toma un sabor a humo. Los demás productos como ser: maní, nueces de cola, copale, etc., se exportan en reducida cantidad y únicamente en algunos puntos de la costa.

Para ampliar el negocio o para establecer factorías nuevas, hay que emprender frecuentes viajes que conducen a regiones casi intransitables y poco exploradas. Para prosperar entre estos salvajes, el comerciante europeo debe tener una habilidad comercial a toda prueba.

Grandes pérdidas ha sufrido

quienes hay que pagar jornal. Además, había que tener en cuenta las dificultades a que se exponen los artículos embarcados en esas canoas que no ofrecen seguridad alguna, pues son llevadas frecuentemente por las corrientes fuertes de agua, estrellándose contra las rocas, que son atacadas por los hipopótamos, que hacen perecer tripulantes y sobrar la embarcación. En casos dados, había tan poca agua en el río que ni siquiera las primitivas embarcaciones de los indígenas podrían proseguir su viaje, y entonces había que abandonar los cargamentos, por lo menos en parte y dejar que se echen a perder. De muy distinta manera se trabaja en tiempo de las lluvias, pues entonces pueden subir el río buques con una capacidad de más de 100 toneladas, resultando mucho más barato el traslado y mucho más rápido, pues mientras las canoas necesitan de dos hasta tres semanas, los vapores lo hacían en menos de ocho días.

Esto tenía, sin embargo, sus inconvenientes y no pequeños: en primer lugar, sufría la compañía una pérdida grande de intereses, porque las mercaderías enviadas con medio año de anticipación constituían un capital muerto, que no producía nada, ya que era imposible venderlas toda en seguida. Por otra parte, no había que olvidarse del clima caluroso del Africa, que fácilmente echa a perder las conservas y demás comestibles, que también son atacadas por insectos, principalmente el bacalao y el arroz.

En otras oportunidades la compañía sufría pérdidas por las razones del transporte de sus productos; en muchas oportunidades había buenos precios en los mercados europeos y no se podían despachar los productos por la falta de la

eran, sin embargo, raras y no faltaban casos en que resultaba todo lo contrario: así nos sucedió una vez, que conseguimos el caucho a siete marcos el kilogramo durante la estación de la sequía, y cuando llegó la de las lluvias el precio bajó tanto, que tuvimos que venderlo, para no perder todo, a tres marcos. Como se trataba de varios miles de kilogramos, la pérdida fue, naturalmente, muy sensible.

Esta era la situación en aquellas regiones antes de la guerra, en lo que se refiere a los medios de transporte; pero desde entonces acá se ha producido un cambio muy notable. Hoy día el transporte desde las estaciones ferroviarias, puertos de mar, etc., se efectúa con camiones. El automóvil y camión ha conquistado, se puede decir con toda propiedad, el continente negro; en casi todos los países de negros del Africa, la importación de automóviles aumenta cada año en un 100 por ciento. Tal vez en ningún otro país del mundo aumente tanto esa clase de importación, renunciándose a los servicios del ferrocarril, que para poder combatir la seria competencia de los automóviles debe rebajar constantemente sus tarifas, que hasta hace poco eran realmente fantásticas. En el interior del Camerón todo el país tiene una extensa red de "autocalles", que, en estado más o menos perfecto, se extienden hasta la frontera en el Oeste.

Hoy día desde la estación final del ferrocarril Norte se puede alcanzar con el automóvil, sobre carreteras bien construidas, los pueblos de Bana, Dachang, Bamenda, Fumban, Bafia, etc., y en carreteras algo más descuidadas se puede llegar hasta Banjo, Tibati y Ngaundere en Adamaua; el ferrocarril central termina en Yaunde, a 304 kilómetros distante de Duala.

Para ningún europeo existe hoy día la necesidad de hacer largos y penosos viajes a pie por el interior del país; distancias que antes se recorrían en muchas semanas, hoy se pueden hacer en un día. Ya se ha terminado en el Africa aquello de hacer largas y penosas marchas con columnas de portadores, con toldos, etc.; viajes generalmente llenos de peripecias y aventuras. Ahora se viaja como en cualquiera otra parte. En todas partes se puede oír el motor, ya sea de automóviles, camiones, de lanchas, etc., como en las grandes ciudades del mundo. Fácilmente circulan diariamente



Una factoría en el bosque

guida se aprestan varios botes tripulados por indígenas, pertenecientes a la tribu de Cru, para salir al encuentro al vapor que tiene que echar ancla lejos de la playa. Estos botes no tardan en volver acompañados por los del buque, cargados con pasajeros y carga; salta en seguida a tierra un oficial que entrega al representante de la factoría el correo y los conocimientos de la carga traída.

Inmediatamente se inicia el trabajo de la descarga de los artículos traídos por el vapor: son miles de bolsas de sal, barriles de tabaco, arroz, etc. Todo se lleva con asombrosa rapidez a tierra, a pesar de carecerse de los medios modernos de las descargas pesadas. Pintoresco espectáculo ofrecía por la tarde la costa, con todas las mercaderías desparramadas y puestas al azar sobre la brillante arena de la playa. Mayores dificultades ofrecía al día siguiente el trabajo de cargar el buque con los productos del Africa, que son, principalmente, grandes barriles de caucho que tienen hasta 600 kilogramos. Lo que esto representa en la costa de Guinea, con sus corrientes pronunciadas y el oleaje, sólo puede apreciarlo el que lo ha presenciado.

Resuena un prolongado vocerío a lo lejos: es una caravana que se acerca. El que va adelante es el "headman" y lleva el correo para la factoría; detrás vienen los negros con sus cargamentos de caucho y marfil. En seguida se procede a fiscalizar y pesar todo y a pagar a los negros por el servicio de transporte; esta caravana, provista con la nueva mercadería, regresa al interior.

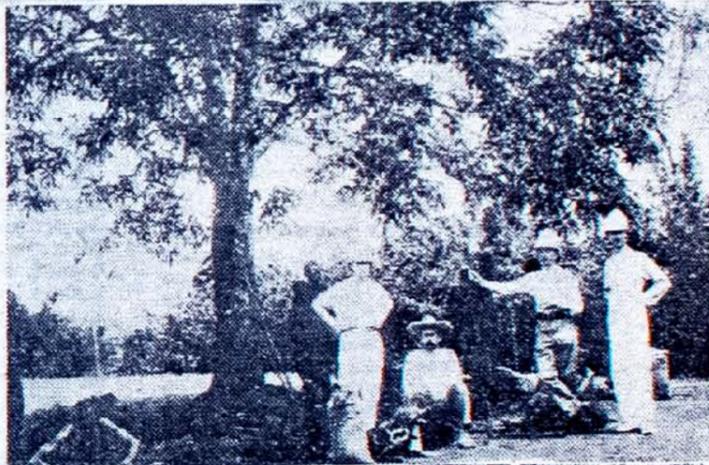
Cuanto mejor provista esté la empresa, tanto más prosperará, pues la competencia también existe en el Africa. El comerciante conoce aquí muy bien su mercadería. A veces es una determinada clase de alhajas baratas; otras son telas especialmente fuertes o delgadas, o anillos de latón, "cutlasses" (especie de machete), palas de Africa, ollas, etc. Alguien podría observar que se podría evitar la escasez de mercaderías haciendo venir con tiempo buena cantidad; no es tan fácil, porque si hoy tal vez podría despacharse 100 cajones de perlas, también es posible que mañana no hubiese



Indígenas delante de una factoría

pleados indígenas. La primera condición del "clerk" debe ser la honradez; además, debe saber leer y escribir y tener un carácter conciliador para poder vivir en armonía con sus connacionales. Menos aptos para estos empleos son los indígenas de la tribu Duala y se prefieren a los de las tribus de Acra, de Togo o del Gabón; y aun éstos deben ser muy vigilados. Para esto el europeo va recorriendo constantemente las factorías, para lo cual necesitará tres o cuatro semanas; esto, aunque sea mucho sacrificio, es absolutamente necesario, porque de lo contrario fácilmente se introducen abusos y hurtos a veces de tal especie, que pueden poner en peligro a toda la empresa.

Requiere también mucha preocupación la conservación de los artículos. En primer lugar es menester limpiar bien el caucho que contiene muchas piedritas y pequeñas partes de madera; en segundo, hay que limpiarlo y clasificarlo, ya que su valor no depende únicamente de la clase que sea, sino también del grado de su limpieza. El aceite de palmera debe hervirse antes y ser embarcado en barriles; las nueces deben ser secas y libres de cáscaras antes de ser embolsadas; el ébano se prepara generalmente en bloques de 35 a 40 kilogramos y se clasifica por su misma calidad; el marfil se marca con distintas señas y números; los grandes colmillos se embarcan sueltos y los pequeños en cajones; el cacao se prepara en bolsas clasificadas, según su calidad; de una calidad inferior es el cacao preparado por los indígenas que lo secan directamente so-



Vendiendo a los indígenas sal en bolsas

mi firma, la compañía Camerón-Noroeste por la guerra en el Africa, especialmente en Mamfe y Nssanakang en el río Cross. En ese punto tenía almacenado grandes "stocks" de nueces de palmera, aceite, ébano, caucho, etc., productos que se habían comprado durante la estación de sequía, para ser expedidos en los meses de julio a noviembre, aprovechando la creciente de los ríos—ya que es la estación de las lluvias—hasta Calabar en la costa de Nigeria. Era completamente imposible despachar esos productos en el tiempo de la sequía, por lo reducido del nivel del río, en cuya ocasión únicamente se puede usar las canoas de los indígenas, que resultaban muy caras por los muchos tripulantes a



Mercado en el interior de la selva

vialidad de los ríos. Hubo ocasiones en que nuestra firma tuvo verdadera suerte, y esto precisamente cuando en la estación de sequía bajaban los precios y subían luego en la de las aguas, con lo cual, naturalmente, quedábamos recompensados del trabajo de acumular y guardar en depósito los productos. Estas ganancias

mil automóviles en la colonia; hasta los caciques de las aldeas se pasean en su automóvil con su "chauffeur" nativo, quien generalmente recibe una enseñanza adecuada en la escuela del Gobierno de Yaunde. Claro está que se ve también gran cantidad de coches deshechos que esperan pacientes su compostura, y otros muchos completamente gastados, van a parar al muladar, como se acostumbra a hacer en la Unión. El negro sabe conducir el automóvil, pero cuando se trata de hacer alguna reparación fracasa su ciencia automovilística.

A. Ritter

von der Osten

# La juventud del cuerpo de baile del Colón

**V**IENDO hace algunas noches un grupo del cuerpo de baile del Colón, en esos espectáculos que suelen algunos de sus componentes ofrecer en los meses de verano en diversas salas, contemplaba su juventud radiante y armoniosa. Todas muchachas extremadamente jóvenes, que casi ninguna ha pasado los veinte años; bellas, de una belleza natural y fresca; bustos adolescentes, torsos finos, piernas que apenas han acentuado en su línea la continuidad de la educación gimnástica, y ante este espectáculo de juventud y de lozanía, iba disculpando, de buen grado, el ajuste mediano y el espíritu artístico, apenas en ciernes. Porque estas muchachas, de despreocupación juvenil, de flexibles movimientos, de sonrisas luminosas, carecen un poco de honda y aguijoneante inquietud artística. Ello se echa de ver en la mayor parte de sus bailes, que encaran con risueña jovialidad; en sus palabras, las pocas palabras que se les oye decir sobre su arte, que consideran como un trabajo agradable, cuando no como una diversión intrascendente. Recuerdo que la última vez que estuvo aquí Anna Pavlova, me decía, refiriéndose precisamente a este tema:

—Encuentro que todo ha progresado mucho en el Colón y que las cosas están, en general, bien organizadas. El cuerpo de baile es, para un pueblo joven, de cultura reciente y de educación apurada, en conjunto, estimable. Los que lo tienen a su cargo le proporcionan la educación necesaria, sobre todo en la parte gimnástica. Pero a estas muchachas, tan bonitas, tan bien formadas, tan flexibles, les falta algo. Les falta amor a su oficio de arte, consagración absoluta a lo que debía ser su apostolado, disciplina más estricta de entrenamiento, ambición de superarse y de llegar.

Y comparando la vida risueña de estas muchachas, que bailan tan sólo como un momento agradable, con la consagración absoluta que ella y todas las alumnas del Colegio Imperial de Moscú dedicaban a su carrera y a su arte, me decía:

—Durante los siete años que dura nuestro aprendizaje, y después, siempre, todas las que estamos en el cuerpo de baile de un teatro no vivimos más que para eso. No es sólo la educación gimnástica, que nos absorbe todas las horas necesarias para que no sea contraproducente. Es también la educación literaria y artística; leer, leer mucho para formar el espíritu y ver constantemente decorados y "ballets" para educar el gusto y aprender en el ejemplo viviente.

Y ante las palabras encendidas de la gran bailarina, entusiastas como siempre que se ponía a hablar de arte, recuerdo ahora que más de una muchacha de este cuerpo de baile me ha confesado, con su ingenuidad encantadora para un diálogo intrascendente, pero no para progresar en el teatro, que no ha visto nunca bailar a Anna Pavlova, que vino por última vez hace poco más de dos años, y que, por lo tanto, por más jóvenes que todas ellas sean, todas ellas estaban ya en edad de ver y de apreciar. Y continuando con el recuerdo de la bailarina inmaterial, sigo evocando lo que aquella noche, con su autoridad y con su entusiasmo, me decía:

—Y hay más aun. No es sólo la educación gimnástica, literaria y artística lo que ha llevado tan alto la personalidad de algunas de nuestras figuras y el ajuste impecable de nuestros cuerpos de baile. Es el espíritu alerta y totalmente dedicado; no vivir más que para nuestra profesión, no pensar en otra cosa, dedicarle todas las horas, aislarse del mundo, abandonar toda diversión, existir sólo para el arte. No tener otra preocupación que el "ballet" que se está montando; superarse, noche a noche, aunque sólo sea en un detalle, en un rasgo; no abrigar otra aspiración que llegar; llegar a ser algo grande en la senda que se ha abrazado. Así vivíamos nosotras, como alucinadas por nuestro único ideal. Y esto es lo que yo noto que falta a estas jóvenes y bellas muchachas: consagración, optimismo, fe, espíritu de sacrificio, luego



LIDIA GALLIANI

sagrado, indispensable en las empresas del arte.

Conversaba hace pocas noches con Lidia Galliani. Es una de las muchachas de este cuerpo de baile que se destaca dentro del conjunto, y sobre todo, las veces que la he visto hacer pequeños papeles de solista, con más marcada personalidad y con condiciones poco frecuentes para bailarinas de carácter. Tiene para ello la expresión fuerte, el físico cálido, el movimiento afirmativo, la mirada vigorosa. Y Lidia Galliani, que está físicamente tan bien dotada para llegar a destinos más altos, me comunicaba, junto a la colorida impresión que había acabado de darme en una danza gitana, la impresión, menos alentadora, de su indiferencia y de su despreocupación. Por anudar la conversación de la entrevista, iba intercambiando preguntas y respuestas:

—¿En qué baile ha tenido su mayor éxito?

—He hecho tan pocos de verdadera importancia!

—¿Cuántas horas de ejercicio diario hace?

—Durante la temporada, todo lo que se hace en el teatro. Ahora en verano...

—¿En verano?

—En verano, la verdad es que con el calor muchas veces me da pereza.

—¿Cuál es su mayor aspiración?

—Casarme.

—¿Casarse para seguir bailando?

—No; casarme para ser feliz y dejar el teatro.

—¿Y en el baile no aspira a ser una primera figura?

Y ante esta pregunta ella, clavándome sus profundos ojos verdes, me pregunta a su vez:

—¿Y usted cree que yo podría llegar a serlo?

Y he ahí sintetizada en una de las bailarinas del Colón, y en una de las que mayores condiciones demuestra, el estado de espíritu de la gran mayoría, por lo menos de su cuerpo de baile.

Hay en esto un mal ambiente, inoculado insensiblemente en la maleable juventud de estas muchachas. Es ese apuro tan nuestro y tan de pueblo joven, al que la vida le ha sido fácil, por llegar pronto, por alcanzar la meta con la menor cantidad de sacrificios y en el tiempo más breve. En nuestro medio todos llegan jóvenes o se quedan a mitad de camino, porque se desalientan cuando el camino es largo. Es este un mal microbio que se inocula y del que no se han podido librar estas muchachas, que empezaron con ilusiones, pero comenzaron a perderlas en cuanto vieron que no se alcanzaban con la rapidez de un sueño. Sin duda todas, cual más cual menos, cuando dieron en el Conservatorio su primer paso de baile, se les iluminaba el semblante con el resplandor de llegar a ser una bailarina de fama. Todas habrán alimentado esa esperanza. Pero en cuanto actuaron un año, y dos, y tres, en el vasto escenario del Colón, confundidas en el anónimo del cuerpo de baile, tan sólo como una rueda más del enorme espectáculo, ya comenzaron a sentir la desilusión de no progresar, de no ser solistas; y con la misma rapidez con que alimentaban la esperanza de llegar alto, se abandonaron a la convicción de que no llegarán nunca. Yo les he oído decir, indistintamente a una y otra:

—Es demasiado difícil.

—Hay que esperar mucho tiempo.

—Se necesitan muchos sacrificios.

Y es cierto. Se necesitan sacrificios, puesto que no se llega a la cumbre sino escalándola con ahinco. Hace falta tiempo y sois demasiado apresuradas. Grandes figuras del "ballet" ruso, que después han sido famosas en el mundo entero, han estado hasta seis años en el anonimato de un cuerpo de baile, y después todavía han hecho durante largo tiempo pequeños papeles antes de llegar a los grandes. Una, que me confesaba veintidós años y no representa tener más, me decía con toda seriedad que ya estaba vieja para seguir bailando, y que si ya no había llegado, no llegaría nunca. A los veintidós años, le respondía yo, no era ni siquiera conocida ninguna de las grandes figuras del "ballet". Pero ella no se convencía y seguía sosteniendo que ya había esperado demasiado.

Y como les falta espíritu de sacrificio, consagración y paciencia, estas muchachas jóvenes y bellas han resuelto el problema sin inquietudes y siguen bailando, como quien se gana la vida con una labor agradable o dedica unas horas del día a su deporte preferido, pero sin inquietud, sin ahinco, sin fe, ya sin la voluntad ni la esperanza de llegar. Y bailan las horas que les marca el reglamento, y salen al público con gracia y con simpatía, y luego viven despreocupadas, frívolas, sin inquietudes, sin volver a pensar en su carrera, los años de su radiante juventud.

Jóvenes y bellas muchachas, permitid que un amigo espiritual, que no persigue otro ideal que la elevación de nuestro teatro, os diga, sin acritud, porque no es todavía bastante viejo para abstraerse al sortilegio de vuestras gracias, pero con seriedad, porque no es ya tampoco demasiado joven para no ver dónde está vuestra misión y cuál debía ser vuestro destino, que luchéis con empeño y sin apuro; que tratéis de subir paso a paso; que toméis vuestro baile no como una profesión, sino como un apostolado, y que, sin perder vuestra sonrisa, que es luz de juventud, pongáis fe en vuestro porvenir, voluntad en vuestra carrera, que todas las que tengáis condiciones llegaréis, más o menos alto, porque el triunfo en el arte suele ser una incesante escala, pero llegaréis a tener cada una la satisfacción artística de ser una figura en nuestro medio, y yo algún día, andando el tiempo, la satisfacción de que alguna me recuerde que la he empujado con mis amistosas palabras.

ROMANCE  
EN QUE SE  
NOMBRA AL  
BUEN  
PASTOR

Por desamparada calle  
del mundo se apareció  
Una estrella le anunciara  
¿Cuál de éstas que vemos hoy?  
Palomas volaron y eran  
parábolas de su voz.  
Medicinas de sus manos  
fueron la fe, y el amor.  
Y le clavaron por eso,  
de cada lado un ladrón.

Alabado sea.  
Alabado sea el Pastor.

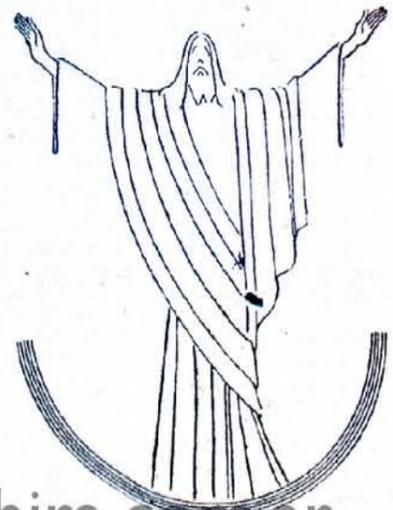
En mi cruz de cabecera  
me quedo a mirarle yo;  
dulzura la de mi pecho,  
desanudada emoción;  
surtidor de agua cautiva,  
manantial callado soy

Cuando por ciudades cruzo  
me extraña el sitio en que estoy.  
¿Eres terreno o celeste,  
ser que nombro en mi canción?  
¿Quiero andar humanos rumbos  
o sobre nubes de Dios?  
Todo nombre es el de Cristo;  
todo verso es oración.

La tierra entera alborece  
con el canto del Pastor.  
El camina a mi costado,  
me sostiene con su voz,  
venda mis ojos, me lleva  
por vía de perfección.  
Parece sobre el camino  
figura que inventa el sol.  
Y ya descienden los pájaros  
a comer en mi canción.  
Y en el invierno del mundo  
mis romances dieron flor.  
Voy como copla de ciego:  
desagrado corazón.

Alabada sea la mano  
del Pastor,  
que me condujo a la tierra  
bendita por donde voy.

GONZALEZ  
CARBALHO



Gorgias

# CHARLAS EN LA AZOTEA

## POR HECTOR OLIVERA LAVE

**P**OR las tardes, después de las seis, suelo visitar a mi tío Silvano. Vive en un sexto piso, en medio de la ciudad, en una de esas casas que terminan en forma de torres. Por balcones tiene ese sexto piso una hermosa terraza. Se domina el río; se ve desde allí entrar y salir barcos; se ven también, a lo lejos, velas blancas, inmóviles, plateadas, y carboneras chatas con chimeneas de un diámetro imponente que van adentrándose con cierto ritmo marcial en las aguas plomizas y tranquilas.

Este tío Silvano es un hombre de setenta años, pero aun garifo, erguido, flaco, de un optimismo candoroso y envidiable.

No tiene mujer ni hijos; ha suprimido el problema sentimental y en cuanto al problema sexual, jamás se preocupó de él.

Cierta noche le llevé algunos libros de Freud. Los leyó de un tirón y me los devolvió con un juicio lapidario.

— Sencillamente absurdo. Vivimos ahora la época de las teorías. Además, esto resulta nocivo para un hombre como yo que vive dentro de la armonía de las líneas clásicas. Me trae cierta turbulencia, cierta ansiedad perturbadora. No quiero leer libracos semejantes. Enterramos a Freud. Se conversó en cambio de Montaigne, de Emerson, de La Bruyère, de obras estimulantes, de moralistas del corte de Joubert, de Pascal, de Vauvenargues.

— El caso de Montaigne es curioso — afirmó mi tío; — es curioso, digo, advertir de qué manera este hombre sobre la base de una cultura deficiente pudo escribir esos maravillosos "Ensayos"...

— ¡Ah, claro! — le dije — no olvidemos aquello de Larra: "¿La cultura? buena cosa para quien no tiene otra".

— ¿Y sabes tú cuál es la "otra"? El talento, la imaginación, la sensibilidad, lo que no se aprende, ni se estudia, ni se enseña en parte alguna. La cultura de Montaigne se reducía a poca cosa; poetas latinos, libros de viajes, Séneca y, sobre todo, Plutarco. Pero poseía, a torrentes, aquellas otras facultades; discernía, separaba, extraía y bañaba el todo con el agua cristalina de su vertiente interior... De ese libro eterno que constituyen sus "Ensayos", yo he extraído esa sabia lección, única que debe aprender el hombre que no comulgue con su época; la de la quietud, la que nos induce a renunciar con cierta alegría interior a ese farrago de imposiciones y deberes que van llevándose en vértigo las fosforescencias de nuestra vida mental... y de nuestra vida física también. Esta fórmula paradisiaca — la que nos conservará inmunes a la acción exterior — tiene, como el dios Jano, dos caras; una mira hacia adentro, otra hacia afuera. La primera es como un registro, una operación de autoanálisis. Puro laboratorio ideológico. Hay que separar, extirpar, reducir. Cantidad de cosas nos asaltan; preocupaciones de familia, orgullo, amor propio, genealogía, sentido económico, terror del porvenir, fortuna, bienestar, comodidad, ese absurdo preconizado por los arquitectos, "comfort"... Todo sobra de una manera absoluta. Detrás de semejante andamiaje "civilizador" brilla un cielo azul, claro y limpio; el cielo de los filósofos y el de los hombres que "están en el secreto". Tú, no estás en el secreto, sobrino... Siempre te he visto preocupado por llegar a ser un "hombre de

mundo", y esto se me antoja repugnante...

— Tiene explicación — grité — me enseñaron mal...

— ¿Cómo así?

— Verá usted, tío. Cuando chico, tendría entonces quince a diez y seis años, solía acompañar a un profesor llamado Rossi, de mucho talento, al teatro concierto Roma...

— No conozco ese teatro.

— Es natural... ¡cómo iba usted a conocerlo! Funcionaba en esa calle cosmopolita y pintoresca que se llama 25 de Mayo. Este excelente amigo Rossi, que fué aviador en Italia, ingeniero en la Argentina y maestro de dibujo y matemáticas, industrial en Alemania y hombre de mundo en París, daba lecciones en mi colegio en las horas del día, y por la noche pasaba algunas películas "realistas" en el teatro Roma. Era operador. El hombre defendía su vida en un período de crisis, y como no tenía grandes prejuicios desempeñaba ese trabajo con plena conciencia como hubiera desempeñado cualquier otro.

— Bueno, ¿y qué?

— A eso voy; a demostrarle cómo nunca he podido estar en el secreto. Mi amigo el profesor Rossi me dijo una noche que volvíamos del teatro Roma, las manos ardientes aún de aplaudir a Linda Telma que cantaba, vestida de Juan Moreira de teatro, cosas del campo y de los paisanos: "mira — me dijo — es necesario que vayas aprendiendo a ser un "hombre de mundo". Yo te traeré mañana dos libros: uno de Barbey D'Aurevilly sobre el "Dandismo" y las Memorias de Casanova. Agradecí el consejo, recibí los libros y los leí con mayor interés que el que usted ha puesto en las obras de Freud... Pero en aquel entonces yo no vi nada; me pareció que ser hombre de mundo consistía en frecuentar algunas casas de dudosa moralidad y cenar después de media noche en un restaurante de artistas. Como es natural, al poco tiempo, apeado de mi error, comencé a rectificar. Y así, rectificando, rectificando, he llegado a la mitad de la vida sin "estar en el secreto". Aun sigo rectificando; conozco un hombre, soy su amigo, me entrego íntegramente y al poco tiempo tengo que "rectificar". No hay ser humano que haya atesorado mayor número de desilusiones.

— A eso — interrumpió mi tío — se puede contestar con una simpleza; señal de que antes hubo ilusiones... Además, observo hasta qué límite llega tu soberbia... ¡creerte el hombre que ha experimentado mayores desilusiones! ¡Qué absurdo! ¡qué vanidad! Tus desilusiones, hijo mío, apenas son la de un miserable corista de última fila. Tu lote de desgracias en el mundo es una nimiedad...

— Para mí, no; son definitivas, enormes...

— ¡Claro!... porque lo medimos todo creyendo en una forma unipersonal de humanidad.

— ¡Ah, y qué quería usted...! ¿caso tendré que incorporar a mis desilusiones las que pudo tener Lutero o Napoleón? Lo único que importa, ha dicho Novalis, es nuestro yo trascendental. "Donde está mi pupila no está otra; lo que de la realidad ve mi pupila no lo ve otra. Somos insubstituíbles".

— ¡Ahí está lo monstruoso!... todo libresco... El libro te ha deformado. Si en esa edad en que debiste sentarte en la plaza a tomar el fresco o jugar con

tu aro, hubieras recibido cuatro gotas de fe y de religiosidad en tu pobre alma de niño, serías otra cosa. Esas cuatro gotas representarían para ti "humildad", "resignación", "renunciamento", concepto de la propia limitación... y debajo de esto se esconde el secreto que sólo se revela a los iniciados; debajo está la felicidad.

— No lo creo.

— Peor para ti...

Callamos. Mi tío comenzó a pasearse de un lado a otro de la terraza. El cielo se iba poniendo obscuro. Se encendían luces en el espacio. La ciudad, desde aquella altura, iba cobrando un aspecto mágico. Se veían grandes cintas luminosas de reclame que se apagaban y se encendían.

El río desapareció en la noche.

Surgió de pronto una luz roja, después otra, que guiñaban a lo lejos de una manera fantástica...

En eso mi tío se acercó, detúvose frente al sillón donde yo estaba sentado y poniéndome sus dos manos en mis hombros, dijo:

— Napoleón llamaba a los hombres como tú "manufactureros de frases".

— ¡Bah, qué importa! Napoleón intelectualmente, no fué nada...

— Ignorancia.

— Napoleón — añadí — tenía a ese respecto el mismo criterio simple y despreciable de esos burgueses asalariados que hablan con un dejo despectivo de los hombres de letras, de los poetas y de los novelistas. Claro; como se ven entre papeles y expedientes y hacen una estadística y se echan hacia atrás para hablar con la gente, creen que tienen una misión importante que desempeñar en la vida. También suelen creerse, con su criterio de bosquimanos, que representan un valor aislado. ¡Eso sí que no están en el secreto!

— ¡Y Dios nos libre que estuvieran! — afirmó mi tío; — ese secreto es fatal para la acción. Además, si la cosa se generalizase perdería contenido, no habría interés; iríamos resueltamente hacia la liquidación total...

— De manera que usted echa sus cálculos...

Me interrumpió:

— Es inevitable. Al hecho, la referencia y la consecuencia. Ahí tenemos eso del comunismo y del capitalismo. Ustedes, los hombres de letras, los intelectuales, deben ser furiosamente capitalistas y defensores de la burguesía... Nada más cómico que esos literatos enrolados en la extrema izquierda. ¿Quieres decirme qué diablo harían ustedes en un régimen comunista? Porque ustedes son zánganos de la colmena. ¿Qué producen?... nada... Se podría exterminarlos a todos y tan tranquilos... En cambio, en un medio social contrario, donde circule el dinero, la prebenda y se rinda más o menos pleitesía al lujo, siempre habrá algunas migajas que ofrecerles a los poetas y novelistas...

Esta salida de mi tío me indignó. Estaba ya en el "fumismo" y a punto de agraviarme seriamente.

— Se ha olvidado de usted... — dije.

— ¡Qué disparate! Yo he seguido desde hace medio siglo el consejo de Eleo Hipias; me hago la comida, me corto y me coso el traje que necesito, me rasuro, me arreglo el calzado y me basta una habitación para vivir... Nadie se arregla con tan poco; nadie necesita menos que yo del auxilio ajeno...

— Pero eso no es razón, ni lógica...

ni cordura... El talento principal del hombre consiste en vivir su época...

— El que lo quiera...

— Recuerde usted que a ese propósito podría enunciarle dos soluciones contenidas en un hecho que refiere Diógenes Laercio.

— Veamos...

— Pasaba Aristipo por donde se hallaba Diógenes lavando unas hierbas, y éste le dijo rápidamente: "Mira, si hubieras aprendido a prepararte esta comida no frecuentarías humilde los palacios de los tiranos". Y Aristipo contestóle: "Bah, y si tú hubieras sabido tratar con los hombres no estarías lavando hierbas..."

Mi tío se echó a reír y se acodó en la barandilla de la terraza.

Hervía allí, abajo, la ciudad tumultuosa.

Vagamente llegaba hasta nosotros el rumor de su ajeteo ensordecedor. Era tarde. Me dispuse a marcharme.

— Mañana — me dijo mi tío al despedirme — hablaremos de cosas cuerdas, medidas; si quieres hasta de literatura y crítica...

— Cómo, ¿no habíamos quedado en que abomina usted de ello?

— Sí, es verdad. Pero debo decirte que si no tuviera yo la manía salvadora de leerlo todo no podría vivir un día más... Pediría en seguida que me trasladaran a esa región budista donde no hay "sujeto ni objeto".

— Es usted un poco misticador, entonces...

— ¡Qué duda cabe!... la mistificación es un arma. Todos tenemos cierta levadura histriónica. Unos más, unos menos. A veces hay que sacarla a relucir, a veces no conviene... Ayer, sin ir más lejos, he visto un carro de reparto de un lechero arrastrado por un caballo que llevaba una bocina de automóvil y la hacía sonar al llegar a las esquinas. Así encontraba más fácil el cruce... Es una pequeña mistificación. De ahí puede empezar la escala, pasando por el cinematógrafo, que es la escuela graduada de la mentira, y terminando en las teorías sexuales que me has hecho leer tú...

Dejé a mi tío, bajé en el ascensor, salí a la calle y me vi envuelto en el tumulto de la ciudad. Sonaban timbres en las puertas de los cines; se oían esas chicharras de los altoparlantes de la "radio" y pasaban los tranvías y los automóviles repletos...

Es curioso observar qué sensación tan aguda y angustiosa de soledad le produce a uno caminar en medio de la gente, solo, con sus ideas...

Da lo mismo vivir en una "city" importante que en un pueblo de una colonia inglesa.

Regresé a mi casa pensando un poco humorísticamente en la vida de mi tío. A través del recuerdo de sus frases y de sus ideas dislocadas, veía con fuerza sus botines de elástico y sus pantalones estrechos, de bombilla...

Admiraba su simplicidad y su limitación, y al comparar su vida hurañada con la mía, de escritor y de empleado, sometido quizá al despotismo de cualquier mortificante jefatura, atiborrado de teorías y de libros, de anhelos y de impulsos insatisfechos, comprendí que en aquel sexto piso, en su piecita humilde, el tío viejo pasaba entre sus dedos arrugados la tela del mejor tiempo que podría vivir un hombre...

Sombrero de ROSE VALOIS cuya línea marca particularmente la cara de un lado. Este modelo en paja "picot" negra está adornado con una cinta de terciopelo verde. El collar de coral, ónice y perlas reemplaza a los de turquesa de la estación última y que comienzan ya a estar fuera de moda. Los guantes son de suede marrón con puntada beige claro. Collares y guantes son de la casa WORTH. La cartera en paja blanca de LOUISE BOULANGER es forrada en raso negro



Sombrero de MARIE CHRISTIANE en "grés-grain" azul marino con un trabajo de "nervures" que se alargan en puntas

DIBUJO DE REYNALDO LUZA

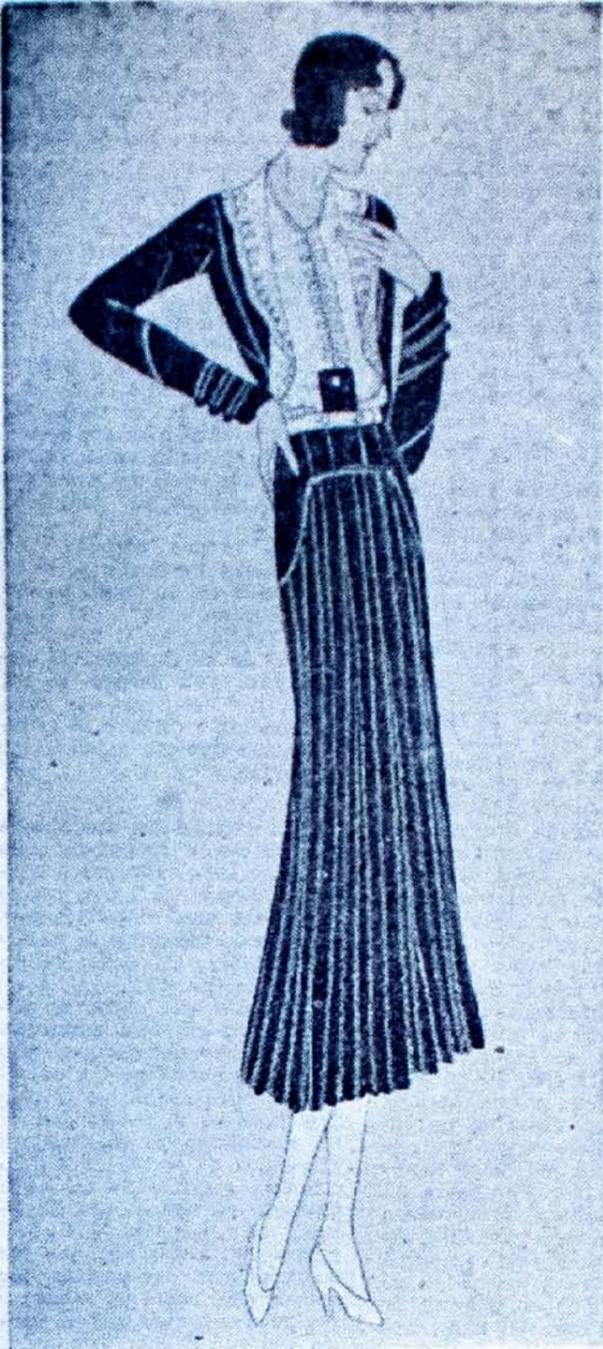
# UN INTERVALO

Por LA MARQUESA DE SAN CARLOS

La moda representa en la vida de muchas mujeres una impresión de volver a nacer... La intensidad de sus dones naturales... y podría decirse, empleando una máxima célebre: de nada sirve ser joven y bella sin ser elegante.

La moda es nuestra aliada, nuestra cómplice. Unamos a nosotras la vida, el movimiento, el colorido, que son este año sus principales virtudes. Hagamos oposición a la tristeza del invierno, con el optimismo de los colores vivos y el esplendor de nuestras fisonomías. Seamos frívolas, aunque sabiéndolo; nada más admirable que la frivolidad que nos hace felices. Dejémosnos sorprender y seducir por los mil detalles que París llama "sus pequeñas cosas" y que personifican el gusto, la fantasía y la imaginación a la vez que una negligencia de buen tono. Nada queremos que pueda parecer un esfuerzo en el refinamiento más estudiado, al tratarse de la lujosa "lingerie", de joyas de colores vivos rodeando el cuello, del pequeño manguito o del paraguas corto, etc... todo lo que va demandando a componer nuestro aspecto de un invierno, que es año de los aspectos fugaces de nuestra personalidad. ¿Porqué habíamos de buscar otra cosa en un mundo donde todo pasa?





Modelo de LOUISE BOULANGER en lana liviana con blusa en "georgette" blanco



Modelo de tapado de gran éxito "CHEZ CHANEL", en jersey azul marino



Traje de mañana de MOLINEUX en "crêpe" de lana azul

Es el momento de mayor expectación. Sabemos que nuestros grandes artistas trabajan ya sin descanso y que dentro de muy pocos días, y en fechas determinadas, admiraremos el fruto de sus últimas invenciones. Entretanto, parece difícil hablar de la moda por temor a incurrir en repeticiones que pudieran disminuir esa deliciosa impaciencia con que esperamos la aparición de la nueva moda.

Son pocas y ciertamente privilegiadas, las personas que durante este período, consiguen penetrar en la pieza de trabajo de Madelaine Vionnet, de Chanel, de Patou, de Louise Boulanger, Augusta Bernard, etc., etc. Y por lo mismo que la consigna es tan rigurosa, aumenta la curiosidad de conocer las novedades que aun no hemos visto. Y como dicen que "querer es poder", aunque en proporciones muy deficientes, siempre logramos conseguir algunos datos referentes a lo que se prepara, datos que en nuestra imaginación nos sirven para clasificar los vestidos que actualmente poseemos en vestidos posibles o imposibles de poner, cuando hayamos visto la moda que pronto nos enseñarán las nuevas colecciones.

Creemos saber, que Chanel ha fabricado un nuevo jersey de hilo y lana, en colores y en dibujos muy nuevos. La gran artista, considera que este jersey se prestará a dar un efecto muy lindo y lo está usando de distintas maneras, pudiendo anticipar un éxito seguro. Es admirable comprobar la maestría con que Chanel trabaja y combina sus modelos de jersey; ella fué la primera que empleó ese tejido hace años, para trajes sencillos, y desde entonces, no lo ha dejado de usar en mayor o menor proporción.

Cada año, una cierta categoría de gentes, algunas veces interesadas en hacerlo, decretan la muerte o si no, la decadencia del jersey, pero cada año reaparece con el mismo entusiasmo. Esto proviene, no de la cuestión de moda, sino del hecho que el jersey o tricot, es el tejido de los tiempos nuevos, que no puede ser reemplazado por ningún otro, teniendo las mismas cualidades y las mismas ventajas. Sería difícil imaginar a una elegante, descendiendo de su "torpedo" de deporte, con un vestido de tafetas o de cualquier otro tejido de seda. Automáticamente, la idea de un automóvil sugiere, como traje, un conjunto de tricot y este tejido, además de su flojedad y de su belleza de dibujos, tiene la gran ventaja de dejar a las líneas del cuerpo y a los movimientos, su gracia natural.

Es posible que en las próximas colecciones encontremos menos vestidos de tarde de crepón de China estampados, aunque seguramente no faltarán por completo, pues el vestido de crepón estampado es tan necesario de día, como el vestido de encaje lo es para la noche, y parece probable que estas dos fórmulas de sentido práctico, no habrán sido olvidadas.

Es fácil sentir que la moda se acentuará con lujo, pues las parisenses han aceptado ya, las "toilettes" más de vestir que nos presentaron las últimas colecciones.

Se dice también que el invierno verá el fin de los bonetitos que todo el mundo lleva ahora y que para el verano, volveremos a llevar sombreros de alas grandes. ¿Habrá tal vez tocas de flores que se adaptarían al tiempo y a la hora? . . . Se anuncia muchos sombreros con movimientos de perfil, para llevarlos con el traje sastre y de mañana.

A cada nueva temporada, corresponde una nueva colección de collares, broches, hebillas y juegos de ornamento. La tendencia nos lleva a suponer que con cada "toilette", deberemos combinar esos adornos de fantasía cuya novedad caracteriza nuestra época.



Traje de tarde de CHANEL en jersey azul marino. Cuello y puños en "crêpe de Chine" blancos

## LAS MIL Y UNA AVENTURAS

CAPITULO XII

(PAGINAS DE UN LIBRO CONTINENTAL)



DESPUES de promediar mi adolescencia, corrí yo una aventura que, en buena cuenta, era la proyección de otra anterior, con la que acopiándose en mis recuerdos puede muy bien llamarse la "Aventura del amor y la muerte".

Sabina Petterson se llamaba —y doy el nombre por que tal familia ha desaparecido— a la que pudo ser mi Violante, Anatolia o Maximilia y sólo llegó a ser mi Annabel Lee, viniendo a mí del fondo del milagro para perderse en el del misterio, como si salida de las páginas resplandecientes de "Las Virgenes de las Rocas", de Gabriel D'Annunzio, se hubiese concluido por sumir en las lúgubres páginas de las "Historias Extraordinarias" de Edgardo Pöe.

Si establecido está que el primer amor mío fué un fracaso, el segundo un imposible, el tercero un absurdo y el cuarto un sueño, en esta vez —cortando un compromiso matrimonial— se me atravesó, como quinto amor, un amor de ultratumba.

No es posible olvidar que la primera vez en que encontré al Amor me huý despavorido, y que la primera vez en que encontré a la Muerte, me huý también en el penúltimo momento. En esta vez, en que corrí al encuentro del Amor, me encontré con la Muerte.

En el símbolo de la renovación incessante de la vida, la Muerte y el Amor camizan de la mano...

Estaba yo gozando del verano en San Pedro de los Chorillos, donde hué de dar reposo a las fatigas de mi prisión, cuando contraí el compromiso matrimonial con Luisa, a la que ya he hecho referencia. Este compromiso matrimonial que había venido deslizando sin sentir por un medio de un trato familiar en que, en efecto, nada tenía que hacer el amor, me resultaba un grato entretenimiento, limpio de perversiones donjuanescas y antes bien exento de cierta ingenuidad.

La familia de Luisa era una de aquellas familias antiguas del ambiente limeño de la clase media en que, muerto el padre, ausentes los hijos varones, recogiese la impresión de un coro femenino, presidido por una viuda proveya y dos tías solteronas, en un conjunto de once mujeres, entre las que yo me sentía tan perdido como pudiera estarlo entre las once mil virgenes. Yo no estoy completamente seguro si fué Luisa o si fué alguna de sus tías, o si fué toda la familia, maniobrando como una sola mujer, la que, adivinándose el pensamiento, adelantándose a mis deseos, envolviéndome en una amabilidad melosamente atrapadora, manifestándose en acuerdo minucioso y permanente conmigo, me hizo llegar, paso a paso, hasta el compromiso matrimonial sin sentir nada que se pareciera al amor.

Las cuatro mujeres que sucesivamente me interesaron el corazón habían sido de ojos y pelo negros. Luisa, mi primera novia oficial, era una rubia ligeramente desleída, que no dejaba de ser agradable, aunque no bella: yo he de confesar que no la amaba, pero me entretenía.

Era ella aficionada a la lectura de fines romances. Recuerdo muy bien que yo le hué de prestar uno de los libros de todas mis preferencias: "Las Virgenes de las Rocas", de D'Annunzio. Muchas veces

comentamos sus páginas; y no puedo olvidar la glosa que en cierta ocasión le hice de los disticos latinos de las fuentes, aplicándolos al mar, en cuyos tumultuosos cristales solía acompañar a mi novia en la hora del baño. Tal glosa se me hubo de grabar más en el recuerdo por el presagio que fué para mí el último distico, el cual tuvo que producirse de pronto a Luisa extrañeza bastante para hacerla francir levemente el entrecejo.

"¡Apresuraos, apresuraos! Tejéd en guirnalda las rosas bellas para ceñirlas a las horas que pasan". Tal distico grabado en la piedra de una de las fuentes del poema danunziano me hace pensar en los coros de lindas jóvenes que, unidas de la mano, fingen guirnalda vivientes a la hora del baño, alternando las rosáceas esculturas de sus carnes apetitosas con los blancos cuajarones de espuma del mar lascivo que las sume en sus ondas...

"La fuente brilla y resuena y te dice en su esplendor ¡Gozal, y en sus murmullos te dice: ¡Ama!" Este otro distico me hace pensar en el jocundo estío, en el ambiente de salud, en la sensación de euforia que forman el marco natural del cuadro palpitante de las bañistas en el mar, con las bocas preparadas al himno, los ojos iluminados por el don adivinatorio y las cabelleras sacudidas al viento de las inspiraciones, a manera de arpas edólicas humanizadas...

"Orad aquí, oh amantes que venís a disertar. Esta agua es demasiado dulce. Templada con la sal de vuestras lágrimas". Con sentido contrario al del distico que supone sentada sobre la piedra de la fuente a la pareja amante en actitud disertadora, el gran baño marítimo excluye toda posibilidad de recogimiento meditativo y funde a cada pareja en una sola persona que da vueltas en la locura de un torbellino de alegría. Así es como las aguas del mar que son amargas, con las lágrimas del amor se endulzarian...

"Inclinaos a miraros en las fuentes, a fin de que vuestros ósculos sean duplicados por la imagen". La quietud con que en el distico aparecen las líneas duplicando los ósculos, hace pensar en la movilidad con que el mar refleja las imágenes, dando así, a la reproducción que pudiera hacer de un beso una multiplicidad llevada a lo infinito, en una incesante combinación de espejos. La fuente es para la imagen del amor la muerte, puesto que es la quietud; el mar es la vida para cuanto refleja, porque es el movimiento de la definición aristotélica.

Muy complacida quedó Luisa de cada una de las glosas que hué de hacerle la vez en que ella me enseñó el libro de D'Annunzio, abierto por la página consagrada a las fuentes; pero recuerdo mucho el gesto nervioso con que no me permitió glosar el último distico: "Aquí se vieron juntos la Voluptuosidad y la Muerte, y sus dos rostros formaron uno solo".

—¡La Muerte no!— díjome. —No sigas. Tengo miedo...

Un hábito de misterio hizo palidecer a Luisa. Yo quedéme sin saber por qué, silencioso. Algo enturbó el entretenimiento de nuestro compromiso matrimonial, como con el malestar de un fúnebre presagio.

Y no leímos más en aquel día, como anota el endecasílabo danesco, aunque la lectura no había sido interrumpida por la aparición del

## LA AVENTURA DEL AMOR Y LA MUERTE

Por JOSE SANTOS CHOCANO

Amor, sino por la de la Muerte.

Pocas tardes después de este incidente, al parecer, sin importancia, con mi novia oficial, ocurriésemse pasear por una callejuela cuya ubicación robábala al bullicio y al interés de la gente: corría esa callejuela —y no estoy seguro si na desaparecido— por detrás de los edificios que dan la cara al mar, a lo largo de la parte principal del malecón.

Los paseantes que al malecón acudían, ni reparaban en la medrosa callejuela, que parecía querer substraerse a todo bullicio con cierto recogimiento de misticismo y de melancolía.

No sabría precisar a punto cierto lo que me llevó aquella tarde a pasear por esa callejuela, pero el caso es que mi sorpresa fué muy grande al ver de pie, en la puerta de la única residencia que allí había, a una joven de la más delicada belleza, en actitud de espera.

Puse yo toda atención en ella. Tenía el tipo ensoñador y dulce de las mujeres salidas del pincel de Dante Gabriel Rossetti: espigada, doliente, tez de rosa pálida, bucles de oro viejo, ojos de azul casto, reclamaba, como fondo decorativo para su figura exangüe, una hilera de árboles alargados en un sentido de elevación y de martirio.

¿Será Violante, Anatolia, Maximilia?... Parecióme, influido yo como estaba por el tema danunziano, una de las tres Virgenes de las Rocas, que se me aparecía, milagrosamente, dándole vida al Arte. El hieratismo, el halo, la espiritualidad seráfica, todo en aquella mujer fina de carnes dignas de ser translúcidas, vestida con recato de muselinas claras y vaporosas y puesta de pie en la puerta florida de su residencia campestre, me hizo recoger al paso, bajo la luz acariciadora del crepúsculo sedante, una impresión como de retablo, que me fué penetrando con suavidad hasta el fondo del corazón lleno de una voluptuosidad estética, confundible con el primer flechazo del Amor.

Como, al pasar por delante, clavé golosamente los ojos, ella bajó los suyos y me dejó adivinar en sus labios una sonrisa, que para otro hubiera sido imperceptible. Llegado hasta la esquina, me detuve; y después de minutos en que sentí que una emoción inefable me poseía, regresé por la callejuela, con ánimo de demostrar por manera clara a la joven desconocida mi repentino entusiasmo y mi interés por ella. Ella, al distinguirme en el propósito de regresar a verla, apenas di los primeros pasos desapareció, a la manera de una visión milagrosa que se desvaneciese, antes de ser profanada por las exigencias de la realidad. Cuando yo pasé por la puerta la bella mujer se meció en una hamaca, a cierta distancia, no tan grande ésta que me impidiera recoger el brillo de dos ojos desprendidos en la quietud de un relan-

pago y la franca sonrisa de un estuche abierto para lucir la maravilla de dos hilos de perlas relucientes. Tal mirada y tal sonrisa, que yo volví a recoger después de algunos años, me inspiraron las más apasionadas frases con que escribí, en la soledad nocturna de mi habitación, una carta de declaración amorosa, que me propuse hacer llegar a manos de quien así me había impresionado.

Huelga referirme a mi novia oficial, que siguió siendo mi entretenimiento, sin llegar a descubrir en mí la preocupación que me había provocado el nuevo encuentro con el Amor. En la mañana del siguiente día, a la hora del baño, jugué yo con mi novia, la acompañé, como de costumbre, la ayudé a salvar la inflación de las olas, corrí con ella por las playas; y me distraje, como siempre, en un ejercicio alegre y saludable, del que no me creí obligado a prescindir, por más que me atenaceaba la idea de hacer llegar la carta a manos de quien me había hecho empezar a sentir nuevamente el amor.

En la tarde volví a la callejuela. La celeste mujer hizo su aparición. Con sacrilega audacia llegué yo hasta ella y le entregué mi carta. Cruzamos breves frases. Le pregunté su nombre. Sabina Petterson era hija única de un caballero inglés, viudo de una dama limeña que había muerto al dar a luz. La sangre inglesa de Sabina cuya belleza prerafaelista me quedó así explicada, ponía cierta energía en los gestos y brevedad en las frases, que no dejaban de iluminarse con la llamarada latina.

—Le contestaré su carta mañana: puede usted venir por la respuesta a esta misma hora; pero entre nueve y diez yo iré al baño... y allí me tiene que probar, delante de la que todos tienen por su novia, que lo que en su carta me dice no es sólo poesía, sino también verdad.

El humorismo inglés y la picardía limeña se refundieron en tal frase.

Claro está que ofrecí satisfacer estos deseos, como hubiera ofrecido realizar, inventándolo, un décimo tercero trabajo de Hércules. El júbilo no me permitía discernir; y cuando me despedí, al sentir entre la mía, ligeramente trémula, la mano de Sabina, me hinché con la fatuidad del hombre que está seguro de haber logrado una conquista.

La escena en el mar, a la hora del baño, no es para descripita: revistió todos los caracteres de una pantomima acuática, y en ella me la compuse en forma de disgustar a la que era mi novia y a la que podía ser mi amor, creyendo, sin embargo, haberlas dejado satisfechas a ambas, cuando el único, engañadamente, satisfecho era yo. Salí del baño con el programa hecho: en la tarde, amor con Sabina; en la noche, entretenimiento con Luisa.

Cuando acudí, en la tarde, a recibir la respuesta que había prometido Sabina a la carta de mi vehemente declaración, ella me recibió con viva amabilidad, y como yo le preguntara si había quedado satisfecha de mí, se apresuró a entregarme un sobre, recuerdo bien que de color rosado, dentro del que cumplía con darme la respuesta ofrecida: yo me sentí gozoso como nunca de haber logrado esa demostración de su interés, y antes de alejarme, porque ella me dijera que en esa tarde no le era posible hablar conmigo, besé la mano que me abandonó con gesto aristocrático y en cuya torne-

da cera hué yo de observar los pincelazos leves de las venas azules.

Presurosa, tan pronto como doblé la esquina rompí el sobre para solazarme en la respuesta de Sabina; pero la sorpresa que tuve fué tal, que quedé inmóvil al encontrar que la respuesta que me daba... era mi propia carta.

No podía ser más grande la burla que me hacía el Amor.

En la noche, mi novia oficial se mostró bastante arisca; pero logré, calmándola, consolarme de la burla del Amor con el ejercicio de tal entretenimiento.

Poco tiempo después supe que Sabina Petterson se había ausentado con su padre, en viaje a Europa.

Yo continué en el entretenimiento de mi compromiso matrimonial por largos meses, hasta por cerca de dos años, sin olvidarme del todo de la sabia burla que me había hecho el Amor.

Casi corridos los dos años a que he hecho referencia, una tarde, en los portales de la Plaza de Armas de Lima, me di de pronto con Sabina Petterson, que en compañía de su padre acababa, sin duda, de regresar de Europa.

Más bella que antes me pareció: abrí los ojos admirado. Ella, ondulante, rítmica, majestuosa, cuando pasó a mi lado me miró con los ojos desprendidos en la sublimidad de un relámpago y me franqueó el estuche de perlas de su fascinadora sonrisa. Yo me sentí envuelto en una oleada espiritual, más poderosa que cualquiera de tantas con que me hacía el mar dar vueltas. Me detuve, giré sobre mí mismo y me puse a contemplar la gracia con que Sabina se alejaba. A los pocos pasos ella volvió el rostro y yo sentí otra vez el atractivo de su mirada y su sonrisa. Decidí seguirla: ella lo sospechó y de trecho en trecho su rostro se volvía y me dejaba suspensos en el espíritu sus ojos desasidos como dos estrellas gemelas y su dentadura expresiva como dos hileras de luminosos puntos suspensivos...

Así es cómo, al seguirla, iba yo pensando en las dos heroínas de Edgardo Pöe, que en la edición prologada por Baudelaire, había yo hecho conocer a Luisa en esos días.

¿Será—pensaba yo—Berenice o será Ligeia?

En la agitación con que en la andanza por las calles mi fantasía iba apoderándose de la mirada y de la sonrisa con que Sabina me obsequiaba cada vez que volvía su rostro, me era inevitable comparar sus ojos predominantes con los ojos de Berenice y su dentadura sugestiva con la dentadura de Ligeia. Yo, que había visto a Sabina salirse de las páginas de "Las Virgenes de las Rocas", de D'Annunzio, a medida que iba siguiéndola, la veía adelantarse en las páginas de las "Historias Extraordinarias", de Edgardo Pöe.

Por las calles de Santo Domingo, Veracruz, Matavilela, la fui siguiendo, hasta que casi al terminar tal trayectoria entró con su padre a una casa e altos, fronteriza a unos aserraderos de madera que daban hacia el Rimac. A poco Sabina se asomó, en los altos, a uno de esos cofres labrados con que la arquitectura colonial caracterizó los balcones de Lima, y como yo llegara a colocarme al pie de ella, me dejó caer estas palabras: "Vuelva a las diez, para que hablemos".

El Amor me había dado una cita. Yo me marché esperanzado.

Un cuidado de familia, la salud de mi madre, cierta atención urgente que mi padre me encargara, no recuerdo bien

# MEMORIAS DE "ALBANY"

qué circunstancia ajena a mi voluntad y superior a ella, me retrasó en la cita, y cuando acudí, el reloj luminoso de la Catedral me hacía con sus punteros casi juntos una señal preventiva, mientras la elasticidad de su campanada iba rebolando once veces a perderse en el silencio de la noche.

El balcón de Sabina estaba ya cerrado. La puerta de la casa lo mismo. Púseme a silbar diferentes tonadas. Hice señas ruidosas. Poco me faltó para gritar su nombre. Más de una hora estuve paseándome desesperado por verla. Me resigné a mi suerte y resolví volver la noche siguiente, pero a la hora señalada.

Volví, en efecto. Se me repitió el desencanto. Balcón cerrado; puerta, igualmente; casa sumida en el silencio y en la obscuridad. Otra vez mis esfuerzos resultaron inútiles. Cuanto más difícil la empresa, más vivo el interés en mi espíritu por hablar con Sabina. Al siguiente día volví en la tarde: encontré cerrada la puerta de la casa. Volví en la noche, y la encontré lo mismo.

Como mi novia oficial residía en Chorrillos, yo sólo iba a visitarla dos veces por semana. Empecé a dejar de ir algunas veces y, en cambio, me consagué a tratar de comunicarme con Sabina, a quien la misma dificultad de verla le hacía pertenecer por igual mi pensamiento y mi corazón.

Senti despierto como nunca el angustioso interés del amor.

Escribí cartas, poemas, hasta anónimos que para ella no lo eran y que deslicé bajo la cerrada puerta de su casa. Redoblé mis paseos por su calle. Llegué a pensar que se habría ausentado, aunque alentando yo la esperanza de su pronto regreso. Dejaba, así, pasar algunos días, pero siempre volvía a pasearle la calle, con la ilusión de que ya hubiese regresado y me dejase verla, asomándose al balcón desde el que me había hecho el regalo último de su mirada y de su sonrisa, esto es, de sus ojos de Berenice y de su dentadura Ligeia.

Treinta días estuve atormentado por el amor a tal mujer, hasta que una mañana, en la lectura de la prensa, vi la invitación del padre a una misa en sufragio del alma de quien hacía un mes había muerto...

Sabina Petterson, muerta en la noche en que me dió la cita, por un ataque al corazón, se había burlado de mí en vida, y sin proponérselo se había vuelto a burlar desde el fondo de la tumba en que yacía su belleza.

La lectura de tal noticia con que me desayuné, todavía en el lecho, hizome sentir en la espina dorsal un largo calor. Un sudor helado me bañó la frente. Hube de abrir, sin duda, desmesuradamente los ojos, y sobrecogido de terror crucé las manos sobre el pecho, bajé la cabeza y recé, recé, recé, no sé por cuanto tiempo.

Cuando pude volver en mi mismo me acordé de los ojos de Berenice y de los dientes de Ligeia, que me habían escudado la mirada y la sonrisa de la desaparecida.

Pensé en la voluptuosidad en que había estado, durante treinta días, haciéndole el amor a una muerta, y descifré el sentido del dístico latino recordado por D'Annunzio en la piedra de la fuente misteriosa: "Aquí se vieron juntas la Voluptuosidad y la Muerte, y sus dos rostros formaron uno solo".

Aquel día, bajo la influencia del misterio que había soplado sobre mí su hábito frío, recogí en un paquete todas las cartas y los obsequios de Luisa: hícele con tal paquete la devolución del anillo de noviazgo oficial y concluí con ella.

Así, cortando un compromiso matrimonial, se me atravesó, como quinto amor, un amor de ultratumba.

(Continuará)

DESDE 1804 "Albany" ha hospedado a los más distinguidos intelectuales, como Byron, el almirante Keppel, Gladstone, Lord Lytton, Lord Brougham, Lord Rowton y muchos otros; y, más recientemente, albergó al actor dramático Henry Arthur Jones y a Sir Herbert Beerthom Tree, el fecundo historiador teatral.

"Albany" ha cambiado notablemente poco en el curso de los años transcurridos desde que fué proyectado por Sir William Chambers. Verdad es que sufrió algunas vicisitudes, pero éstas no le dejaron huella. El primer Vizconde Melbourne lo abandonó por una casa en Whitehall, pero el hijo del rey Jorge III volvió a él, de quien tomó el nombre con que hoy se le conoce, porque aquél era Duque de York y de Albany.

Una desdichada aventura femenina arrancó de allí al duque. Una hermosa aventurera, Maria Ana Clarke, cautivó y explotó despiadadamente al sencillo, aturdido e ingenuo soldado. Se valió de su influencia sobre él para inducirlo a ofrecer comisiones a funcionarios que le pagaban a ella sus buenos oficios, y el duque, comandante en jefe del ejército, que le quería entrañablemente, vióse obligado a renunciar.

Un astuto arquitecto llamado Copland halló en el edificio una oportunidad y en la desgracia del duque una lección. Y así se le ocurrió la brillante idea de convertir la magnífica mansión, con sus hermosos parques, en un hospedaje de departamentos sólo para caballeros, donde se vedaba la entrada a las damas. Y, en efecto, durante ciento veintisiete años, este pequeño universo ha mantenido su carácter.

Mr. William Stone, director de "Albany", es miembro de todos los clubs distinguidos de Londres y fué administrador del Real Instituto de Gran Bretaña. En una entrevista especial Mr. Stone refirió algunas reminiscencias y anécdotas deliciosas, varias de las cuales fueron contadas a su vez, y que versan sobre personajes famosos del pasado.

Me vi obligado a salir de Albany —dijo lamentándose Mr. Stone—, y ahora tengo que ir allá todos los días, porque no disponía de tiempo suficiente para mis colecciones, especialmente para mi gran colección de mariposas—(las mariposas de Mr. Stone son la envidia de todos los entomólogos)—y otras de cobras, pitones, lagartos, cocodrilos y pieles de tigre.

Pero mi aventura más emocionante no provino de mis colecciones, sino que fué obra exclusiva de mi mucamo, quien, no contento con robarme mientras viajábamos por el extranjero, huyó, burló la persecución de la policía ¡e hizo mis veces! El malogrado y famoso dramaturgo Mr. Henry Arthur Jones, que fué huésped de "Albany", teatralizó este incidente en su comedia "The Lackey's Carnival".

También el actor George Grossmith me presentó en escena con el nombre de "Mr. Frayne", en la comedia musical "The night of the party", en la que Crosbie, el mucamo que se hizo pasar por su amo, fué representación de mi desleal servidor Cross.

Cuando recorro Albany desempeñando mis funciones de director, pareceme a ratos que me rodean espectros: espectros tristes, dichosos, frívolos, mediatubundos. Imagino que uno de los más pintorescos pupilos de Albany hubo de ser Lord Byron. Todavía podemos leer en su diario esta nota: "Esta noche entré en mi nuevo departamento que he arrendado a Lord Althorp por siete años. Es espacioso y da

cabida a mis libros y a mis sables. La casa tiene también otra ventaja". Se dice que Lady Caroline Melbourne solía disfrazarse de muchacho para visitarlo en Albany.

Lord Lytton, más tarde Sir Edward Bulwer-Lytton, literato e historiador famoso, sucedió a Byron como inquilino en Albany. Aquí fué donde escribió su primer novela, "Pelham".

Tanto el poeta como el novelista, al salir de Albany se lanzaron del modo más extraño por los caminos desgraciados de sus carreras respectivas. Lord Byron se casó con Isabel Milbanke, de quien traza un retrato realista y terrorífico un libro que se acaba de publicar con el título de "The Shattered Harp". La vida del poeta tornóse una pesadilla de horror por culpa de esa mujer fría e inescrupulosa, al paso que Lord Lytton sufrió casi otro tanto a manos de Rosina Wheeler, que fué tan dura y acrada de corazón como hermosa. A poco de haberse casado, Lord Lytton abandonó a su mujer, sólo para que ésta lo persiguiese durante el resto de sus días. Lady Lytton publicó una sátira virulenta contra su marido con el título de "Cheverley o el hombre de honor"; y no satisfecha de herirlo de ese modo, le siguió a Hereford, donde realizaba una campaña parlamentaria, y le frustró tan cruelmente en una asamblea pública que él presidió, que se vió obligado a bajar de la plataforma.

Perteneciente a generación anterior, pero igualmente pintoresco, aunque por fortuna mucho más feliz, fué Keppel, "el Almirantito", como le llamaban cariñosamente, personalidad curiosa que suscitó muchas situaciones divertidas. Era amigo muy querido de la reina Alejandra, quien le fué a visitar muchas veces a Albany. Como vivía en el último piso, la soberana tenía que darse un buen sofocón para subir. A fin de ahorrarse fatigas innecesarias, "el Almirantito" propuso con la mayor seriedad del mundo que se farrase el montacargas utilizado para el carbón, de bayeta roja y que subiese en él la real dama.

UNA MANSION LONDINENSE QUE ALBERGO A MUCHOS GRANDES HOMBRES.—ANECDOTAS DE BYRON, GLADSTONE, Y BEERBOHM TREE



La entrada de Albany frente a Picadilly

que estaba a punto de publicar sus recuerdos, le hizo ir de Cowes, donde residía a la sazón, y le manifestó que quería leer la obra.

—No, Majestad—respondió el almirante—. Temo que no sea lectura buena para damas.

En realidad, el pobre Keppel no logró publicar todo lo que quiso, como lo refirió posteriormente uno de sus amigos. Este amigo había ido a visitarlo en momentos en que nuestro personaje dictaba sus memorias a una amanuense en extremo severa y peripuesta que se había arrogado el papel de censora de las producciones literarias de aquél. Keppel, furioso, media la habitación a zancadas, mientras la secretaria, sentada en un rincón, inmóvil, adoptaba un aire de desagrado.

—¿Qué le ocurre, almirante? ¿No le parecen propios a la señorita los términos náuticos que usted emplea?—preguntóle el amigo. A lo cual respondió el almirante, estallando: —¡Al diablo los términos náuticos! ¡Es que no quiere mecanografiar mis mejores cuentos!

"El Almirantito" era miope, y un día le abordó en la calle un sujeto al que apenas conocía, pero cuya fisonomía no pudo distinguir bastante como para recordarlo. El individuo le preguntó:

—¿Cómo le va?  
Y el almirante le respondió:  
—Muy bien, gracias, y mejor que nunca, porque no he visto al animal de mi médico"...

¡El caballero a quien decía esto era su médico!

Detestaba las ceremonias prolongadas, y para librarse en una ocasión de una parada militar en la Abadía de Westminster, pidió al maestro de ceremonias que el cortejo pasase por delante de su club, y cuando lo hizo así ante sus puertas hartó acogedoras, entró por ellas, ordenando que el desfile prosiguiese sin él.

Otra anécdota característica de esa personalidad cuya memoria quedará eternamente asociada a Albany, es la respuesta que dió a la cortés pregunta de la esposa del almirante Parker, en los días en que fué su huésped, y poco después de una partida de caza en compañía de aquél,

—¡Oh, usted "no puede" ir a Margate!

Sir Herbert le lanzó una de sus miradas de proscenio e inmediatamente pidió a un sirviente una guía de ferrocarriles. Después de hojearla un instante, y con la voz con que había corregido millares de veces a los actores, dijo el gran comediógrafo al cadete:

—Perdón, señor. Puedo ir a Margate: el boleto cuesta tres chelines con tres peniques.

Sir Herbert veía siempre el lado risueño de las cosas. Singularmente divertidos eran sus relatos sobre sus incidentes en la América del Norte.

—En los Estados Unidos—decía—no me atrevería a apagar un incendio por miedo a que el gremio de bomberos creyese que me entrometía en sus atribuciones.

En una ocasión en que una hermosa dama preguntó a Sir Herbert qué haría si ella se arrojase en sus brazos, respondió él con la velocidad del relámpago:

—Señora, el respeto me vedaría lo que la galantería me exigiera!

Mr. Stone hizo una pausa. Centellearon sus ojos cuando prosiguó:

—Sí, Albany es nuestro pequeño mundo, ¡y qué mundo variado!

Reverso de Lord Byron, el gran enamorado, fué Mr. Gladstone, el gran estadista puritano. Y ¿quién dirá cuál fué la más pintoresca, la más vivida, la más impresionante de ambas figuras?

Muchas cosas interesantes se han dicho y hecho en Albany. Durante cuarenta años la "Saturday Review" fué editada en los departamentos G. I.

Concluiré mis reminiscencias, que, por lo demás, podría seguir hilvanando interminablemente días y noches, con la anécdota de un divertido incidente que ocurrió en esos departamentos. Un día que Lord Leighton, el pintor, se encontraba de visita en las oficinas de la "Saturday Review", púsose a examinar unos dibujos de Aubrey Beardsley y destinados al "Yellow Book".

—¡Ah, qué línea admirable!—exclamó—. ¡Qué gran artista! —y agregó "sotto voce"—: ¡Lástima que no sepa dibujar!

—Sir Frederick—respondió John Lane, representante de la casa editora Bodley Head (a la sazón Lord Leighton no era aún Par)—. ¡Estoy harto de ver obras de gentes que no saben dibujar!

Ante su sorpresa, Leighton replicó:

Comprendo lo que dice y le doy la razón.

acorda de si había hecho una buena comedia.

—Excelente—respondió el almirante a la señora Parker—. He matado dos cheques, diez falanges, un mousey y al hijo de usted.

En época más reciente uno de los huéspedes predilectos de Albany fué el director de teatros Sir Herbert Beerthom Tree. Era éste un hombre muy sincero y odiaba la afectación. Discutía una vez con unos amigos acerca del mejor lugar donde podrá pasarse un día de fiesta. Alguien indicó Margate. Un joven cadete altanero exclamó:

—¡Oh, usted "no puede" ir a Margate!

Sir Herbert le lanzó una de sus miradas de proscenio e inmediatamente pidió a un sirviente una guía de ferrocarriles. Después de hojearla un instante, y con la voz con que había corregido millares de veces a los actores, dijo el gran comediógrafo al cadete:

—Perdón, señor. Puedo ir a Margate: el boleto cuesta tres chelines con tres peniques.

Sir Herbert veía siempre el lado risueño de las cosas. Singularmente divertidos eran sus relatos sobre sus incidentes en la América del Norte.

—En los Estados Unidos—decía—no me atrevería a apagar un incendio por miedo a que el gremio de bomberos creyese que me entrometía en sus atribuciones.

En una ocasión en que una hermosa dama preguntó a Sir Herbert qué haría si ella se arrojase en sus brazos, respondió él con la velocidad del relámpago:

—Señora, el respeto me vedaría lo que la galantería me exigiera!

Mr. Stone hizo una pausa. Centellearon sus ojos cuando prosiguó:

—Sí, Albany es nuestro pequeño mundo, ¡y qué mundo variado!

Reverso de Lord Byron, el gran enamorado, fué Mr. Gladstone, el gran estadista puritano. Y ¿quién dirá cuál fué la más pintoresca, la más vivida, la más impresionante de ambas figuras?

Muchas cosas interesantes se han dicho y hecho en Albany. Durante cuarenta años la "Saturday Review" fué editada en los departamentos G. I.

Concluiré mis reminiscencias, que, por lo demás, podría seguir hilvanando interminablemente días y noches, con la anécdota de un divertido incidente que ocurrió en esos departamentos. Un día que Lord Leighton, el pintor, se encontraba de visita en las oficinas de la "Saturday Review", púsose a examinar unos dibujos de Aubrey Beardsley y destinados al "Yellow Book".

—¡Ah, qué línea admirable!—exclamó—. ¡Qué gran artista! —y agregó "sotto voce"—: ¡Lástima que no sepa dibujar!

—Sir Frederick—respondió John Lane, representante de la casa editora Bodley Head (a la sazón Lord Leighton no era aún Par)—. ¡Estoy harto de ver obras de gentes que no saben dibujar!

Ante su sorpresa, Leighton replicó:

Comprendo lo que dice y le doy la razón.

**QUEMADURAS**  
DE  
**SOL**  
USE  
**PASTA**  
**VASENOL**

JOAN GILLESPIE

(Para LA NACION) LONDRES, enero de 1931.



ENTIERRO DE CARNAVAL

Dibujos de GEO McMANUS



# El misterioso crimen del escarabajo

CAPITULO XVIII



El doctor Bliss y Hani no se han querido nunca bien — respondió evasivamente Scarlett —. Bliss le trajo a América únicamente porque Meryt insistió en ello. Creo que el doctor Bliss sospecha que Hani le espía por orden del gobierno egipcio.

—¿Lo estima usted improbable de todo punto? — preguntó Vance con indiferencia.

—No puedo responderle a usted en términos categóricos, Vance—dijo Scarlett. Se inclinó de repente hacia su interlocutor y los músculos de su rostro adquirieron dura tensión. Pero sí puedo asegurarle a usted lo siguiente: Meryt es incapaz de cometer la menor deslealtad para con su marido. Aun dando por sentado que piense que se equivocó al unirse al doctor Bliss—que es mucho más viejo que ella y vive completamente absorbido en su trabajo—aceptará la situación por hacerse honor a sí misma.

—Muy bien, muy bien... asintió levemente Vance eligiendo otro Regie—. Esa manifestación suya me sugiere una cuestión delicada en extremo. ¿Cree usted que la señora Bliss tenga algún... ¿cómo diría yo?... algún interés humano al margen del doctor Bliss? En otras palabras, ¿cree usted que al margen del doctor Bliss sus emociones más íntimas pudieran encaminarse hacia otro rumbo?

Scarlett se irguió de un salto y exclamó, airado:

—¿Cómo, Vance? ¿No siga usted por ese camino! ¿No tiene usted derecho a hacerme preguntas por el estilo! ¿Yo no soy una celestina! No es posible hablar de esas cosas, comprendalo usted... Me coloca usted en una posición muy desagradada.

(La actitud de Scarlett mereció todas mis simpatías).

—Tampoco suelen cometerse crímenes en los mejores círculos sociales — replicó, inalterable, Vance—. Nos hallamos frente a una situación que se aparta por completo de lo corriente, y no debemos olvidar que alguien se llevó de este mundo a Kyle sin atenerse para nada a las reglas de la etiqueta... Pero puesto que la sensibilidad de usted se siente ultrajada a tal punto, retiro mi pregunta. Advierto, amigo Scarlett—sonrió amablemente—que usted mismo no es indiferente del todo a los encantos de esa dama, ¿eh?

Scarlett dió un brinco y lanzó a Vance una mirada feroz. Antes de que abriera la boca para responder, Vance se puso de pie y le miró fijamente a los ojos.

—Ha sido asesinado un hombre—dijo con fría calma—y ha sido asesinado apelando a un diabólico complot. Otra vida humana se encuentra actualmente en riesgo, y yo he venido aquí para averiguar quién urdió el plan miserable y arrebató a la silla eléctrica la existencia de un hombre. Por lo tanto, no estoy dispuesto a tolerar que ningún género de estúpidos convencionalismos dificulte mi intento. Apreccio en lo que vale la reticencia de usted. En circunstancias ordinarias—su voz se suavizó algo—sería admirable. En las actuales circunstancias resulta bastante inoportuna.

Scarlett no apartó su mirada de la de Vance durante todo aquel tiempo, y terminó por sentarse otra vez.

—Tiene usted razón que le sobra, amigo—confesó en voz baja—. Le referiré a usted todo lo que quiera saber.

Vance meneó la cabeza, indiferente, y fumó en silencio unos instantes.

—Me parece que ya me lo ha referido usted todo—afirmó al cabo de la pausa—. Tal vez necesitemos de usted más tarde. Por el momento, es hora de almorzar, y muy pasada ya. ¿No le agradaría a usted regresar a su casa?

Scarlett dejó escapar un profundo suspiro de alivio y se levantó.

—Se lo agradezco a usted en el alma.

Y sin añadir una sola palabra, salió del museo.

Heath marchó tras él y pudimos oírle dar órdenes a Snitkin para que dejara salir a Scarlett.

—¿Y bien?—dijo Markham a Vance cuando el comisario hubo regresado—. ¿Ha sacado usted mucho en limpio de los informes de Scarlett? No me parece que hayan arrojado una luz deslumbradora sobre el problema.

—¿Que no?—respondió Vance, moviendo la cabeza, con expresión de incrédula comisericación—. Los estimo, por el contrario, reveladores en su grado. Gracias a ellos, poseemos ya una sólida base de juicio que habrá de sernos utilísima cuando interroguemos a los demás personajes de la obra.

—Me alegro muchísimo de que se sienta usted tan confiado—replicó Markham, levantándose y escrutando rigidamente a Vance—. ¿No creerá usted acaso, que?...

Se interrumpió, sin atreverse a terminar de formular en palabras su pensamiento.

—Sí. Creo que este crimen no fué otra cosa que un medio para lograr un fin. Su objetivo real era, estoy convencido de ello, el de envolver a una persona inocente, despojando de este modo el campo de determinados elementos molestos.

Markham permaneció silencioso unos segundos.

—Comprendo lo que usted quiere decir. Y es posible, desde luego.

Salió del museo y volvió en seguida, dando furiosas fumadas a su cigarro.

—Oigame usted — interpelo a Vance —. Necesito hacerle una pregunta. Recuerdo que pidió usted un lápiz a Salveter. ¿De qué clase era el lápiz utilizado para confeccionar el puntal que halló usted encima de la vitrina? ¿Acaso un Mongol número 1?

Vance negó.

—No, no era un Mongol.

—Ha asesinado un hombre — dijo con fría calma —. Y ha asesinado apelando a un diabólico complot.

Era un Koh-i-noor HB, mucho más duro que el Mongol número 1, que es muy blando... Ya sabe usted que los Mongol y los Koh-i-noor parecen idénticos, porque ambos son exagonales y amarillos. Los Koh-i-noor los fabrica en Checoslovaquia un tal Hardmuth, una de las más antiguas firmas de Europa. Originariamente, los Koh-i-noor eran lápices austriacos, pero después de la guerra mundial el Imperio austro-húngaro quedó dividido...

—Prescindamos de la lección de historia universal para uso de los niños de la escuela — le interrumpió Markham sombríamente—. Quedamos en que no fué un Mongol número 1 el lápiz utilizado en la trampa mortal. Perfectamente — se acercó más a Vance—. Otra pregunta, entonces, y conste que toda su gárrula palabrería acerca de los estados sucesores de Austria no me impedirá hacerla. ¿Qué clase de lápices fué la que usted encontró en el despacho del doctor Bliss?

Vance suspiró.

—Temía que me lo preguntara usted, y temo también tener que responderle. Es usted tan impulsivo, amigo mío...

Markham se exasperó y dió unos pasos en dirección al despacho del doctor Bliss.

—No hace falta que se fatigue usted en subir esa incómoda escalera de caracol—exclamó Vance, marchando tras él—. Le diré a usted lo que quiere saber. Eran todos Koh-i-noor.

—¿Ah!

—¿Supongo que no irá usted a dejarse influenciar por detalle tan nimio?

Pasaron unos segundos antes de que Markham respondiera.

—No—dijo al fin—. Después de todo, el trocito de lápiz no es una prueba de cargo fundamental, visto especialmente que cualquiera podía entrar en el despacho.

Vance hizo una mueca de estupor.

—Una amplitud de criterio semejante por parte de un juez de instrucción es positivamente asombrosa—declaró.

(Viernes 13 de julio; 2.45 tarde)

Markham tomó asiento de nuevo. Se hallaba abrumado en demasía para parar mientes en la ironía bonachona de Vance. El asesinato de Kyle, tan sencillo y elemental a primera vista, hacía por momentos más complejo e intrin-

—Estaba justamente pensando en ello. Y tal vez sería conveniente que averiguásemos en seguida quién pudo narcotizar a Bliss. ¿Que le parece a usted, Vance?

—Una excelente idea. Es esencial que sepamos quién pudo haber echado los polvos de opio en el café del doctor, porque no cabe duda alguna de que la persona que lo hizo es la misma que envió a Kyle a la eternidad. La clave del complot consiste precisamente en averiguar quién tuvo oportunidad de echar el opio en el desayuno del doctor.

Markham adoptó una decisión enérgica.

—Tráigase usted en el acto al ayuda de cámara, comisario — dijo —. Y hágalo usted pasar por el despacho, a fin de que no le vea la gente que hay en la salita.

Heath subió de tres en tres los peldaños de la escalera de caracol. Un minuto o dos más tarde reapareció trayendo consigo a Brush. Se hallaba éste presa evidentemente de un ataque de pánico y llevaba las manos fuertemente enclavijadas. Se acercó a nosotros con paso vacilante, pero en seguida se inclinó, correcto, y permaneció erguido en la actitud del sirviente bien enseñado que espera órdenes.

—Siéntese y tranquilícese, Brush — le dijo Vance mientras elegía un nuevo cigarrillo —. Comprendo que se encuentra usted muy emocionado. La situación es de prueba. Sin embargo, si intentara usted dominarse un poquito podría tal vez prestarnos un valioso concurso. ¿Deje de temblar, hombre!

—Sí, señor — respondió el ayuda de cámara sentándose en el borde de la silla y aferrándose tensamente a las rodillas con ambas manos —. Muy bien, señor. Cierro que me halló bastante emocionado, señor. He servido a diversos señores durante quince años, y nunca jamás...

—Me doy cuenta de lo terrible que ha de ser para usted, en efecto — sonrió amablemente Vance —. Pero ya sabe usted también que lo imprevisto surge allí donde menos se lo espera. Quizá sea esta la gran ocasión de que usted pueda ampliar el campo de sus actividades. De usted depende tal vez que consigamos descubrir la verdad en este desgraciado asunto.

—Celebraré ser a los señores de alguna utilidad, señor—repuso el ayuda de cámara, visiblemente calmado por virtud de la observación de Vance.

—Hablémosle entonces de cómo puede servirle el desayuno en esta casa — advirtió Vance tras de aceptar el consentimiento tácito de Markham para actuar de interrogador —. ¿Adónde lo lleva la familia por lo corriente?

—En el comedor de abajo, señor — explicó Brush, dueño ahora de sí mismo en términos notables —. En el frente de la casa hay una pequeña habitación que la señora Bliss decoró en estilo egipcio. Los señores la utilizan para desayunar, y el almuerzo y la comida son servidos en el comedor principal del piso de arriba.

—Muy bien. ¿Y desayuna al mismo tiempo toda la familia?

—Por regla general, sí, señor. Llamo a los señores a las ocho de la mañana y a las ocho y media sirvo el desayuno.

—¿Y quién se reúne a hora tan temprana?

—El señor y la señora Bliss, Mr. Salveter... y Mr. Hani.

Vance enarcó levemente las cejas.

—¿Hace Hani las comidas con la familia?

—¡Oh! No señor, no... — respondió Brush, perplejo en apariencia —. Yo no he terminado aún de comprender la posición de Mr. Hani en esta casa, señor. El doctor Bliss le trata como a un sirviente y, sin embargo, Mr. Hani llama a la señora por el nombre de pila y la tutea incluso... Hace las comidas en una pieza junto a la cocina. No se digna almorzar con Dingle y conmigo.

Había en su voz algo de resentimiento, y Vance trató de consolarle.

—Dese usted cuenta que Hani es un viejo allegado a la familia de la señora Bliss... y también un funcionario del gobierno egipcio.

—A Dingle y a mí nos parece perfectamente bien que coma donde quiera, señor — fué la evasiva respuesta.

Vance pasó a otro asunto.

—¿Suele desayunar frecuentemente Mr. Scarlett con la familia?

—Con bastante frecuencia, señor, sobre todo cuando hay trabajo urgente en el museo.

—¿Vino esta mañana?

—No, señor.

—Entonces, si Hani permaneció en su habitación toda la mañana y el doctor Bliss no salió de su estudio, desayunarían solos la señora Bliss y Mr. Salveter, ¿no es eso?

—Exacto, señor. La señora Bliss bajó un poco antes de las ocho y media, y Mr. Salveter un poquito después. A las ocho, cuando se dirigía a su despacho, el doctor me había dicho ya que tenía que hacer y que rogase a los demás que no le esperaran a desayunar.

—¿Y quién le informó a usted de la indisposición de Hani?

—Mr. Salveter, señor. Me dijo que Mr. Hani le había pedido que me anunciase que no bajaría a desayunar. Las habitaciones de ambos se encuentran en el tercer piso, frente por frente, y Mr. Hani deja la puerta de la suya abierta toda la noche.

Vance asintió en ademán de aprobación.

(Continuad)

# Scarlett se muestra impresionado

Por S. S. Van Dine

Ilustración de Pedro Delacchi

—Empezaban a surgir ahora ruidos y ruidos pormenores subterráneos y todos nosotros estábamos ya convencidos a mi juicio, de que en vez de limitarse a ser un acto brutal, el crimen era un factor siniestro de un plan vasto y ramificado. Hasta el mismo Heath había comenzado a advertir el sentido oculto de las huellas acusadoras en las que cifrara al principio su esperanza de una pronta y fácil solución.

—Si — confesó — oscilándole de arriba a abajo el cigarro entre los labios apretados —. Ese trozo de lápiz no quiere decir nada, y la verdad es que el asunto entero está resultando un tanto enrevesado. Nadie que tenga dos dedos de frente sería capaz de meterse en un lío por el estilo amontonando las pruebas abrumadoras en su contra. ¿Qué opina usted del opio en el café, jefe?

Markham apuchó los labios.

—Estaba justamente pensando en ello. Y tal vez sería conveniente que averiguásemos en seguida quién pudo narcotizar a Bliss. ¿Que le parece a usted, Vance?

—Una excelente idea. Es esencial que sepamos quién pudo haber echado los polvos de opio en el café del doctor, porque no cabe duda alguna de que la persona que lo hizo es la misma que envió a Kyle a la eternidad. La clave del complot consiste precisamente en averiguar quién tuvo oportunidad de echar el opio en el desayuno del doctor.

Markham adoptó una decisión enérgica.

—Tráigase usted en el acto al ayuda de cámara, comisario — dijo —. Y hágalo usted pasar por el despacho, a fin de que no le vea la gente que hay en la salita.

Heath subió de tres en tres los peldaños de la escalera de caracol. Un minuto o dos más tarde reapareció trayendo consigo a Brush. Se hallaba éste presa evidentemente de un ataque de pánico y llevaba las manos fuertemente enclavijadas. Se acercó a nosotros con paso vacilante, pero en seguida se inclinó, correcto, y permaneció erguido en la actitud del sirviente bien enseñado que espera órdenes.

—Siéntese y tranquilícese, Brush — le dijo Vance mientras elegía un nuevo cigarrillo —. Comprendo que se encuentra usted muy emocionado. La situación es de prueba. Sin embargo, si intentara usted dominarse un poquito podría tal vez prestarnos un valioso concurso. ¿Deje de temblar, hombre!

—Sí, señor — respondió el ayuda de cámara sentándose en el borde de la silla y aferrándose tensamente a las rodillas con ambas manos —. Muy bien, señor. Cierro que me halló bastante emocionado, señor. He servido a diversos señores durante quince años, y nunca jamás...

—Me doy cuenta de lo terrible que ha de ser para usted, en efecto — sonrió amablemente Vance —. Pero ya sabe usted también que lo imprevisto surge allí donde menos se lo espera. Quizá sea esta la gran ocasión de que usted pueda ampliar el campo de sus actividades. De usted depende tal vez que consigamos descubrir la verdad en este desgraciado asunto.

—Celebraré ser a los señores de alguna utilidad, señor—repuso el ayuda de cámara, visiblemente calmado por virtud de la observación de Vance.



# PARA LAS CANAS

Hay un método francés de 3 días, que está muy en boga en París. Consiste en aplicarse en casa 3 días seguidos la mantailla Verum como una loción. Entonces el cabello oscuro que todavía queda, se aclara y toma un espléndido color rubio, quedando las canas perfectamente disimuladas. Así se evitan las tinturas siempre dañosas.

# EL SEPTIMO ARTE CARTA DE HOLLYWOOD Por WHITE SCREEN

(Para LA NACION) HOLLYWOOD, enero de 1931.

SI el cinematógrafo sonoro llega a anular por completo el silencioso, como hasta ahora parece advertirse, pasará a ser un recuerdo del pasado la larga supremacía de Hollywood. No puede negarse que sería irónico este resultado para los productores americanos, que propagaron el nuevo invento del cinematógrafo sonoro. Por de pronto, los "studios" cinematográficos sienten cada vez mayor pesimismo por lo que se refiere a su mercado extranjero. Al aparecer los "talkies", la misma novedad hizo posible que las cintas en inglés fuesen bien acogidas en todo el mundo, porque el público deseaba conocer el resultado de la nueva innovación parlante, pero ya ahora, todo el mundo enterado de los valores y ventajas de entretenimiento que puede ofrecer, el público extranjero ha empezado a exigir películas en los idiomas respectivos de cada nación, y así la producción americana no tiene en la actualidad más mercado extranjero que el de Inglaterra y Australia.

diciones de inteligencia y cultura de que gozan los que proceden de España.

Los corresponsales de las publicaciones latino-americanas residentes en esta ciudad, al tener conocimiento del sistema arbitrario que se iba poniendo en práctica en la mayoría de los grandes "studios" con respecto a los actores de la América latina, en repetidas crónicas han hecho notar los inconvenientes que hoy dificultan los progresos de los artistas del centro y sudamericanos que actúan en el cinematógrafo hollywoodense, y la absoluta preferencia de las compañías productoras por el talento ibérico. Naturalmente, que estas crónicas han tenido su efecto en el público latinoamericano, rehusando patrocinar la producción española norteamericana, y los productores a preocuparse por el aspecto poco halagador de "business" que les están proporcionando la producción de las versiones extranjeras. Por otra parte, y en conjunto, la industria cinematográfica no se encuentra ahora en una situación muy favorable. La pérdida de los mercados extranjeros con motivo de la película sonora, ha disminuído de 30 a 50 por ciento de las utilidades que antes se obtenían con la película silenciosa, y para completar, la situación doméstica está atravesando por una época bastante pobre, con una de las "leading" empresas para que la nave no vaya a dar contra las rocas; otra, sufriendo con el mantenimiento de su larga cadena de teatros esparcidos en toda la Unión, más de un cuarto de millón de dólares por semana; otra ha declarado de "vacaciones" al noventa por ciento de su personal, y el resto de las empresas se mantienen guardando las apariencias o muy activas "organizando" el programa de producción para la próxima temporada cinematográfica.

Como es natural, se ha intentado, para remediar estas condiciones, varios procedimientos que, a medida que se iban presentando, el soberano juez los descartaba como simples tretas de que se valían las casas productoras americanas para seguir dominando su mercado extranjero, y por fin, se ha tenido que recurrir al empleo de actores de cada uno de los idiomas en que se quiere editar la película.

Este procedimiento que parecía contar con el buen recibimiento del público a que la versión extranjera estaba dedicada, ha empezado ya a dar muestras de poca aceptación—especialmente las versiones españolas—en los países del centro y América del Sur. En cambio, no pasa así con estas mismas versiones cuando llegan a España, por estar éstas interpretadas por un elenco casi totalmente español. Los países latino-americanos tienen en fundadas razones para no aceptar la producción cinematográfica parlante española procedente de Hollywood; los dirigentes de la industria han llegado hasta ser terminantes en sus órdenes a los jefes de los departamentos de reparto, haciendo que se excluya, a no ser que la caracterización del papel lo exija, la actuación de los comediantes, técnicos y super-visedores latino-americanos, por creerlos no dotados de las con-

Esta pérdida de la clientela exterior y doméstica débese también además de la falta de una buena producción, a la depresión comercial que se sufre en todo el mundo. Pero de todas maneras, se prevé claramente que la época de la prosperidad y reinado de la industria cinematográfica norteamericana no volverá ya a brillar como lo hiciera hasta hace un año, a no ser que los magnates del celuloide californiano encuentren algo nuevo y capaz de conquistar otra vez al público americano y al extranjero.

Gilbert Roland y Rosita Ballesteros en una escena de la película hablada en castellano "Monsieur Le Fox", recientemente estrenada.



El señor Mario Estrada, presidente de la delegación argentina al Congreso Panamericano de Comercio Recíproco, reunido en California, en el que tuvo también la representación de LA NACION, hizo una visita a los estudios cinematográficos de Hollywood. Aparece en esta fotografía con los actores Paul Ellis, Lapita Tovar y Antonio Moreno, en los "sets" de la Universal Pictures



Fay Wray y Phillips Holmes en una escena de la película "Tacones de punta", recientemente estrenada



Norma Shearer en el más completo traje de parada que se conozca



Buster Keaton y Conchita Montenegro en la película "De frente, marchen"



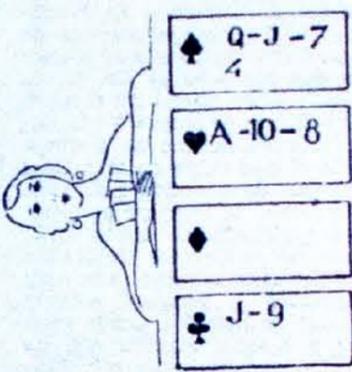
BRIDGE  
CONTRATO  
AMERICANO

POR  
LEON CASABAL

La declaración inicial es aquella realizada por el jugador que da las cartas cuando tiene la primera oportunidad de hablar, o por el que le sigue en turno cuando el jugador anterior ha pasado.

En qué forma y hasta qué punto difiere la declaración inicial en Contrato con la que estábamos habituados a hacer en Auction?

Cuatro consideraciones importantes deben tenerse presente en Contrato que no tenían razón de ser en Auction.



a) El jugador colocado en segundo término, habiendo pasado el dador, está en condiciones de declarar con una mano de composición menos exigente que la que hubiera necesitado en primer término. El hecho de que el dador no haya tenido una mano suficientemente fuerte para poder abrir el remate, aumenta las probabilidades de encontrar fuerzas en la cuarta mano.

b) Un jugador que tiene seguridad en sí mismo y la certeza de obtener el mejor resultado del carteo de una mano, está en condiciones de declarar más liberalmente que aquel que pierde una baza por jugada.

c) Las pérdidas en estado vulnerable son tan considerables que conviene proceder con toda cautela en la declaración cuando no se tiene el "game" en perspectiva.

d) El bando "no vulnerable" está en condiciones fáciles en relación al que se encuentra "vulnerable" respecto del ataque y defensa de un "game". Tiene, pues, una declaración de "uno" más fácil.

Declaración de "Sin Triunfo"

Con tres palos bien cuidados debe declararse, igual que en Auction, si bien conviene una mejora en la fuerza de los elementos con los que estábamos acostumbrados a declarar, "un Sin Triunfo".

Para facilitar la estimación de la utilidad de una mano para "sin triunfo" voy a recordar un viejo sistema, menos complicado que las tablas de Work. Para ello vamos a asignar determinado valor a cada honor, es decir que

- Un As vale . . . 4 puntos
- Un Rey vale . . . 3 "
- Una Dama vale. . 2 "
- Un valet vale . . . 1 "

Lenz opina que para declarar "un sin triunfo" original debe poseerse una mano con valores equivalentes a doce puntos repartidos en tres palos cuidados. Y agrega que el diez, si bien no es de tenerse en cuenta, un buen jugador tiene derecho a estimarlo, porque es una carta bien aprovechable.

Observemos esta serie de manos, unas que justifican la declaración de "un Sin Triunfo" original y otras que no.

Manos que autorizan la declaración de "un Sin Triunfo":

CASO 1

- Palo 1 . . . A-10-X-X
- " 2 . . . Q-J-X
- " 3 . . . K-Q-X
- " 4 . . . X-X-X

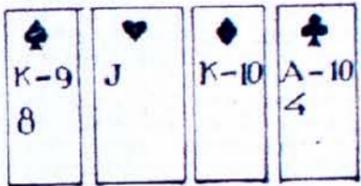
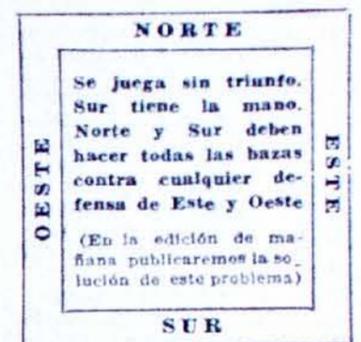
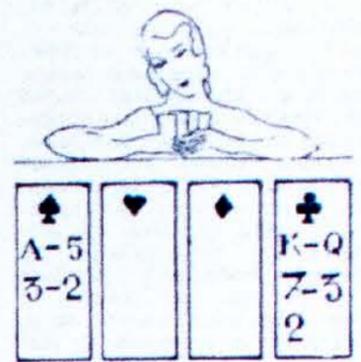
(Mano valor 12 p.)

Manos descalificadas para la declaración de "un Sin Triunfo":

CASO 2

- Palo 1 . . . A-X-X-X
- " 2 . . . K-J-X
- " 3 . . . Q-J-X
- " 4 . . . X-X-X

(Mano valor 11 p.)



CASO 3

- Palo 1 . . . A-10-X
- " 2 . . . A-J-X
- " 3 . . . K-X-X-X
- " 4 . . . X-X-X

Doce puntos y un diez; mano de valor arriba del término medio.

CASO 4

- Palo 1 . . . A-10-X
- " 2 . . . A-J-X
- " 3 . . . Q-X-X-X
- " 4 . . . X-X-X

Once puntos y un diez; insuficiente en Contrato.

CASO 5

- Palo 1 . . . A-X-X
- " 2 . . . X-X-X-X
- " 3 . . . A-X-X
- " 4 . . . A-X-X

Total 12 puntos

CASO 6

- Palo 1 . . . A-X-X
- " 2 . . . X-X-X-X
- " 3 . . . A-X-X
- " 4 . . . K-X-X

Total 11 puntos. La mejor entre las manos insuficientes. No es recomendable.

Presentaré ahora una mano compuesta por once puntos solamente, pero con un suplemento de dos diez, que pueden estimarse en un punto. Sólo los muy buenos carteadores ceben darse el lujo de declarar "un Sin Triunfo" si ella.

- Palo 1 . . . A-10-X
- " 2 . . . K-10-X
- " 3 . . . J-X-X-X
- " 4 . . . Q-J-X

Tenemos también sin triunfo en manos compuestas de dos palos. El mínimo requerido en este caso son trece puntos. Su declaración en Contrato tiene aplicaciones más útiles que en el Auction: es una indicación de fuerza que puede utilizar el compañero.

- Palo 1 . . . A-K-X
- " 2 . . . A-Q-X
- " 3 . . . X-X-X-X
- " 4 . . . X-X-X

DECLARACIONES ORIGINALES DE "UNO"

Esta mano representa el mínimo requerido: trece puntos.

- Palo 1 . . . A-K-X
- " 2 . . . A-J-10
- " 3 . . . X-X-X-X
- " 4 . . . X-X-X

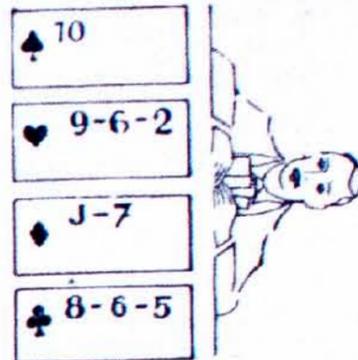
Insuficiente por sólo constar de doce puntos repartidos en dos palos.

Ahora bien; debe ser fácil comprender la dificultad de legislar de una manera uniforme para el buen jugador como para el malo, para el aventurero y para el conservador.

Tampoco puede declararse en la misma forma el jugador que está en zona vulnerable que el que no lo está. Por ello es que deben considerarse las siguientes variaciones:

1.º Un jugador en los casos a) y b), a que me refiero al principio de este artículo, debe considerar suficientes para declarar "un sin triunfo" una cantidad mínima de elementos por valor de doce puntos repartidos en tres palos.

2.º El jugador que da las



cartas en zona vulnerable, no muy seguro de sí mismo, debe poseer un mínimo de trece puntos.

3.º Por lo general conviene ser prudente estando en zona vulnerable y no debe aventurarse un Sin Triunfo con menos del mínimo requerido, a pesar de considerarse eximio carteador.

4.º Debe tenerse siempre presente que el Sin Triunfo original puede dar lugar a otra declaración del compañero que tiene derecho a esperar la ayuda mínima reglamentaria.

5.º El total de trece puntos repartidos en tres palos será siempre y en todas condiciones un buen Sin Triunfo original, pero siempre debe preferirse a él la declaración de un palo bien marcado, como lo explicaré a continuación.

Preferencia por un palo noble

En Contrato, igual que en Auction, debe tenerse presente que existen manos que contienen todos los requisitos que autorizan a declarar "un Sin Triunfo", pero donde esa declaración no corresponde. Esta clase de manos son de dos clases:

1.º Las que contienen fuerzas que justifican un "Sin Triunfo", pero que, así como poseen un palo sin protección, tienen también un palo noble (pique o corazón), compuesto de cinco o más cartas.

2.º Las que con elementos que justifican la declaración de un "Sin Triunfo" poseen un fallo o semifallo de un palo.

Ejemplos de manos con un palo indefenso y cinco cartas de un palo noble:

- Primero:
- Palos mayores: A-J-X-X-X
- A-J-X

- Segundo:
- Palos mayores: K-J-X-X-X
- A-X

- Tercero:
- Palos mayores: Q-J-X-X-X
- K-Q

- Primero:
- Palos menores: A-J
- X-X-X

- Segundo:
- Palos menores: K-Q-X
- X-X-X

- Tercero:
- Palos menores: A-Q-X
- X-X-X

responde la declaración del palo noble y no la de Sin Triunfo. Ejemplos de manos con un semifallo:

- Primera:
- Palo 1 . . . K-Q-X-X
- " 2 . . . A-X-X
- " 3 . . . A-K-Q-X-X
- " 4 . . . X

- Segunda:
- Palo 1 . . . A-K-X-X
- " 2 . . . A-K-X-X
- " 3 . . . A-K-X-X
- " 4 . . . X

- Tercera:
- Palo 1 . . . A-X-X-X-X
- " 2 . . . A-X-X
- " 3 . . . A-K-Q-X
- " 4 . . . X

El palo y no Sin Triunfo es la declaración que corresponde con estas manos.

Declaración inicial de dos Sin Triunfos

En Contrato sólo corresponde una declaración inicial de "dos Sin Triunfos" cuando el declarante desea que el compañero hable en cualquier forma si tan solo posee un quick-trick, es decir, la baza indispensable que le faltaría para cumplir un contrato de "tres Sin Triunfos". Esta declaración debe hacerse con los cuatro palos bien guardados y sólo por excepción se justifica con fuerza anormal en tres palos.

Cuatro Ases en una mano no justifican en Contrato una declaración de dos Sin Triunfos.

y si no están acompañados por fuerzas laterales, la declaración que corresponde es la de "un Sin Triunfo".

Las siguientes manos son ejemplos típicos de "dos Sin Triunfos" originales:

- Primera:
- Palo 1 . . . A-10-X
- " 2 . . . A-Q-X
- " 3 . . . Q-J-X-X
- " 4 . . . K-J-10

- Segunda:
- Palo 1 . . . A-Q-10
- " 2 . . . A-Q-X
- " 3 . . . K-J-10
- " 4 . . . J-10-X-X

- Tercera:
- Palo 1 . . . A-K
- " 2 . . . A-Q-J
- " 3 . . . Q-10-X-X
- " 4 . . . J-10-X-X

- Cuarta:
- Palo 1 . . . A-K-Q
- " 2 . . . A-K-X
- " 3 . . . A-Q-10
- " 4 . . . X-X-X-X

Tomando como base el sistema de 1, 2, 3 y 4 para valorizar las manos de Sin Triunfo, no es difícil calcular el mínimo necesario que justifique una declaración de "dos Sin Triunfos" teniendo tres palos guardados. Ese mínimo absoluto debe ser de 17 puntos. Pero debe tenerse presente que pueden existir manos con un total mayor que no justifiquen la declaración de "dos Sin Triunfos".



Vd. debe Vigilar la Buena Conservación de sus Dientes

Evite el uso de dentífricos ásperos, que destruyen el esmalte. En muchos dentífricos comunes se usan sustancias que actúan como emmeril.

Compare Vd las ampliaciones del microscopio y podrá apreciar el valor de LA PASTA DENTAL ODOL. Como se notará la Pasta ODOL es de una consistencia finísima, que ni aún bajo el microscopio deja ver cristales con aristas ni cantos cortantes. Su valor como agente limpiador reside en su composición química, basada en la experiencia de 40 años de elaboración de artículos para la higiene bucal.

Quien quiera limpiar y cuidar concienzudamente su boca, manteniendo sanos sus dientes y perfeccionando su aliento, deberá usar diariamente Pasta ODOL. espumosa y de sabor sumamente agradable. Si desea recibir gratis una muestra, solicítela a su proveedor o envíenos el cupón.



Nótese las sustancias ásperas y cortantes que contienen los dentífricos comunes.



Comparese la masa finísima y uniforme de la Pasta ODOL.

Usando a diario el ODOL líquido para gargarismo y enjuagador. Ud. destruye el 99% de las bacterias dañinas de la boca y garganta, evitando las caries y el mal aliento. Frascos de ensayo se venden en todas las casas del ramo a \$ 0.30.-



Compañía ODOL, Oro 1801 B. As. Sirvase enviarme una muestra gratis de Pasta ODOL. Nombre..... Dirección.....

# Cómo obtuve mi diploma de piloto-aviador ~ I



En la vuelta al mundo realizada el verano pasado por el Zeppelin, solamente sobre el Pacífico volamos treinta y nueve horas de las fatídicas sesenta que duró la travesía de Tokio a San Francisco, entre nubes y nieblas. Aquello fué una cosa, y esto otra absolutamente diferente.

En el Zeppelin, el Dr. Hugo Eckener, veterano "Rey de las tormentas", se encargó solo de identificar, engatusar, parlamentar, retar y desafiar a los dioses del viento y de la tempestad, mientras la gigantesca aeronave sacudía sus costados de plata, desdeñando las fútiles jugarretas de las turbulentas ventoleras.

La pequeña Falena, briosa como cachorro frente a cachorros, lucha de igual a igual con

**El capitán D. H. Cameron, quien instruyó a Lady Drummond Hay, en lo que se refiere a los detalles técnicos de las pruebas aéreas**

pensamiento fantástico de que mediante la válvula rijo su pulso, regulando las vibraciones del motor según los latidos triunfales de mi corazón, y me sorprende la docilidad con que el breve aparato dinámico obedece a la presión de mis dedos.

¡Ascendemos! Cuatrocientos, setecientos metros. Más arriba, más arriba aun. La tierra se hunde. El aeródromo parece ridículamente pequeño. ¿Cómo podré regresar? Acuden a mi memoria pesadillas de personas que pugnan por pasar por puertas increíblemente pequeñas.

Revolotea en el aire una bandada de parientes de la Falena, trasgos a quienes no reconocerían de seguro como tales ni el Zeppelin ni el Do. X. Ráfagas burlonas juegan con nosotros. ¡Seguimos subiendo, para desplomarnos luego! Buena amenaza por invadir los dominios del viento. En mi ansiedad, levanto la proa, agresivamente. Pasamos de cien a

precauciones de que soy capaz, procurando que el aeroplano no se desvíe de su rumbo, cosa nada fácil ante la tentación de virar en redondo y tomar infraganti a los vientecillos diabólicos que zarandean de arriba abajo y de banda en banda el aparato, jugando con él a "agarra donde puedas" entre las nubes, momentos antes de lograr yo emerger al paraíso suspenso entre tierra y cielos.

Allí podría quedarme indefinidamente, jugando con la sombra que proyecta mi Falena sobre el algodonoso océano de nubes. En aquellas alturas el tiempo no existe. Las impresiones momentáneas de belleza, armonía, gloria ultraterrena son eternas no bien se sienten. De improviso rasga aquel mundo luminoso, que brilla con tersa albura fosforescente, un abismo bostezante. ¡Curioso que no me diese cuenta de ello! Para los que están en la tierra es un desgarrón de cielo azul; para mí, una caverna plutónica.

El capitán ordena que baje. Cierro la válvula y me deslizo. Mi aeroplano, enojado con cintilantes gotas de lluvia, trofeos de las nubes, húndese suavemente hacia el aeródromo, que se va agrandando hasta ofrecer campo suficiente a mi inexperta mano para aterrizar bien, medianamente o mal, según lo quiera mi fortuna del instante.

Estoy aprendiendo a volar.

¡A volar! Mi sueño, desde que, apenas llegada al uso de razón, oí hablar de máquinas volantes. Más tarde viajé en aeroplanos comerciales, privada de la emoción del vuelo por hallarme confinada a la cámara de pasajeros. Luego tuve la oportunidad de participar de los prolongados vuelos del Graf Zeppelin, que cubrieron más de 80.000 kilómetros, disfrutando de los privilegios únicos de penetrar en la cámara de comando y de alternar con los veteranos del aire; en los emocionantes vuelos de prueba de la aeronave gigantesca, seguidos por el primer vuelo transatlántico en 1928, en que la tormenta casi nos hizo zozobrar en mitad del Atlántico y que fué coronado por una formidable recepción en los Estados Unidos. Después siguieron el vuelo a Oriente en marzo del año pasado, el primer viaje de circunnavegación aérea del globo en veintidós días, el verano pasado, y el vuelo a la América del Sur en la primavera última.

En el curso de esos largos vuelos de días de días y noches de noches, fuí familiarizando con el aire, con vientos y tormentas, aprendiendo a ver en la meteorología el mapa de un mundo invisible y la población de un Olimpo aéreo.

Admitida como compañera de "puente" en todos esos largos viajes aéreos, escuché siempre atentamente las conversaciones de los oficiales acerca de la aeronave y las sagaces observaciones del Dr. Hugo Eckener, "Rey de las tormentas", mientras luchábamos con los genios de la atmósfera.

Más que nunca anhelaba vo-

lar yo sola, no ya en la alfombra mágica de un dirigible, sino en las alas de un aeroplano. Soñaba alocadamente en volar en mi propia aeronave; pero un Graf Zeppelin cuesta \$ 200.000; un R 100, más del doble, y todavía no hay dirigibles de segunda mano; ¡no contar con que precisas una tripulación de veinticuatro hombres por lo menos! Por tanto, si quería realizar mi sueño, tendría que volar en aeroplano.

Así es que en mayo de este año, al descender del Graf Zeppelin en Lakehurst, de regreso del viaje extraordinariamente interesante de Europa a Río de Janeiro y a Nueva York, sobre un océano tan puido como un espejo y capeando tremebundas borrascas tropicales y una fuerte tormenta frente a Cabo Hatteras, empecé a realizar mi deseo.

Desde luego, antes de poder recibir mi primera lección tuve que obtener un permiso de aspirante a piloto del Departamento de Comercio de Washington. Lo obtuve después de un examen médico muy estricto que me hizo el Dr. E. L. Ray, médico oficial del Servicio de Aviación de Nueva York. Este examen médico se asemeja más al que exige nuestro Real Servicio de Aviación Británica, que el que se requiere para obtener diploma de piloto civil; pero en los Estados Unidos los reglamentos oficiales son muy rigurosos y ninguna escuela oficial de aviación puede recibir a ningún alumno que no exhiba su permiso de estudiante. En Inglaterra y Alemania no se exige certificado médico antes del aprendizaje de aviación, y aquél puede expedirlo el médico particular del candidato.

Recibí mi primera lección en una de las treinta y ocho magníficas escuelas de aviación del Curtius Wright Flying Service de Valley Stream, Long Island, de la ciudad de Nueva York, y en un sólido biplano Fledgling pilotado por el teniente Daniel Moulton.

El maestro y el alumno están obligados a llevar paracaídas en el curso de estas lecciones. Moulton parecía creer que los aventurados viajes de exploración del Zeppelin me habían enseñado mucho acerca de tales aparatos de salvamento, y se sorprendió cuando le dije que jamás los habíamos llevado a bordo del dirigible.

Vestida con el inusitado "overall" de los mecánicos, abrumada con el paracaídas y sus aditamentos, sentíme molesta e incómoda; pero no tanto como a poco, cuando ya en pleno vuelo, parecióme que el mundo se encorvaba hacia mí como una taza verde. Mi confusión era completa. Jamás el Zeppelin me jugó treta igual. La tierra me pareció siempre plana desde sus bordas; pero ahora se encorvaba burlonamente ante mí, amenazando tocarme por todos lados en la barba con su horizonte, cada vez que Mr. Moulton detenía el aeroplano.

La casa del club, en el Parque Aéreo de Heston

## Por Lady Drummond-Hay



**H**OLA! ¡Despierte! ¡Está soñando? — me grita de estrepitosa en los oídos, a través del teléfono, desde el sollado

de proa, la voz del capitán V. H. Baker, mi piloto instructor.

En realidad, estaba soñando; pero lo negué con un forzado: "No, capitán", dicho por el tubo neumático, sin dar ninguna explicación de mi distracción pasajera y de la inclinación del aparato sobre el ala izquierda.

Pronto me enteré de que el capitán no necesitaba de muchas palabras para expresar sus pensamientos o recibir los míos. Sabía perfectamente bien en qué "soñaba" yo, y probablemente soñaba también él un poquito por su parte, imaginé, al oír por el hilo telefónico un ategre silbido que rompía el silencio de Nubilandia, a 2000 metros de altura sobre la tierra.

La belleza del panorama me extasió. Un mundo mágico de cielo azul, un manto de luz solar sin manchas, un iridescente océano de nubes nudosas, albas montañas centelleantes, valles opalescentes, cordilleras perlinas, grietas siniestras, en una de las cuales debo sumir a la Falena minúscula, rumbo a tierra, hacia la realidad; pero no todavía.

—¿Tiene frío?—me preguntó, y añadió en tono de aliento: —Aquí arriba no corre peligro de resfriarse.

Yo no tenía frío, antes bien, sentía correr extática y jubilosa la sangre por mis venas. Aquel mundo maravilloso era mío por derecho de descubrimiento. Lejos de otros seres humanos, aquella gloriosa visión caleidoscópica de segundos nos pertenecía, exclusivamente, para siempre.

Miles de hombres han alegado antes que yo derechos a un trozo mágico de cielo; miles después de mi enriquecerán sus almas y su imaginación con la vista de ese ilimitado país de hadas, porque ese mundo siempre cambiante y jamás hollado por sus transeúntes y peregrinos brinda más reinos que cuantos aspiren a poseer todos los mortales alados.

El vuelo entre las nubes, por encima, por debajo de ellas, descendiendo al mundo terrestre, no era cosa nueva para mí. En el recorrido de más de 80.000 kilómetros del Graf Zeppelin tuve tiempo y oportunidad sobrados para convertirme en "ciudadana del aire".



Lady Drummond Hay y el capitán V. H. Baker

las brisas traviesas y las rachas curiosas, afrontando el reto de los malhumorados dioses del viento con arrojo, audacia y tenacidad.

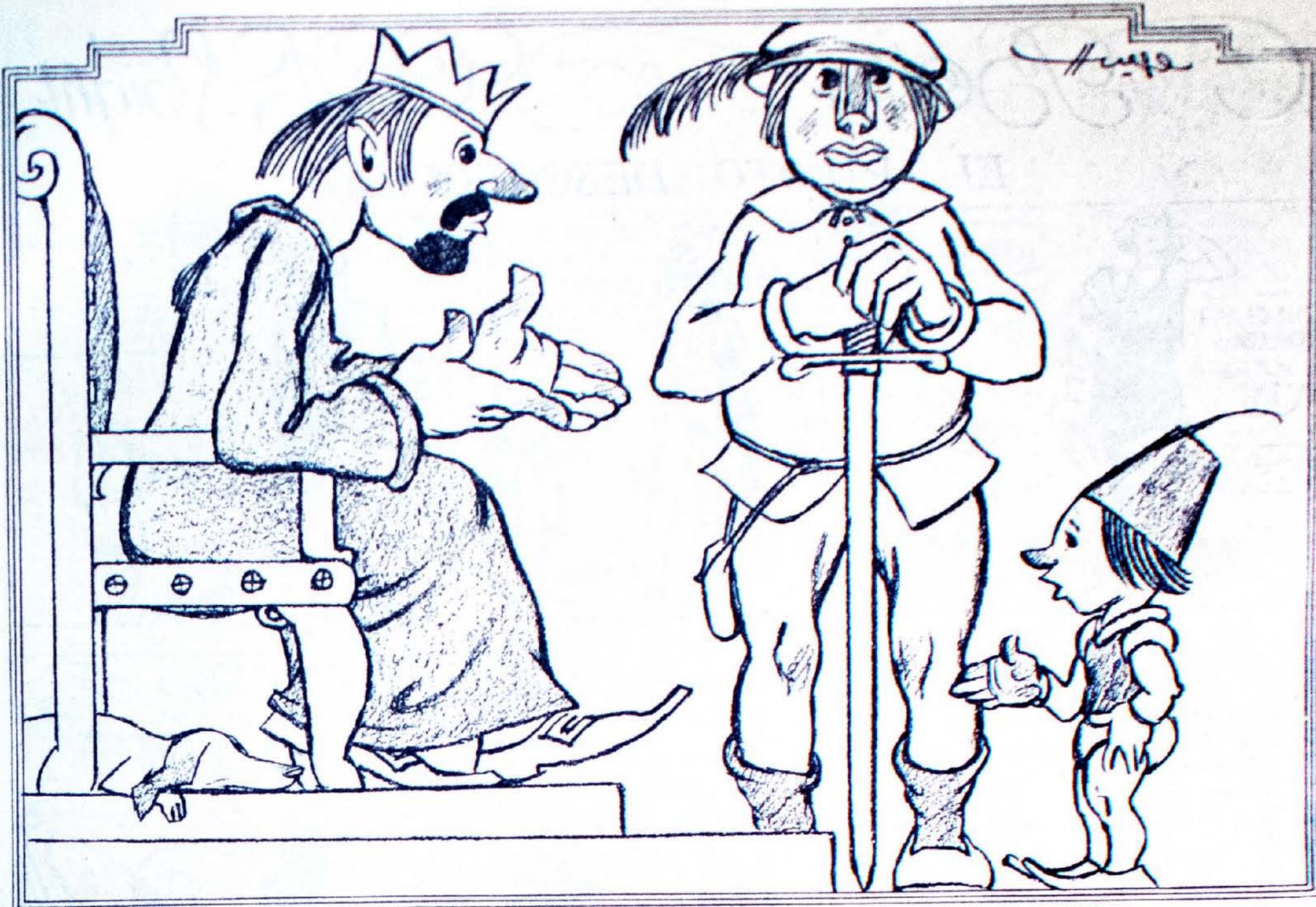
Media hora antes, plegadas las alas como dormida libélula, yacía inanimada en tierra. De pronto las abrió, y mientras nos instalamos en el sollado: "Condúzcalo usted", me dice el capitán por el tubo neumático. Yo abro la válvula; el pequeño aeroplano, trémulo de vida, salta con la impaciencia del deseo. Estamos en el aire.

Todavía no puedo sobreponerme a la emoción de animar con vida y movimiento un aeroplano; aún me temblan las

ochenta, a setenta y cinco kilómetros por hora. La aguja indicadora de la velocidad relampaguea más allá de la señal roja del tablero, a los ochenta. Casi tímidamente, pico de proa para recobrar velocidad, agradeciendo al capitán que haya tenido la gentileza de pasar por alto mi yerro, en silencio elocuente.

Nubes a los mil trescientos metros. Una atmósfera húmeda y fría nos envuelve. Delante, detrás, a derecha y a izquierda no veo más que nubes. Sin despegar los ojos de los instrumentos, vuelo con todas las





**M**ACEN muchísimos años vivían en el país de Gales un hombre llamado Tegide Vael y su mujer Caridwen. En dicho país se usan nombres verdaderamente complicados! Este matrimonio tenía dos hijos, una niña linda como un sol y un varón extraordinariamente feo. Para compensarlo por esa fealdad, su madre, que era una bruja muy famosa, resolvió obsequiarle con una sabiduría igualmente extraordinaria, que le permitiera ocupar un lugar respectable entre los sabios del mundo.

Para hacerlo, encendió la caldera de la Inspiración de la Ciencia, a fin de poder destilar tres gotas de un elixir precioso, gracias al cual conocería el porvenir y los secretos del mundo entero. Esta mezcla debía hervir continuamente durante un año entero, encargando a Gwin que revolviere el contenido y vigilara constantemente el fuego.

Pero cuando sólo faltaban pocos días para que se cumpliera el año, mientras revolvió la mezcla cayeron tres gotas de licor mágico sobre Gwin. Como éste sintiera que le quemaban, llevó el dedo a la boca e inmediatamente comprendió que todo lo sabía. Lo primero que supo era que Caridwen tenía la intención de hacerlo morir cuando terminara su trabajo, y para evitar esto huyó precipitadamente, abandonando la caldera.

No tardó en aparecer la bruja que, viendo perdido el trabajo de un año, se puso a perseguir al fugitivo para vengarse de él. Gwin se transformó entonces en una liebre, pero ella lo hizo a su vez en forma de galgo. Corrió la liebre hacia el río, arrojándose a él ya convertida en un pez, pero su perseguidora adoptó la forma de una nutria. Viendo el peligro que corría, Gwin se hizo golondrina, pero la bruja lo persiguió como halcón. En el momento en que se precipitaba para apoderarse de él, Gwin se transformó en un grano de maíz, ocultándose entre otros iguales. La bruja se convirtió entonces en una gallina que buscaba afanosa un grano, desparramando a los otros con las patas, y cuando lo encontró por fin y se disponía a devorarlo, Gwin se transformó en un niño pequeño y tan hermoso, que Caridwen no tuvo valor para matarlo, limitándose a encerrarlo den-

tro de una bolsa de cuero, arrojándolo al río.

La corriente llevó la bolsa a un lugar donde se encontraba pescando Elfin, hijo de Gwiddno, noble caballero que poseía un magnífico castillo en los alrededores.

Sintiendo que algo tiraba de su línea, Elfin recogió el hilo, hallando en vez del pez que creía encontrar, una bolsa de cuero. Las personas que lo acompañaban hicieron círculo alrededor suyo para ver lo que había en ella, y al ver al pequeñuelo, uno de ellos exclamó lleno de admiración:

—“Taliesin!” — Lo que quiere decir en su dialecto “Frente Radiosa”.

—Pues bien, se llamará Taliesin — declaró Elfin tomándolo en sus brazos.

En el camino el niño comenzó a cantar, lo que llamó la atención de Elfin, que le hizo muchas preguntas. Taliesin respondió a todas y le refirió además las transformaciones que había sufrido antes de llegar a ese lugar.

—Traigo algo que vale más que cualquier pescado — dijo Elfin a su padre.

—¿De qué se trata? — preguntó éste.

—Traigo un poeta — respondió Elfin.

—¿Cómo, ese pequeñito es un poeta? — exclamó incrédulamente Gwiddno.

No tardaron en convencerse de su sabiduría, tomándolo en un gran cariño en la pequeña corte y llegando también su fama hasta la del caballero Gwynedd, vecino y pariente cercano de Gwiddno.

Un día, encontrándose Elfin en la corte del caballero vecino, oyó a sus cortesanos proferir mil alabanzas sobre su rey, declarando que no existía nadie que se le pudiera comparar ni a él, ni a su mujer, ni a sus bardos.

En aquella época cada caballero era un verdadero rey en su comarca y la costumbre quería que ese dedo no es suyo, y estas tres razones lo probarán.

tas a quienes correspondía responder siempre a cualquier pregunta que se le formulara.

—No siendo rey no puedo competir con otro rey — dijo Elfin con despecho —. Pero en cuanto a mi mujer desafío a que haya otra tan virtuosa, y en cuanto a mi bardo, vale él solo más que todos los que pueda tener vuestro rey.

Los cortesanos repitieron estas palabras a su rey, quien ordenó que Elfin fuera encerrado en una prisión hasta que hubiera probado la virtud de su mujer y la sabiduría de su bardo. Cargaron al pobre joven de pesadas cadenas y, mientras tanto, el rey envió a su hijo Rhon a la corte de Gwiddno para que se cerciorara de la virtud de la dama.

Rhon partió resuelto a hacer lo posible para comprometer a esta última.

Afortunadamente, Taliesin supo lo que pasaba y aconsejó a la dama que cambiara su ropa por la de una ayu-

danta de cocina, a la que llenó de joyas, disimulándose ella entre las otras personas de la servidumbre.

Estaban todos sentados en la mesa cuando apareció Rhon. La sirvienta, vestida de reina, lo invitó a sentarse a su lado, y el caballero se arregló de manera que ésta no tardó en quedarse dormida, no se sabe si por exceso de vino o por la influencia de algún narcótico que él le administrara disimuladamente. Entonces Rhon le cortó el de-

do en que se hallaba el anillo de matrimonio y se apresuró a regresar a su casa con la preciosa prueba. Gwynedd hizo sacar a Elfin de su prisión, y loco de alegría le mostró el anillo revelador.

—¡Oh, poderoso rey! — exclamó Elfin después de unos minutos de meditación —. Reconozco el anillo que es realmente el que regalé a mi esposa, pero sostengo que ese dedo no es suyo, y estas tres razones lo probarán.

La primera es que este anillo no se sostiene ni en el dedo pulgar de mi mujer sin que se ponga otro más pequeño para impedir que se le caiga. Tan finas son sus manos, mientras que resulta fácil observar que ha pasado con dificultad por la coyuntura de este dedo. La segunda razón es que las uñas de mi mujer están siempre perfectamente cuidadas y pulidas y ésta no lo ha estado nunca; y la tercera razón es que este dedo muestra claramente que su dueña ha trabajado con él en trabajos rudos, mientras que los de mi esposa son suaves como la seda.

Furioso, el rey ordenó que el prisionero fuera conducido nuevamente a su prisión hasta que pudiera probar lo que había dicho sobre su bardo.

Este llegó al palacio un día que se hallaba reunida toda la corte y le fue fácil esconderse entre la servidumbre que se encontraba en un rincón de la gran sala de recepciones.

Cuando los bardos de la corte se acercaron para entonar leas a su soberano, Taliesin les miró fijamente haciendo una mueca con sus labios y diciendo: “Fu, fu, fuit”.

Los bardos le miraron sin detenerse, pero cuando quisieron iniciar sus cantos no pudieron proferir más sonido que “Fu, fu, fuit”.

El rey creyó al principio que lo hacían de intento y que eso formaba parte de una broma chistosa, pero al ver que insistían siempre en lo mismo, comenzó a creer que estaban ebrios. Entonces uno de los bardos explicó que se encontraban bajo la acción mágica de un poderoso mago que, adoptando la forma de un niño pequeño, estaba oculto en un rincón de la sala.

Gwynedd lo hizo acercar y le interrogó, quedando asombrado ante sus réplicas y sus cantos, no teniendo más remedio que reconocer su enorme superioridad.

Cuando por orden suyo apareció Elfin, cargado de cadenas, Taliesin cantó:

Soy yo Taliesin  
Que he de lograr  
Tus cadenas quebrar  
Y a tu prisión poner fin.

En ese momento cayeron las cadenas que sujetaban al preso.

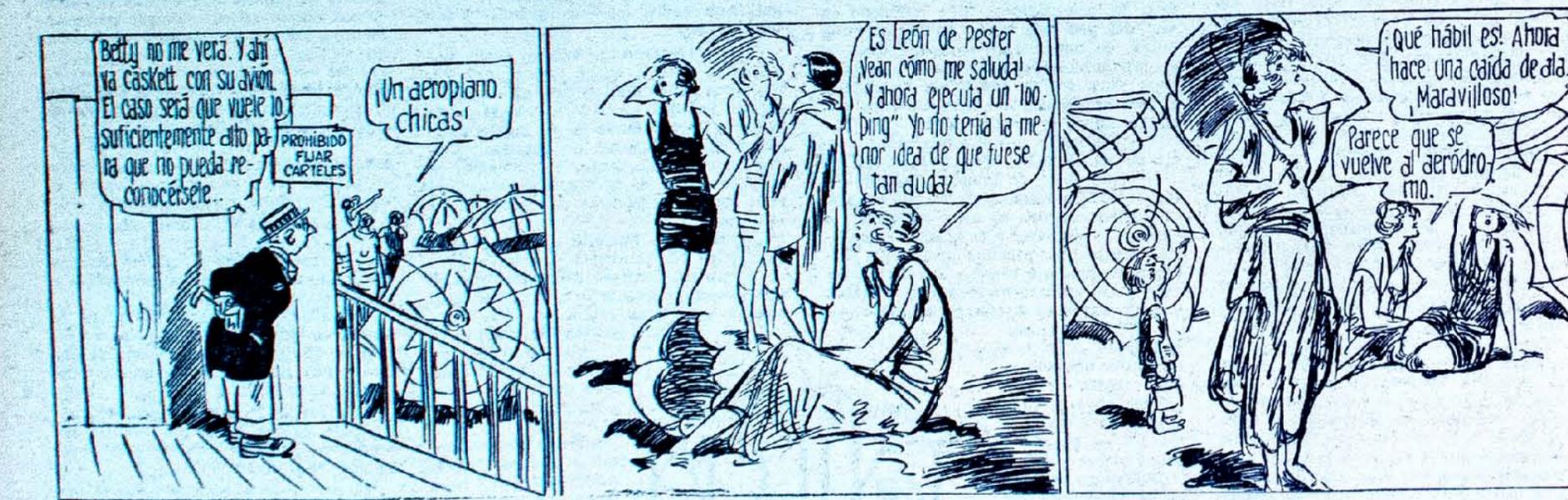
El rey rogó a Taliesin suspendiera el sortilegio de sus bardos, prometiendo no perseguirlo más en adelante lo mismo que a Elfin y a su familia.



Ilustración de J. C. HVERGO

# Betty POR C. A. Voight

## EL PILOTO DESCONOCIDO



# BIBLIOGRAFIA NACIONAL Y EXTRANJERA

## "EL HIJO AJENO"

Por CARMEN PIRIA

EN un libro anterior de Carmen Piria señalamos las fuertes virtudes que asomaban en la personalidad de la autora. Eran aspectos fragmentarios de diversos géneros, por los que, sin embargo, era dable apreciar una nobleza sentimental poco común y un refinamiento artístico promisor de alto destino.

Alternaba entonces el concepto filosófico con las galas poéticas y, diestra en concertar la dulzura fraternal y la lección de energía ante el suceso actual o la reflexión sobre definiciones literarias perdurables, infundía a su obra la gracia de que estaban llenas sus manos y una admirable inspiración evangélica, que es ruta segura de todo bien. Quien leyere era atraído no por el mérito literario, un tanto recóndito, sino por la fuerte simpatía que suscita toda acción generosa.

Apreciábamos por igual un bizarro espíritu que iba a campar por la bondad doctrinaria y la justicia social y un alma lírica cuyas escogidas eufonías hallaban sus más ricos y ciertos acentos en la ternura esencial de su armonía.

Avanzando en el propósito y sostenida por las altas modalidades señaladas, Carmen Piria afronta ahora la novela, género que conviene perfectamente a toda magna inquietud y único de los literarios que aun no ha definido sus líneas y los conserva equidistantes de la poesía épica y de la dramática.

Pertenece "El hijo ajeno" a lo que en los géneros modernos se ha denominado novela psicológica, cuyo asunto se forma con interioridades del espíritu y la pintura de afectos íntimos.

La realidad de sus personajes y la suavidad de los rasgos que esfuma la degradación del color, componen con igual eficacia el cuadro de costumbres, en el que logra tonos propios por el contraste de la firmeza del trazo y la suavidad de la gama. Sin la afición filológica que tanto ha de enriquecer su arte, resultan en la autora las virtudes principales del novelista en su imaginación, delicadeza y finura sentimental, que se trueca en las agraciadas formas de la acción, fingida o real, y sostiene en toda la descripción el plan estético propuesto.

La novelista ha logrado la representación artística de la belleza dramática de la vida humana, que es el origen novelesco, y ha sabido disponer con eficacia de la fuerza fundamental del género, la que consiste en no ser puramente subjetiva ni exclusivamente objetiva; en substituir con oportunidad la forma dialogada por la narrativa y en ofrecer en las descripciones la contemplación de los hechos de la realidad misma, ante los cuales se olvida la personalidad del autor.

Carmen Piria deja en este libro sagaces observaciones sobre la sociedad actual, porque ha sabido trabajar con la am-

## COMENTARIOS ACERCA DE LA PRODUCCION ACTUAL LOS DEBERES DE LA CRITICA

EL imperioso apotegma de Víctor Hugo: "la crítica no tiene más derecho que el de callar", fué tan sólo un rasgo de malhumor, que, como todo lo excesivo, careció de eficacia. La crítica no calló, y el mismo poeta continuó solicitándola con interés, siempre que le resultara favorable: debilidad de sentidos que realizaba, por el contrario, la importancia de aquella función racional. La comunicación de ideas y de emociones en que consiste el objeto social del escritor, requiere la apreciación igualmente pública que denominamos crítica, y que complementando así dicho propósito, constituye un género literario de primer orden. El lector más pasivo, hace crítica a su vez, cuando continúa o abandona la lectura empezada, porque le interesa o no. La producción intelectual es inconcebible sin la crítica. Esta es, en suma, el derecho de apreciación, que, según queda dicho, empieza con la misma lectura. Pero su ejercicio como función pública, metodizada con carácter magistral, y mucho más si es anónima, impone deberes de honor y de probidad, tan interesantes como los que constituyen la responsabilidad de cualquier función gobernante. Crítica es, efectivamente, gobierno, como todo cuanto importa dirección colectiva.

Cuando se trata — y es nuestro caso — de una literatura en formación, el primer deber de la crítica es la indulgencia. La conocida declaración de Franklin ante el primer globo de Montgolfier: "no sé para

qué podrá servir un recién nacido" — requiere, en la ocasión, este complemento: pero sí que ello no me da el derecho de matarlo; antes me impone la obligación de favorecer su desarrollo, indispensable a la formación del espíritu nacional, que transforma la realidad puramente geográfica del país en la entidad superior de la patria. Esto no puede hacerse más que por medio de la educación y la instrucción cuyo instrumento es el libro, sin el cual tampoco hay maestro ni alumno.

Pero el deber de indulgencia tiene una doble limitación que a su vez formula sendos deberes: uno moral, y es el de impedir que la función del escritor degenerare en exhibición vanidosa, mediante el simulacro de la originalidad y de la trascendencia, que constituyen siempre un embrollo, conspira contra la precisión y la claridad; y otro técnico, que consiste en mantener la norma estética de la proporción y la norma gramatical de la expresión inteligible, que puede no ser regla académica, pero que debe corresponder a la índole del idioma. La honradez intelectual es una síntesis de la precisión, la claridad y la brevedad consiguiente; y el esfuerzo que cuesta su ejercicio, es el precio de la honra inherente a la profesión de escritor practicada con nobleza: vale decir, teniendo por objeto el honor, que es virtud profunda, no la vanidad, que es complacencia exterior, como el lujo y el afeite. Los correspondientes vicios de intolerancia clásica, o siste-

mática imitación de modelos; rigidez preceptiva o formalismo retórico, y gramaticalismo tiránico en que la crítica puede caer, señalan un deber más: y es el de la liberalidad estética que da preferencia a la vida defectuosa sobre la perfección inanimada, desde que sólo la vida comunica vida, realizando el objeto social — y principal — del escritor. La crítica retórica y gramaticalista, es política, pero no gubernativa. Casa de dómicos. Y por esto, su predominio es un país, es indicio de literatura pobre. Así aquel preceptismo alexandrino que Zoilo personificó, aun cuando fueran justas, como fueronlo en verdad, sus observaciones gramaticales a Homero. La comprobación de tal cual solecismo, no disminuye la grandeza de la *Iliada*. Es mérito del profesor, más que defecto del poeta. Sirve a Zoilo sin perjudicar a Homero. La enmienda gramatical no es, pues, crítica, sino didáctica. La crítica, propiamente dicha, es obra estética.

La libertad de apreciar, que constituye su derecho, hállese contenida en el deber de hacerlo bajo un concepto de servicio social. Es libertad dentro del orden. El orden estético que consiste en cuatro cosas: la norma de proporción, la claridad, la precisión y la originalidad de expresión o de pensamiento. La libertad que lo niega, es, pues, anarquía; y en los dominios de la estética, la anarquía recibe el nombre de fealdad. Con lo que la crítica viene a ser la defensa de la belleza. — \* \* \*

lectual. En una prosa lírica, rica en imágenes, muchas de ellas de una evidente belleza, González Tuñón hace la apología moral de su biografiado. Aunque sus impresiones personales, expuestas en una gratitud muy digna y muy cordial, y nos muestra el alma de aquel escritor, que no sólo supo escribir una obra maestra como "Don Segundo Sombra", en que pintó de una manera precisa la pampa argentina y su gran animador, el gaucho, sino que fué el precursor, con "El congreso de cristal", de un vigoroso movimiento de renovación literaria, y sobre todo lírica, en una época en que ni siquiera en Europa se hablaba todavía del vanguardismo y demás "ismos", y que vivió siempre atento a las palpitaciones de la vida moderna, comulgando con todas las bizarrías juveniles y alentando, paternal y noble, todos los impulsos, todos los rasgos líricamente rebeldes de la nueva literatura.

La figura intelectual de Ricardo Güiraldes surge de esta apología con toda su belleza. Y hasta cuando penetra en las intimidades afectivas y sentimentales del escritor nos lo muestra como lo que realmente fué: un espíritu equilibrado y sabiamente ponderado; un gran artista, amante de la belleza en sí, en lo que tiene de noble y de estimulador, a la vez que un niño, un niño bondadoso y puro en su constante y total entrega a todos los afectos del alma, desde el amor por la esmerada, al que no exigía sino una cosa: inteligencia comprensiva.

No es, por cierto, la "Apología del hombre santo" una biografía de Ricardo Güiraldes, ni el autor ha pretendido realizar tal labor con ella. Es más bien un poema, un bello poema, rico en emoción y en poesía, consagrado a la memoria del leal amigo que se fué.

### "AROMA DEL TIEMPO VIEJO"

Por HÉCTOR DE ARAVENA

CON una trama amorosa, sencilla, a la par que llena de vigor, Héctor de Aravena, joven y ya prestigioso escritor chileno, evoca en su novela "Aroma del tiempo viejo" la vida y las costumbres de la época colonial en una villa del sur de Chile, la aristocrática Curicó, cuna de muchos hombres ilustres en las diversas ac-

hora motivaron tan copiosos comentarios.

La forma dialogada atrae la preferencia del autor, quien vuelve a utilizarla en otros trabajos del presente libro, sin que convenga a las modalidades de sus creaciones ni las beneficie. Así es "El drama de Agamemón", cuyos personajes son seres de la vida real que irrumpen inopinadamente en escena para explicar su drama al director cuando el telón se levanta y los espectadores contemplan entusiasmados la escena que suponen fingida. Tales obras pueden considerarse un ensayo de teatro sin público, que por bien inspirado merece elogios, pero de escaso provecho, pues lo inevitable de cualquier interrupción a los intérpretes con el telón alto es el fracaso del espectáculo y la legítima demostración del desagrado del público. En "La paradoja utilizable" intenta también el autor un alegato en favor de determinada tendencia teatral, que se propone transmitir a los auditorios extrañas realizaciones dramáticas, sin tomar en cuenta los medios por que debe llegar al público el autor, según el interés de la intriga y los efectos de la presentación escénica.

En los demás trabajos que componen este libro se advierten plausibles atisbos estéticos y un fuerte colorido, como en "El ritmo", que necesitarían más riqueza de recursos literarios y una rigurosa selección. Evitaría así un enfadoso tono docto y la afectada erudición, que es tan notoria en páginas como "Emanuél", de dificultosa lectura por la causa dicha.

Mayor dominio artístico tiene el cuento final, "Diálogos de amor", de clara delicadeza sentimental y sencillo estilo, en lo que ha de lograr el autor sus mejores expresiones si cultiva con empeño esa afición literaria.

### "APOLOGIA DEL HOMBRE SANTO"

Por ENRIQUE GONZALEZ TUSÓN

RINDE el autor en esta obra su tributo de admiración, a la par que de gratitud, a la memoria de Ricardo Güiraldes, el malogrado autor de "Don Segundo Sombra". No se ocupa, por cierto,

en el análisis de la obra literaria del gran escritor desaparecido, sino que va a hurgar, con emoción incontinente, en los rasgos que prestigiaron la figura moral de Güiraldes, no menos valiosos que su labor inte-

## LIBROS ESPAÑOLES AL PRECIO DE ESPAÑA

Toda clase de libros españoles, los enviamos por correo certificado seguidamente, cobrándolos al precio que los mismos marcan para España, garantizando que nuestros servicios son siempre de libros nuevos. Envíe cheque, giro o en forma que desee, con el importe de los libros que nos pida y los recibirá en dichas condiciones, corriendo todos los gastos de envío por nuestra cuenta. Citamos algunas colecciones importantes:

- CERVANTES—Obras completas. Un volumen de 1853 páginas, editado a todo lujo, piel flexible, pts. 50.—
- SHAKESPEARE — Obras completas. Un volumen de 2197 páginas, editado a todo lujo, piel flexible, pesetas 50.—
- SANTA TERESA DE JESUS — Obras completas. Un volumen de 1.400 páginas, editado a todo lujo, piel flexible, pts. 40.—
- GALDOS, EPISODIOS NACIONALES — 46 tomos en rústica, pts. 138.—
- BLASCO IBÁÑEZ — Obras completas. 37 tomos. En rústica, pts. 185.—
- RAMON PEREZ DE AYALA — Obras completas. 19 tomos. En rústica, pts. 95.—
- BENAVENTE — Teatro completo. 35 tomos. En rústica, pts. 175.—
- HERMANOS ALVAREZ QUINTERO — Teatro completo. 31 tomos. En rústica, pts. 155.—

Servimos en iguales condiciones cuantos libros desee, facilitando catálogos gratis. Nuestra crédito y organización garantizan nuestra sensacional oferta.

### CREDITO EDITORIAL HERNANDO

CARRETAS, 27-29. Apartado de Correos 1.003. MADRID (ESPAÑA)

### ACABÁ DE APARECER:

MANUEL TASSANO

Revelaciones Históricas del Valle de Punilla Sierras de Córdoba 1585 - 1930

Elegante volumen, con grabados y planos . . . \$ 4.—

J. LAJOUANE & Cia., editores "Librería Nacional"-Bolívar 270

## LETRAS FRANCESAS

Por GEORGES PILLEMENT

(Para LA NACION) PARIS, enero de 1931.

tividades del vecino país. Con un estilo fácil y ameno, ligeramente matizado de giros arcaicos—los indispensables para dar a la obra el carácter de la época en que se desarrolla la acción—, el autor nos transporta a los últimos días de la colonia, en la Villa de San José de Curicó, emplazada por Ortiz de Rozas en 1747 al pie del cerro de la Buenavista, en una de las regiones más fértiles y más pintorescas del Sur de Chile. La psicología de los personajes de la época, de costumbres santas y austeras, a cuya mentalidad los más simples problemas, especialmente sentimentales, adquirirían caracteres de tragedia; el empaque de las costumbres, sobrias y a ratos tocadas de tintes épicos; la sencillez de los usos, que choca con la complicación de la vida moderna, todos, en fin, los detalles de caracteres y ambiente que tienden a acentuar la sensación de la época han sido estudiados y descritos por el señor Aravena con una minuciosidad tal que pone de relieve no sólo sus condiciones de narrador y observador sagaz, sino una paciente y minuciosa labor de documentación, que acerca su obra a una seria investigación histórica. El argumento, que se desarrolla con fluidez, salpicado con acertados toques de emoción dramática, y el estilo, ligero y ágil, preciso en los conceptos y rico en imágenes, hacen que la obra se les con interés siempre creciente y que los personajes adquieran vida propia y una animación poco común.

Completa la obra, paralelamente con su argumento, una explicación histórica del porqué Curicó no alcanzó a tener su título y su escudo de "Noble y leal ciudad" que alcanzaron villas rivales, como Talca, San Fernando y otras, y está ilustrada con una serie abundante de croquis a la pluma del propio autor.

## "A BOOK OF THE BASQUES"

Por RODNEY GALLOP

POCAS veces se habrá trazado una impresión panorámica más universal de un país, en lo que atañe a amplitud genérica, que ésta. Aclárese de primera intención que la tarea abundaba en dificultades. Constituyen los vascos una raza "de cuyo origen tan poco se sabe y que ha ejercido tal fascinación sobre etnólogos y filólogos de todas las nacionalidades", que ha de pesarse mucho la palabra nueva sobre ellos antes de pronunciarla. Pero un factor de extraordinaria preponderancia para la comprensión íntima de cualquier asunto, cual es la simpatía humana que por el mismo se sienta, correspondía posesivamente de antemano a Mr. Rodney Gallop, como lo revela en la dedicación muy expresiva, con que se abre el libro. Y a esta simpatía se sumaba, en estrecha relación en este caso particular, el acopio de conocimientos fidedignos recogidos durante una larga residencia en la singular región que comprende el nordeste de España y el sudoeste de Francia.

Tiene hasta cierto punto un carácter polémico "A book of the basques". En sus capítulos iniciales se practica una revisión solícita de las publicaciones de mayor importancia acerca de la materia. De ese balance imparcial no se desprenden acuciosas conclusiones favorables para los respectivos trabajos. (Se ha escrito tanto sobre bases de insuficiente solidez! Se ha atribuido tanta veracidad a los resultados de la alianza de la fantasía con un exaltado amor propio racial! Mr. Rodney Gallop auna algunas teorías y opiniones; desecha otras y tacitamente conviene, al fin, con Oihenart, en que "es difícil escribir la historia interna y exterior de esta raza, porque no existe ni un solo documento antiguo que a ella se refiera".

Acaso por entenderlo así con sinceridad, ha preferido plantar Mr. Gallop cuadros de factura bien objetiva, en lugar de insistir en disquisiciones aventuradas sobre los orígenes y vicisitudes de los vascos. Ha revestido de esta manera a su obra de un carácter informativo y literario, que conviene resaltar en su valiosa complejidad. Leyendas, cantos populares, la música, juegos, edificación, supersticiones, artes decorativas, pastorales — capítulo este en que incurre en el error de asignar un papel privativo de las gentes vascongadas a la fiesta medieval de "moros y cristianos" que se encuentra, en forma derivada o semejante, en

## "Regain"

DOS clases de libros apasionan actualmente al espíritu público: los que nos traen un perfume de exotismo y nos hacen conocer diversos aspectos del mundo que casi ignoramos, como "La voie royale", de André Malraux, o "Malaisie", de Fauconnier, que acabó de obtener el premio Goncourt. Son quizá los libros de Paul Morand los que han originado esta afición, que favorece por reflejo a las traducciones de novelas extranjeras, cosa que nos permite esperar un gran éxito para las novelas hispano-americanas, cuya traducción se anuncia.

Las demás novelas que tienen éxito de lectura manifiestan también esa afición a las costumbres ignoradas, esa curiosidad por conocer nuevos tipos de humanidad; pero no se va a buscarlos tan lejos, sino en el mismo corazón de Francia, en los países pobres y montañosos, mal conocidos, que han guardado un color y un carácter capaz de rivalizar con el de los países remotos más curiosos. El título del libro de Paul Morand "Rien que la terre" puede servir de símbolo a esta afición, pues trátase de conocer toda la tierra, la tierra en aquello que guarda todavía de más oculto, secreto y misterioso.

Esta vuelta a la novela campesina se halla particularmente caracterizada por los libros de Jean Giono. Mientras Ramuz, que puede ser considerado como su maestro, no ha cesado nunca de ser combatido y discutido, Giono de pronto seduce al público con los mismos medios que emplea Ramuz y que éste no ha logrado aún hacer

otras regiones españolas —, han merecido reseñas detalladas en que se advierte una profunda firmeza descriptiva. Estudia, asimismo, los caracteres de los vascos peninsulares y de los vascos franceses, y establece un plano comparativo de sus actividades que aporta curiosos e ilustrativos datos, pues mientras se observa el estado estacionario de los vascos franceses, que numéricamente ascienden a unos 100.000, cantidad bastante inferior a la de sus hermanos, los vascos españoles, éstos dan muestras en el transcurso de las diversas épocas hasta nuestros días, de una sorprendente movilidad, que se traduce, también, en un progreso considerable al llegar la era industrial.

Vale decir que "A book of the basques", que no cabe resumir en una breve nota, se hace acreedor, por su realización, espíritu e índole, al elogio y se recomienda por su excelente documentación a aquellas personas, que entre nosotros componen legión, que se interesan por los fuertes rasgos del país vasco. Ilustran en profusión el libro unas magníficas fotografías tomadas por Mr. Rodney Gallop y unos dibujos, verdaderamente plenos de gracia, originales de la esposa del autor.

Avalora el volumen una extensa bibliografía sobre temas vascos.

## "SOMBRAS EN EL MAR", DE MARGARITA ABELLA CAPRILE, Y LA CRITICA FRANCESA

"SOMBRAS en el mar", el último libro de nuestra compatriota Margarita Abella Caprile, ha merecido múltiples comentarios elogiosos de la crítica francesa. Extractamos de algunas publicaciones francesas los párrafos principales que se refieren al libro de nuestra colaboradora.

En "Comœdia", del 12 de diciembre, Jean Casabianca dice entre otras cosas:

"Hasta ahora, esta bella criatura inspirada nos había conmovido con la nostalgia de un mundo nuevo, que ella había descubierto en sí misma y en donde se reconocía el alma americana. Nos había llevado consigo sobre las pampas en un vuelo maravilloso; sobre las pampas de las oleadas verdes, de los horizontes sin límite, de las soledades inmensas, donde el ser humano, contemplativo y pensante, se encuentra frente a sí mismo.

"Hoy nos conduce al mar caprichoso y azul, al mar profundo como el cielo que refleja, al mar de las sombras secretas y fugitivas, al mar misterioso

admitir. Téngase en cuenta, por otra parte, que Ramuz penetra quizá más dentro del espíritu de sus paisanos y refleja mejor su estilo, aunque lo transcribe con la pesadez de su lenguaje y la lentitud de su pensamiento, mientras que Giono tiene una escritura más elegante, más artística, un lirismo más límpido, más soleado; pero esto no provendrá de que el uno describe las brumas de la Suiza francesa, mientras que el otro vibra bajo el sol de plomo de los montes de Provenza?"

La última novela de Giono es todo un acierto. Nos muestra la agonía de una de esas aldeas de Francia aplastadas por un clima rudo, que sus habitantes abandonan uno tras otro y que acaban por ser abandonadas. Mas ha quedado un hombre, que vive de la caza, solitario, con el corazón anegado en primavera, viendo la resurrección de la naturaleza. Pero le cae una mujer del cielo y pronto planta para ella trigo y hace fructificar el suelo; la cosecha será espléndida, nacerán los hijos y otro trabajador vendrá a instalarse con su familia, y entonces se producirá la resurrección de la aldea abandonada, el "regain". Es un libro lleno de poesía, saturado de un puro amor a la tierra, un libro que nos emociona por su fervor y su ternura.

## "Aux mains des innocents"

Diversas novelas de exquisita

"cuyo cabello blanco se enmaraña". Llegamos aquí a la indole cambiante de las cosas, llegamos a la amargura armoniosa de nuestros destinos efímeros.

"En vasta cabalgata, el espíritu se siente transportado más allá de las tierras y de los mares, y el corazón se trastorna ante una canción extraña".

Refiriéndose también a "Sombras en el mar", Francis de Miomandre ha dicho entre otras cosas lo siguiente en la revista "L'Esprit Français":

"Hay en el talento y en el alma de Margarita Abella Caprile algo indefinible, un cierto encanto al mismo tiempo tierno y desesperado. Ama ciertamente la vida y sabe ver su belleza, pero hay, en su manera de aprehenderla, una especie de temor, una secreta repulsa. Parece que la tocara sólo de lejos, a través de una capa de aire. Es, sobre todo, sensible a algunos de sus aspectos (los más raros), y escucha algunas de sus resonancias (las más imperceptibles para los oídos vulgares).

"La crítica ha hecho notar que la autora de "Sombras en el mar" se siente atraída por el misterio, por el más allá. No es del todo exacto. O, por lo menos, habría que entenderse sobre el sentido de la palabra misterio. Es en la vida misma, la más familiar, la más simple, donde Margarita Abella Caprile encuentra sus emociones más sutiles y menos terrenas. ¿Con qué procedimiento? Lo ignoro. Pero sé que todo esto es tan disimulado, tan escondido (por un exceso de simplicidad justamente), que un lector distraído podría leer su obra tres veces sin advertirlo. Pero es condición de los bellos libros "n'avoir l'air de rien", como algunas caras que, en el momento no producen ninguna turbación, y que luego nos sorprenden al sentir las profundamente impresas en el alma.

"Su visión del mundo es una especie de paisaje hecho únicamente de efluvios y de resplandores que se intercambian".

Por su parte, E. Martinèche dice en la "Revue de l'Amérique Latine":

"Debíamos ya a Margarita Abella Caprile dos volúmenes, de los cuales se desprendía una sensibilidad original y delicada: "Nieve" y "Perfiles en la niebla". En su nuevo conjunto de versos se hallará la misma cualidad, pero en este último su arte aparece más flexible y más penetrante la anotación sentimental. Como lo dice la autora en una de sus más bellas composiciones, el destino le prepara

ropa por lo menos, en manos de los inocentes.

## "Souvenirs d'un étudiant pauvre"

Al mismo tiempo que publica un libro muy atrayente sobre Séverin, M. Bernard Lecache entrega al público los "Souvenirs d'un étudiant pauvre", de Jules Vallés. Este fue, no solamente un notable escritor, uno de los maestros de la novela de hoy y quizá de mañana, sino que fue sobre todo una fuerte personalidad, un rebelde, un destructor de normas, y sus recuerdos póstumos, que se ha tardado demasiado en publicar, poseen a este respecto un interés doloroso. Se encuentra en ellos el relato de su infancia oprimida, de su adolescencia pobre y batalladora, que ya había evocado en su trilogía de Jacques Vingtras. Los recuerdos de Vallés nos restituyen toda una época desaparecida para siempre, pues ya no existen las miserias de que él sufrió; quizá otras les han reemplazado, pero ya no hay aquella asfixia que oprimía las ideas, aquella estrechez de espíritu. Por lo menos, de esta lectura saca profundos estímulos el orgullo de la pobreza, la lucha de la libertad espiritual contra todas las limitaciones sociales, ante el ejemplo de una vida proba y sin compromisos.

## "Kala-Azar"

El Kala-Azar es una curiosa enfermedad, la enfermedad del sueño. Sobre ésta versa el primer libro lleno de fantasía de un joven escritor: R. de Lafforest. Un comerciante en vinos de Burdeos traba conocimiento en La Habana con un curioso bandido, capitán de una goleta que le arrastra a su navío para contarle historias. Pero cae una ciclón sobre La Habana y la goleta parte a la ventura. Los acontecimientos que se suceden obedecen tan sólo a la fantasía del autor, a su afición a los chistes y retruécanos. Pero todo esto no carece de finura y la sátira asoma a veces tras de la extravagancia. La fantasía es dominio demasiado poco explotado; cuando se haya recorrido la tierra en todas direcciones, tanto en plan de etnógrafos como de novelistas, se volverá a conceder su parte a la imaginación, que es aún nuestra mejor consoladora.

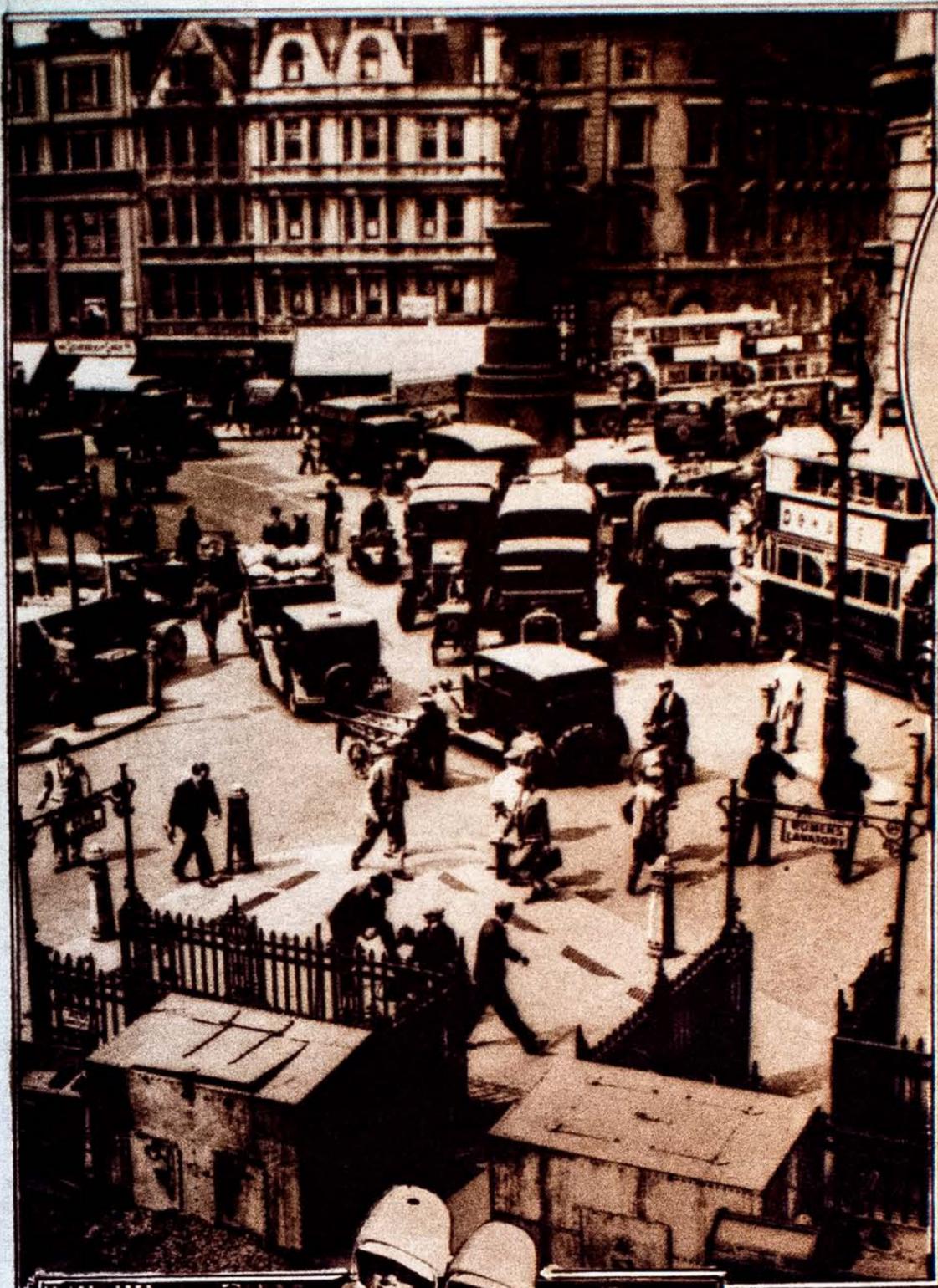
Margarita Abella  
CaprileSombras  
en el  
mar

Margarita Abella Caprile, la poetisa de "Nieve" y de "Perfiles en la Niebla", se revela en esta nueva obra en la plenitud de su fuerza delicada. Si los libros anteriores anunciaron lo que se podría esperar de su talento y de su espíritu, "Sombras en el Mar" define ya a una personalidad de profundo interés en la poesía de nuestra lengua.

PRECIO: \$ 2.—

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

Distribuidores: Agencia Gral. de Librería y Publicaciones, Malpú 49



La congestión del tráfico en las calles de Londres, de la que da idea este aspecto tomado en el cruce de la King William Street, ha movido al gobierno a designar una Real Comisión que estudie el problema y proponga los medios de resolverlo.

James Ray, aviador norteamericano, descendiendo con su autogiro en el césped de Bayfront Park, Miami, Florida.



La princesita de Boncompagni y otros tres "alpinistas en miniatura" disponiéndose a saborear la emoción de la velocidad vertiginosa en las nieves de Saint Moritz.



CUANDO  
nuestras bellas van de compras

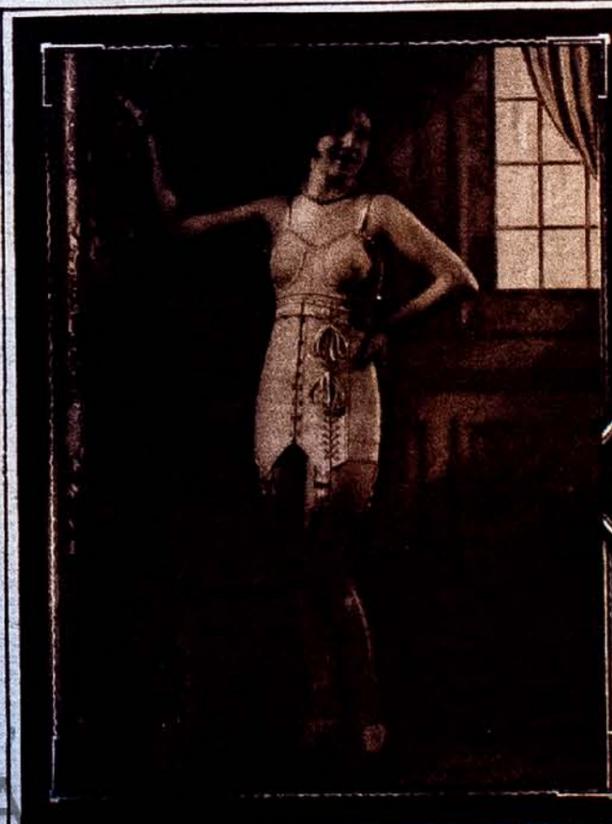
HOY en día no es dudosa la elección. Las preferidas son las nuevas medias Holeproof. Las mujeres elegantes, en todas partes, se están dando cuenta de que estas medias de lujo combinan la duración con la belleza. El impecable estilo y la delicadeza de los colores...el grueso de la seda, el tejido más compacto y el refuerzo especial...hacen que las medias Holeproof sean más duraderas y bonitas que nunca.

Las nuevas medias Holeproof están hechas con la más fina seda, tejidas firmemente y reforzadas de un modo especial. (La mayor densidad del tejido requiere mayor cantidad de seda.) Pueden obtenerse, en todas las tiendas elegantes, en 12 estilos y colores distintos, con o sin cucullas y con el talón de última moda.

**Medias Holeproof**

(producción "Jolproff")

Representante: J. FERNÁNDEZ, Abasco 1328, Buenos Aires; Cuareim 1236, Montevideo - Al por mayor: En B. A. I. BENGOCHEA, Rivadavia 1255 - En Montevideo: FIZZORNO CASTRO Y CIA., Rincón 714



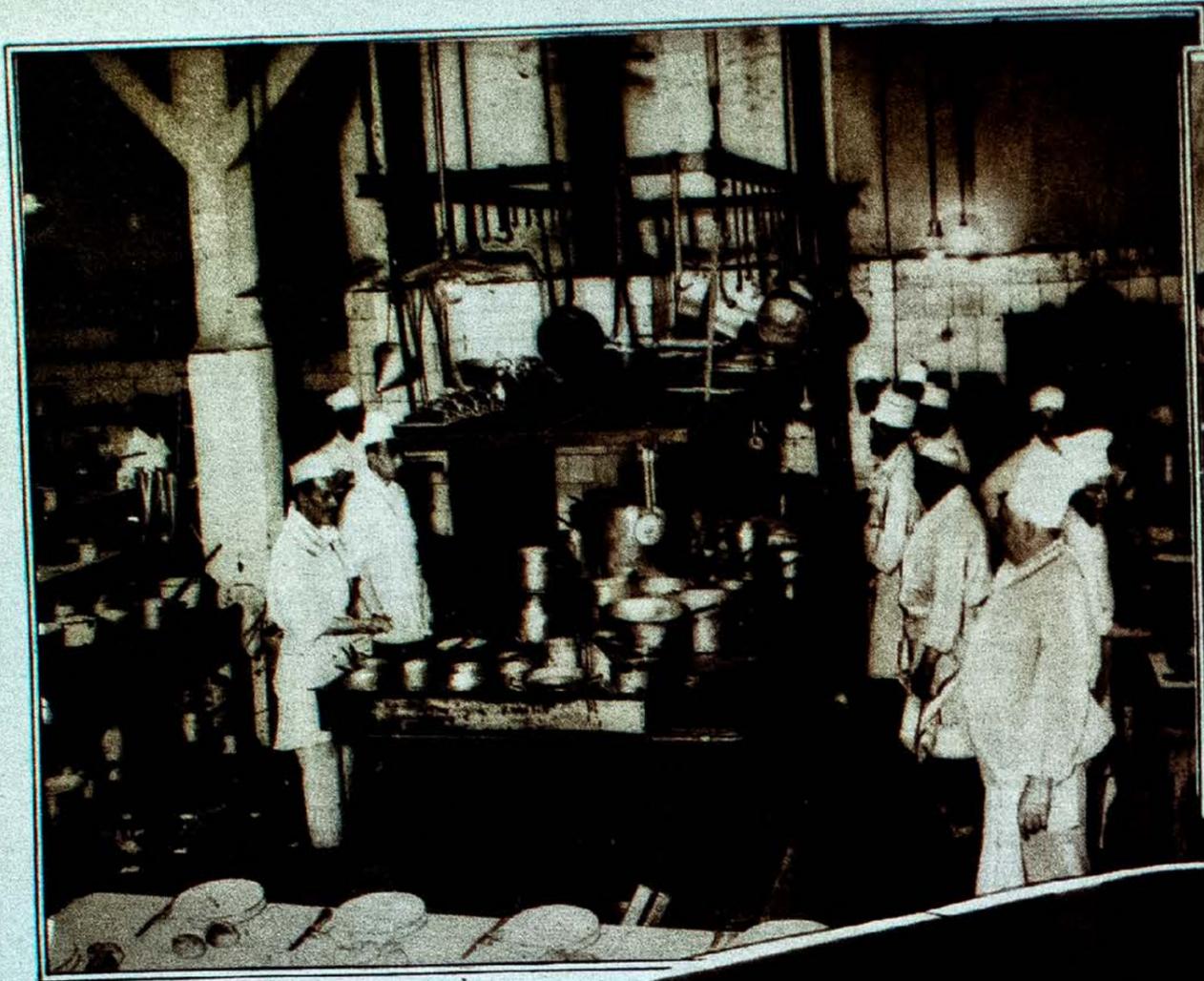
*"Vestal"*

El  
Corsé  
Faja

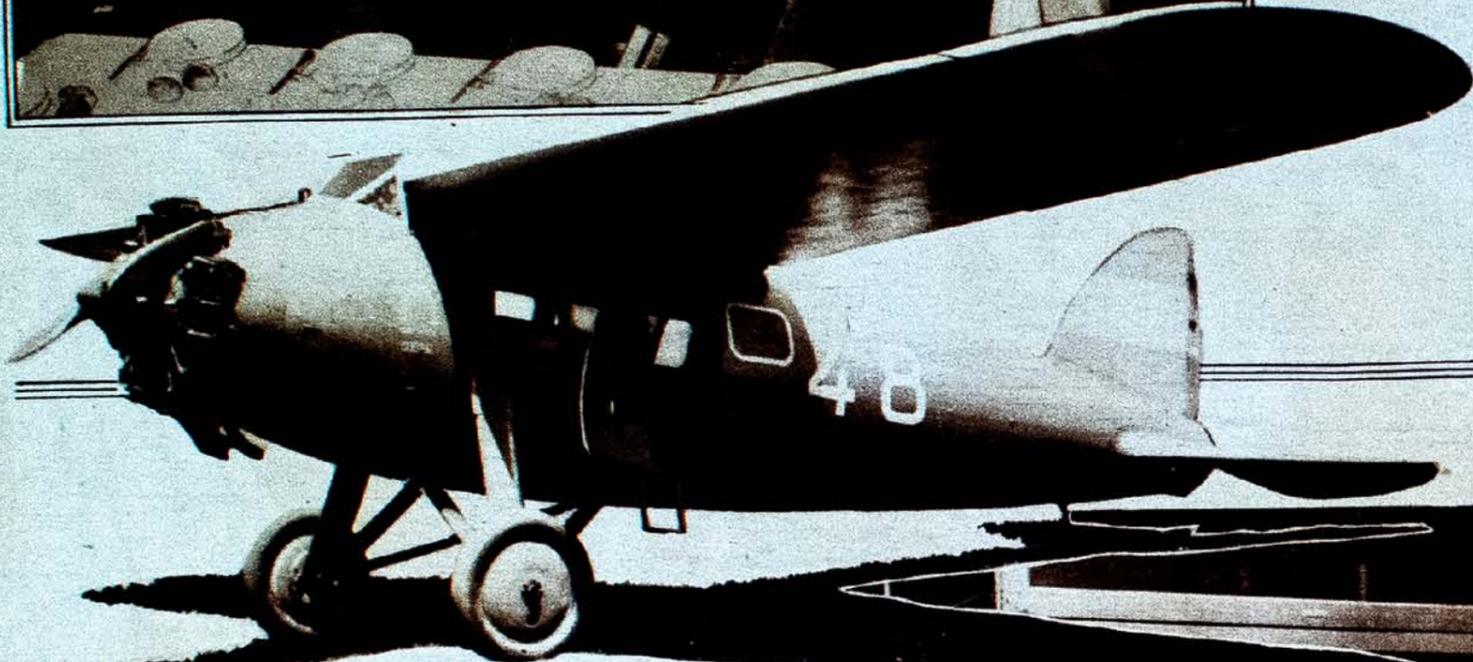
MODELO VIVO

Mantenga su cuerpo y líneas modeladas con fajas

*"Vestal"*  
Pídale a nuestro representante.



**CONTRASTES PORTENOS.** — La categoría y la clientela de un restaurant á "primer orden" exigen que la cocina sea atendida por numeroso personal; en cambio, "un" cocinero es suficiente en una de esas llamadas "casas de comida"...



La Dirección de Aeronáutica Civil tiene afectado al servicio postal aéreo a Dolores, un avión Lockheed Vega, hoy transformado. Es el mismo que utilizó el explorador capitán Hubert Wilkins en sus investigaciones en el Polo Sur. Los cobertizos del aeródromo de Morón albergan el histórico aparato.



Clifford Muth Jr., de la ciudad de Cincinnati, Ohio, es una criatura verdaderamente original, ya que posee la rara virtud de que las abejas no lo piquen. Hijo de un granjero especializado en la producción de miel, el pequeño Clifford ha crecido al lado de las abejas y tal vez debido a ello, aun cuando se encierre en una jaula con aquellas, no lo pican.



El mandarín chino, Fu-Man-Chu, llamado "The Devil Chinese", ilusionista oriental que debutará en la reiniciación de la temporada de revistas del teatro Casino.



**BRONCEE SU PIEL**

al sol sin sentir el dolor de las quemaduras, usando diariamente la Crema de Almondas GLENZ, cuya benéfica acción mantendrá la belleza y lozanía de su cutis.

**CREMA GLENZ**

**PARIS LE BRISTOL**

112 - Faubourg Saint Honoré

*El único Hotel dotado de una instalación especial de ventilación y de refrigeración para el verano.*

ABIERTO EN 1930      Telegr. Bristonoré-París



Una "versión" moderna de la línea que se usó en 1900. Este tapado es de lamé con guarniciones de piel y es considerado como uno de los buenos aciertos de la moda actual.



Simone André Dumont quien acaba de ser declarada "el bebé más perfecto de Francia", título otorgado tras de haber ganado la Encuesta Nacional de Bebés.



El modisto Norman Hartnell ha diseñado este modelo de satín gris, con flores rosas y violetas.



## Porque 9 de cada 10 estrellas del cine exigen este Jabon Blanco



"Siempre uso Jabon Lux de Tocador Conserva mi cutis maravillosamente suave."

*Alice Terry* (Rex Ingram)

No importa cuan hermosas sean las facciones de una joven, ella es realmente atractiva solo cuando su cutis es de una suavidad exquisita

Y porque un hermoso y perfecto cutis es absolutamente esencial para estrellas

del cine, 442 de las 451 actrices mas renombradas del Hollywood han elegido el Jabon Lux de Tocador para conservar su cutis. Todos los grandes estudios han elegido este jabon para usar en sus vestuarios.

A usted tambien, le agradara su generosa y acariadora espuma—y cuan suave y aterciopelado dejara su cutis. Pida el jabon preferido de todas las grandes artistas del cine.



EVELYN BRENT, hermosa estrella del Columbia en el lujoso cuarto de baño diseñado y construido para ella en Hollywood. "Una estrella debe tener un hermoso cutis. El jabón Lux de Tocador es agradable y suavizante," asegura ella.

# Jabón LUX de Tocador

El predilecto de las estrellas del cine para un cutis suave

35 centavos la pastilla



LEVER HERMANOS LIMITADA, BUENOS AIRES

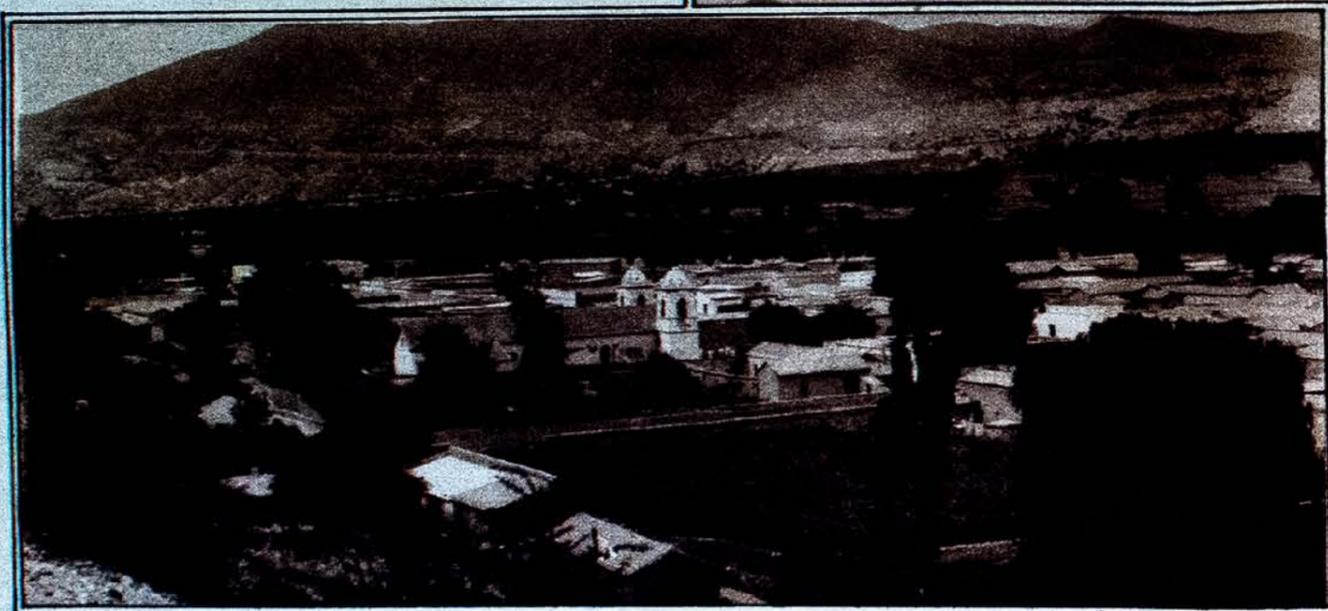


La tradicional procesión de la Virgen de la Candelaria, en Humahuaca.

*Por el norte argentino:  
Humahuaca*



Los corrales con llamas, vicuñas, alpacas, karacules, etc., en la 1ª Exposición Regional celebrada en Humahuaca.



Vista panorámica de la ciudad norteña.

**"HACE AÑOS QUE TENGO ESTAS SÁBANAS... todavía quedan como nuevas"**

"Yo encuentro que me conviene lavar todas mis ropas con el Jabón Sunlight. Es más seguro y nunca he tenido dificultades con manchas grasosas u orillas sucias. El Sunlight proporciona a mis ropas blancas una hermosa blancura y conserva las prendas de color frescas y bellas."

La pureza absoluta del Jabón Sunlight significa mucho para las damas que reconocen el valor de sus ropas. La espuma pura y rica limpia rápidamente y por completo. Las ropas quedan más limpias y dado que nunca están en contacto con asperezas químicas, rinden años de buen servicio. Insista sobre el Sunlight siempre y busque la garantía de \$10,000 cuando efectúa sus compras.



"En dos tamaños -30 y 50 ctvs"

**Jabon Sunlight**

SAL. 60

**¿Tiene Ud. Adoloridos los Musculos**

Calme el dolor dándose masaje con Iodex con Salicilato de Metilo. Uselo Ud. con confianza. No irrita ni mancha la piel. Busque siempre el color verde de la caja en que se vende.

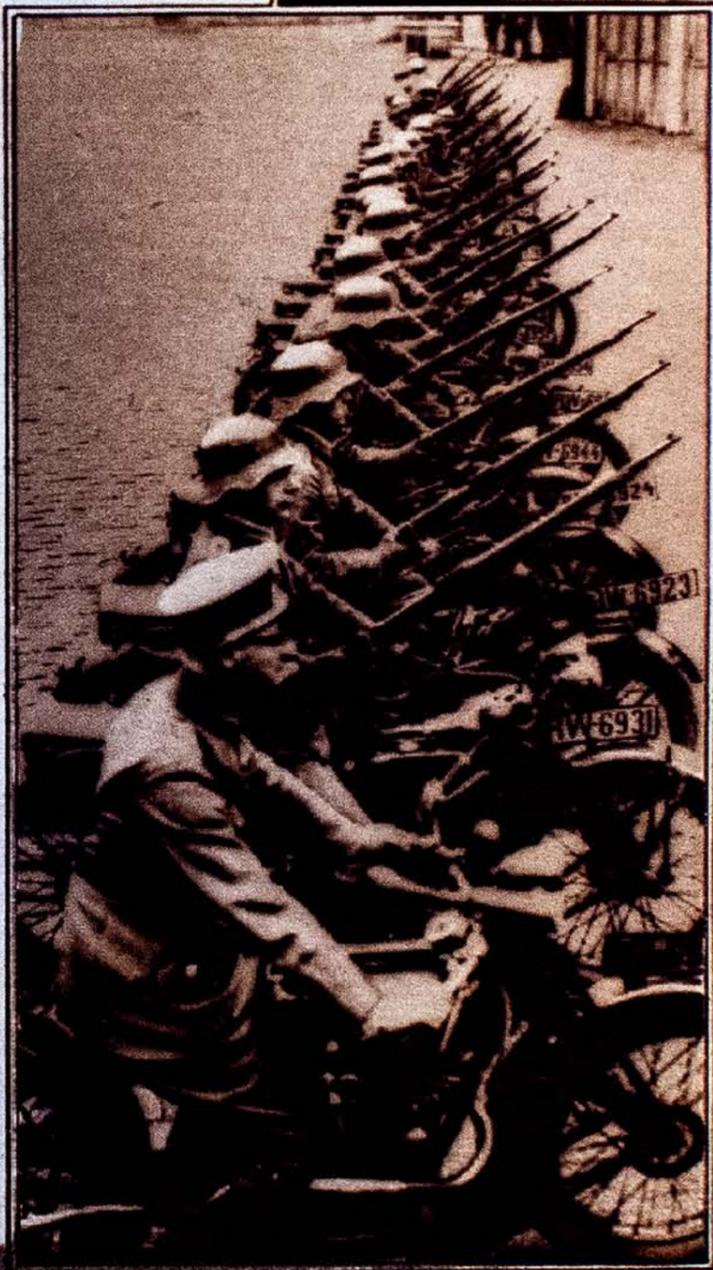


Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.

**IODEX**

MENLEY & JAMES, LTD.  
70 West 40th St., Nueva York, E. U. A.

La "permanencia en el aire" encaramado a cualquier cosa, es un sport que hace furor en Estados Unidos. Véase un ciudadano en lo alto del mástil del yate, intentando establecer un record de 60 días, sin moverse, con cuatro salidas diarias del barco a alta mar.



Escuadra de cadetes de la Academia Militar de Hannover, para oficiales de la Reichswehr, realizando ejercicios de motociclismo.



**LA ESPUMA  
QUE EMBELLECE Y PERFUMA**

Dé usted a su delicado cutis la protección que necesita: lávelo con Jabón Heno de Pravia. Su espuma, ligera al principio, se vuelve en seguida espesa y cremosa; limpia a fondo los poros; hace que la piel transpire y viva; que adquiera y conserve suavidad, belleza y el perfume fresco y natural característico de este jabón.

**JABÓN HENO  
DE PRAVIA**

PERFUMERÍA  
**GAL**  
MADRID  
Buenos Aires  
LONDRES  
NEW YORK

Proveedores de  
S.S. MM. los Reyes de España.

**\$070**  
EN LA CAPITAL

*Para el salón  
y para la  
playa*



CLARA BOW.



JEANETTE MAC DONALD.



MARYLIN MILLER.

Lo minucioso del detalle en las toilettes femeninas y la delicadeza de cada tocado, aún en los aspectos más distintos que exigen las actividades sociales en la vida moderna, destaca siempre la personalidad de quien las luce.



**Combata su debilidad general**  
con Kola Cardinette

El tónico ideal para hombres, mujeres y niños, universalmente recetado. Su sabor es sumamente exquisito.

**Kola Cardinette**  
Tonifica y Sustenta.

The Faltonde Mfg. Co. — Yonkers, N.Y. y Buenos Aires

NO ASI

La única hoja de "Filo cóncavo".

1 Paquete (40 hojas) m/\$n 4,80  
1 Caja (10 paq.) m/\$n 18,00 franco

Unico Importador  
**RUFINO PERTIERRA**  
Buenos Aires  
Belgrano 1987 u.t. 47-4295

SINO ASI

Señor RUFINO PERTIERRA  
Belgrano 1987 Buenos Aires.

Servase remitirse ..... caja "KLAX"  
Adjunto giro ..... por m/\$n  
Nombre .....  
Direccion .....  
Localidad ..... P.C.



Hasta hace poco tiempo faltaron en Estambul los bañadores de caldeo, que ahora se han popularizado.



William S. MacLaren, la primera aviadora que cumplió un raid a las Bermudas, con la copa que recibió con tal motivo.

# Ahora Vd. puede rebajar 1 ó 2 kilos en una noche

Coma lo que guste.  
Vista con lo que quiera.  
Viva como sea de su agrado.  
No tome arriesgadas medicinas.

**POR** millares se cuentan las damas que hallaron este fácil modo de rebajar 1 ó 2 kilos una o dos veces por semana. Esas señoras, en la intimidad de sus hogares, toman los refrescantes Baños de Esbeltez Sarowal.

Los Baños de Esbeltez Sarowal son la concentración de los principios activos de veintidós fuentes termales famosas. Durante muchos años esos balnearios fueron el recurso de miles de damas de gran mundo y de hombres que deseaban conservarse esbeltos.

El exceso de peso fué eliminado, la piel alisada, rejuvenecida. Los cuerpos más elásticos y las mentes más despejadas.

### Las fuentes termales son traídas a casa de usted

**EL** estudio de los análisis de las aguas de esas veintidós famosas fuentes nos ha contado el secreto de sus efectivos resultados. Esos beneficios, esos mismos resultados, puede usted ahora experimentarlos en su hogar. Sencillamente, agregando a su baño caliente el contenido de uno de los paquetitos que contiene cada caja de Baños de Esbeltez Sarowal. Se disuelve rápidamente y mientras usted reposa en el baño se desarrolla un agradable proceso físico-fisiológico. A través de los poros el cuerpo expulsa la grasa y las toxinas. Los tejidos adiposos son eliminados o reabsorbidos por el organismo.

Tome un Baño de Esbeltez Sarowal esta noche e inmediatamente usted perderá uno o dos kilos en una forma fácil, refrescante y saludable. Consulte a su médico. Le dirá que los Baños de Esbeltez Sarowal ciertamente hacen todo eso y que son beneficiosos para la salud.

Además de reducir su peso, los baños Sarowal dejarán su cutis más suave. Alisarán las arrugas si las hubiere. Harán que usted duerma mejor y se despierte como después de una semana de vacaciones.

### Los resultados son inmediatos

**PESESE** antes y después de cada baño "Sarowal". Constatará por sí misma la disminución de peso. Y cuando algunas noches después usted vuelva a tomar un Baño de Esbeltez Sarowal, usted volverá a rebajar. Tan pronto que usted haya llegado al peso que le corresponda según la estatura, no trate de rebajar más. No es necesario que se prive de los alimentos que a usted le gustan. No son necesarios los ejercicios. No son necesarias las drogas o medicamentos. Un Baño de Esbeltez Sarowal por semana le evitará el volver a aumentar.

Baños de Esbeltez Sarowal se venden en la Sucursal Argentina de los

### LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8, PISO 1º (Las señoras clientes son atendidas por señoritas) BUENOS AIRES

Las casas de mayor prestigio también los venden:

- |  |   |
|--|---|
| Franco Inglesa<br>Sarmiento y Florida<br>Farmacia Ferrini<br>Florida 820<br>Farmacia Gibson<br>Florida 281<br>Farmacia Scanapieco<br>Esmeralda y Tucumán<br>Farmacia Inglesa<br>Avenida de Mayo 900<br>En Montevideo:<br>Andes 1338, piso 3º | Gath y Chaves<br>Casa Central y Suc.<br>Farmacia L'Aiglon<br>Callao 200<br>Farmacia Chialvo<br>Sarmiento y Talcahuano<br>Farmacia González<br>Rivadavia 5400<br>Farmacia Canning<br>Canning y Santa Fe<br>Casa Argentina Scherrer<br>Suipacha 171 |
|--|---|

Folleto gratis. — Remita el cupón.  
Pedidos del interior se atienden en el día.

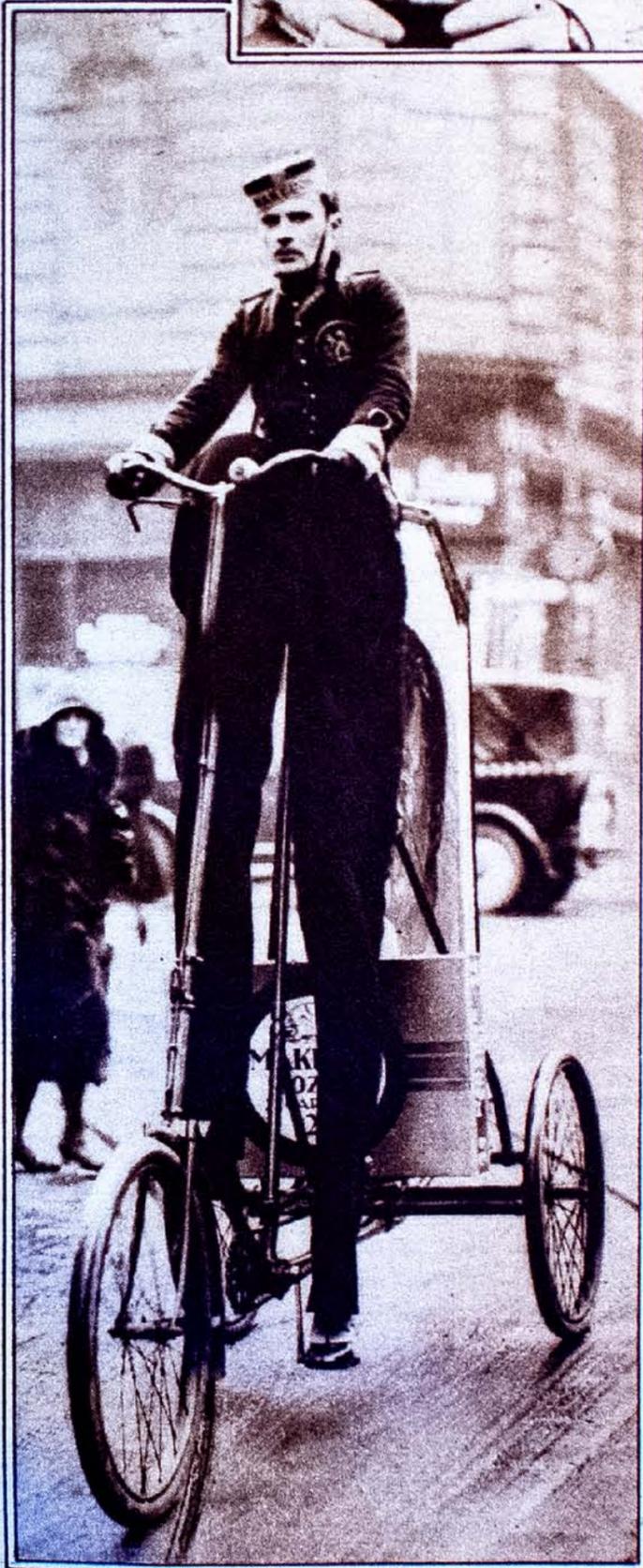
**LABORATORIOS VINDOBONA** N. B. 5  
Florida 8 - piso 1º - Buenos Aires

Sírvase enviarme, gratis, folleto explicativo sobre los productos Sarowal.

Nombre .....

Calle ..... N° .....

Ciudad ..... F. C. ....



Original método de propaganda, que llama la atención en las calles de Berlín.



No afectan el esmalte de las bañaderas, ni la ropa.

# Axilas sin vello

**Racé**, un polvo tan fino como polvo de tocador, destruye el vello al instante, sin olor, sin ardor, e impide que vuelva pronto.

Apenas dos minutos, justamente el tiempo necesario para humedecer la piel con agua, empolverarla con Racé, y volverla a lavar. Y su piel, usted la lucirá blanca y suave como la de una criatura.

### No es un depilatorio común - es distinto

Usted habrá usado otros depilatorios. Racé, el perfecto destructor del vello, ha modificado fundamentalmente los conceptos que en dermatología y cosmética se tenían sobre depilatorios. En su composición no entra ninguna substancia cáustica de las comúnmente mezcladas a los depilatorios antiguos. Por eso usted puede usar Racé sin cuidado. Aunque usted frote al aplicarlo, no arde. No irrita la piel. Destruye el vello por muy fuerte y duro que sea, aunque usted haya estimulado el crecimiento del vello, afeitándolo.

### Impide que el vello vuelva a crecer

En cualquier extensión de la piel que usted use Racé, hará algo más que eliminar el vello al instante. Produce tal modificación que el vello no puede volver a crecer. Si muchos meses después de haber usado Racé volviera vello en el mismo sitio, será débil y suave. No habrá puntas filosas, y una nueva aplicación de Racé lo eliminará para siempre. Para verse más libre del vello que nunca, use usted Racé.

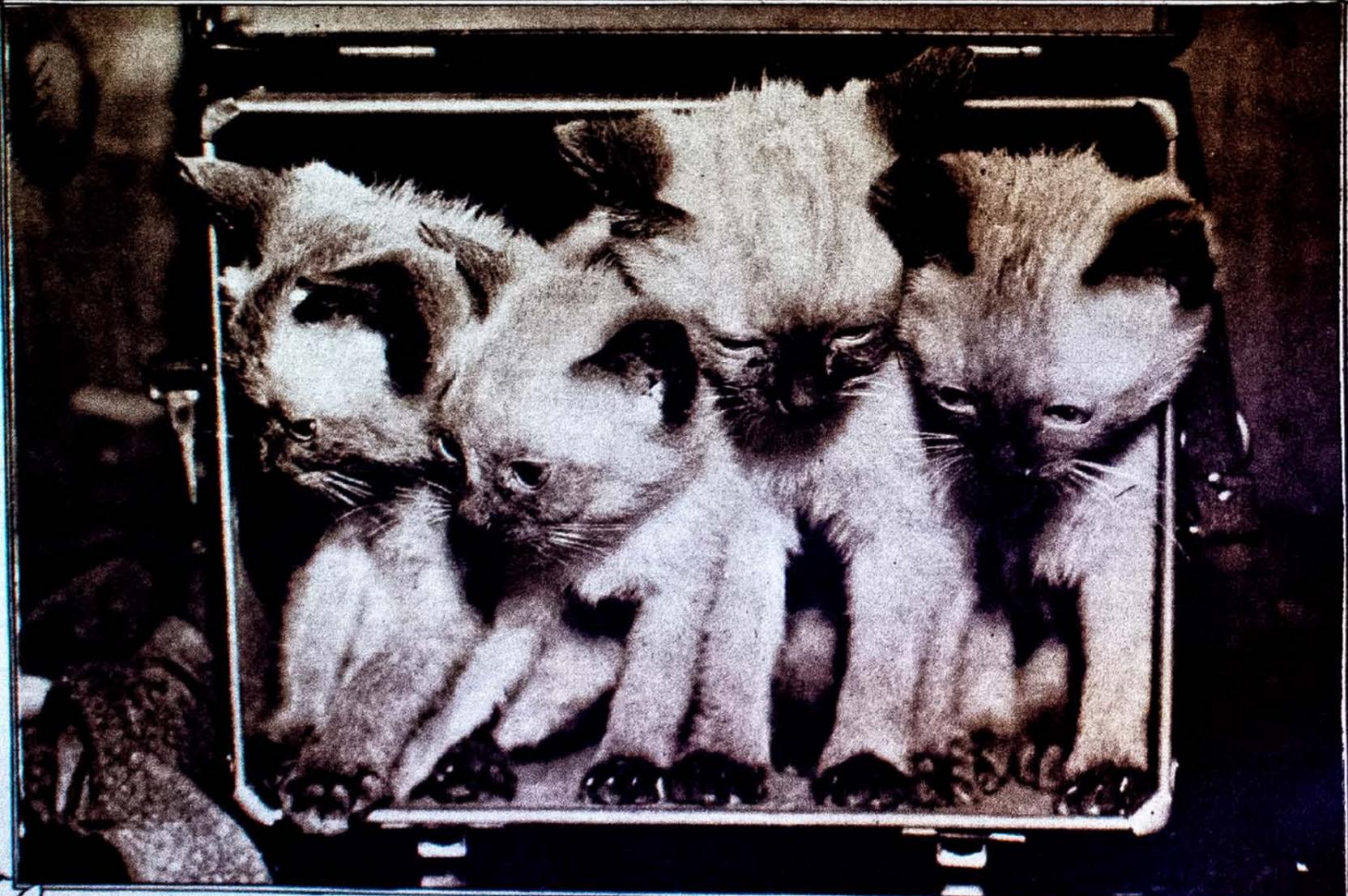
Todas las buenas casas del ramo pueden vendérselo. Le recomendamos las siguientes:

- |   |  |  |
|---|--|--|
| Farmacia Franco Inglesa<br>Florida y Sarmiento<br>Laboratorios Vindobona<br>Florida N° 8, Piso 1º<br>Gath y Chaves<br>Casa Central y Sucursales<br>En Mar del Plata<br>Todas las buenas farmacias | Farmacia Inglesa<br>Avenida de Mayo 900<br>Farmacia Chialvo<br>Sarmiento y Talcahuano<br>Tienda La Piedad<br>Bm. Mitre y Cerrito<br>En Montevideo<br>Andes 1338, piso 3º | Casa Scherrer<br>Suipacha 171<br>Casa Bignoli<br>C. Pellegrini y Sarmiento<br>Perfumería Rey<br>Entre Ríos 129<br>Dominguez y Rosendo<br>C. Pellegrini y Lavalle |
|---|--|--|





Vista aérea de la catarata Canadiense o de la Herradura, en Niágara, que muestra, en efecto, la forma de herradura que adquiere el salto por consecuencia del arrastre de piedras por las aguas.



Cuarteto de gatos siameses examinando con prudente recelo "el medio social" durante una exposición realizada recientemente en Nueva York.